



**COLOMBIA CUENTA**

# Colombia

TERCER  
CONCURSO  
NACIONAL  
DE CUENTO

HOMENAJE A  
GERMÁN ESPINOSA

RCN

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
NACIONAL

CUENTOS  
GANADORES  
2009

# cuenta



Ministerio de  
Educación Nacional  
República de Colombia



Libertad y Orden



# TERCER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

36 109 participantes

estudiantes hasta  
séptimo grado 1 1 230

15 458 estudiantes de  
octavo a once grado

estudiantes  
universitarios 5 296

4 125 docentes

mujeres 20 096

hombres 16 013

32 departamentos

municipios **971**

**6 202** instituciones  
educativas

del sector oficial **3 904**

del sector privado **2 298**

**1 310** del sector rural

**4 892** del sector urbana

instituciones de  
educación superior **312**

**694** evaluadores

jurados internacionales **5**

**35** ganadores

# 1 CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



SARA MARÍA  
BENJUMEA GARCÍA  
MEDELLÍN 21



BELKYS ZULAY  
CASTRO FIGUEROA  
TAURAMENA 27



NICOLÁS HERNÁNDEZ  
LEGUIZAMÓN  
BOGOTÁ 33



JAIRO MANUEL  
GALINDO FAJARDO  
BOYACA 39



ANDREA FERNANDA  
RIVAS PULIDO  
TUNJA 43

# 2 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA ONCE GRADO



RAFAEL  
CUPERMAN COIFMAN  
BOGOTÁ 79



MIGUEL  
HERNÁNDEZ FRANCO  
PEREIRA 85



SERGIO LONDOÑO  
GONZÁLEZ  
MANIZALES 89



JUAN SEBASTIÁN  
SANTOFIMIO PINILLA  
FUSAGASUGÁ 95



LINA MARGARITA  
SALAS QUIJANO  
BOGOTÁ 101

# 3 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



CESAR AUGUSTO  
MENESES JARAMILLO  
MEDELLÍN 139



DANIEL SEBASTIÁN  
ROJAS SANTACRUZ  
BOGOTÁ 145



CARLOS ARTURO  
SERRANO GÓMEZ  
BARRANQUILLA 151



JENNY  
VALENCIA ALZATE  
CALI 155



DIEGO ALEJANDRO  
BOLÍVAR GÓNGORA  
ZIPAQUIRÁ 161

# 4 CATEGORÍA PROFESORES



ANUAR ELÍAS  
SAAD SAAD  
BARRANQUILLA 207



JOSE SEBASTIÁN  
ESPIITA MALAGÓN  
NILO 213



IVÁN ALBERTO  
OSORIO SABOGAL  
CALI 219



ANÍBAL  
LENIS BERMÚDEZ  
CALI 225



JOHANNES WINSTON  
ESPEJO MOJICA  
CALI 231

# GANADORES 2009



JEINER FERNANDO  
SIERRA FRANCO  
CÚCUTA 47



JUAN SEBASTIÁN  
GONZÁLEZ GONZÁLEZ  
BOGOTÁ 51



NICOLÁS  
ROJAS ORTÍZ  
BOGOTÁ 57



CRISTIAN BERNARDO  
GARCÍA MOLINA  
TURBACO 65



DÁNIELA  
FAJARDO GUERRA  
PASTO 71



MIGUEL ÁNGEL  
RUIZ REYES  
CARTAGENA 107



ANDRÉS FELIPE  
VALLEJO LONDOÑO  
MEDELLÍN 113



BRIGITTE LORENA  
ROZA ROCHA  
VILLAVICENCIO 119



RICARDO JESÚS CASTRO  
FERNÁNDEZ DE CASTRO  
BARRANQUILLA 125



ANA VIRGINIA  
CAVIEZES ALFONSO  
BOGOTÁ 131



JUAN CAMILO  
ARDILA DURANTE  
CARTAGENA 167



PABLO ANDRÉS  
LONDOÑO PELÁEZ  
MEDELLÍN 173



CARLOS VICENTE  
SÁNCHEZ HERNÁNDEZ  
DOSQUEBRADAS 179



CARLOS AUGUSTO  
ROJAS GALINDO  
BOGOTÁ 185



EDWARD FERNANDO  
BEDOYA GALVIS  
CIRCASÍA 191



JHONATTAN  
CAMPO BALCÁZAR  
CALI 199

PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA, Gestora  
MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, Ministra de Educación

### COMITÉ TÉCNICO

MAURICIO PERFETTI DEL CORRAL, Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media,  
Ministerio de Educación Nacional

CONSTANZA ESCOBAR DE NOGALES, Directora Responsabilidad Social, RCN Televisión

MÓNICA LÓPEZ CASTRO, Directora de Calidad, Ministerio de Educación Preescolar, Básica y Media  
Ministerio de Educación Nacional

HÉCTOR RENDÓN, Jefe Oficina Asesora de Tecnología, Ministerio de Educación Nacional.

CAROL ANGÉLICA RAMÍREZ ESPEJO, Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones, Ministerio de Educación Nacional

MARÍA CLARA ORTIZ KARAM, Subdirectora de Fomento de Competencias,  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

CLAUDIA ZEA RESTREPO, Asesora en Innovación y Uso de Medios y Tecnologías de la Información  
y la Comunicación, Ministerio de Educación Nacional.

LUCÍA LEÓN MORENO, Coordinadora Programa para el Desarrollo de Competencias,  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

NATHALY JANICE SOLANO HOYOS, Programa Para el Desarrollo de Competencias Comunicativas,  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

BLANCA YANETH GONZÁLEZ PINZÓN, Representante del Comité Técnico de Evaluadores  
Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN

CLAUDIA ARROYAVE VILLA, Asesora de contenidos

### CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, Dirección Editorial

CLAUDIA ARROYAVE VILLA, Editor

ROCÍO DUQUE SANTOS, Jefe de Arte

CAMILA CESARINO COSTA, Diseño carátula y páginas interiores

JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 1

ANDRÉS PRIETO, Ilustraciones de la Categoría 2

CAROLINA RAMÍREZ Ilustraciones de la Categoría 3

GUSTAVO ORTEGA, Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-705-445-3

IMPRESIÓN,

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO <http://www.colombiaaprende.edu.co>  
NACIONAL DE CUENTO RCN- <http://www.canalrcn.com>  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.rcnradio.com/>



Concurso Nacional de Cuento RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL	11
Estimados lectores MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, MINISTRA DE EDUCACIÓN	13
Pasen y escojan BELISARIO BETANCUR	15

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 18	<b>1</b>	Por favor no se lleven esa caja	21
		Año 2067 (guerra del agua)	27
		El viaje a otro universo	33
		La mariposita aventurera	39
		Bruzzy	43
		Camilo y la chiva	47
		El sueño de muerte de Julián Afanador	51
		El caso del experimento de la vela sin oxígeno	57
		El gran <i>Perrinho</i>	65
		El árbol de los recuerdos	71
<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA ONCE GRADO p. 76	<b>2</b>	Me es imposible	79
		Entre las ocho y las diez	85
		<i>Finale</i>	89
		El encargo	95
		Después de la vida	101
		La cabeza agonizante	107
		Café	113
		Presente profe, siempre presente	119
		Los secretos de un gato (con el permiso de Poe)	125
		Mañana será martes todo el día	131
<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 136	<b>3</b>	Anoche estaba lloviendo	139
		Veinte	145
		Tania es pelirroja	151
		Las peticiones de una fiel	155
		El anfiteatro	161
		¿Orugas o mariposas?	167
		El primer día	173
		El retratista	179
		El secreto de la belleza	185
		Una puta noche de sábado	191
La quina dorada	199		
<b>CATEGORÍA</b> PROFESORES p. 204	<b>4</b>	Un trabajo fácil	207
		De Hipócrates a Pilatos	213
		Mausoleo para Marina	219
		Los siete puentes de Königsberg	225
		Obediencia bíblica	231

## Acta del jurado



# Concurso Nacional de Cuento

RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

**E**l Ministerio de Educación Nacional y RCN Radio y Televisión se unieron en 2007 para crear el Concurso Nacional de Cuento, un proyecto educativo que busca promover la escritura creativa en niños, niñas, jóvenes y docentes del país para favorecer el desarrollo de sus competencias comunicativas y de esta manera contribuir al mejoramiento de la calidad en la educación del país.

En estos tres años la respuesta ha sido sorprendente: más de noventa mil estudiantes y docentes respondieron a la convocatoria escribiendo cuentos originales y enviándolos por Internet a través del portal educativo Colombia Aprende.

Además de invitar a los colombianos a contar historias, este proyecto ofrece herramientas pedagógicas a estudiantes y docentes mediante talleres de creación literaria y brigadas tecnológicas que buscan acercarlos a la tecnología para aprovechar las oportunidades que ofrece Internet para el desarrollo del hábito de lectura y la escritura.

La evaluación de los cuentos participantes se realiza bajo la coordinación de la Asociación Colombiana de Universidades –ASCUN– y en ella participan alrededor de 500 evaluadores de 32 universidades públicas y privadas del país. La elección de los 35 ganadores está a cargo de escritores internacionales invitados por

el Hay Festival de Cartagena quienes conforman la última instancia de selección.

Conéctese con el Concurso Nacional de Cuento en:

[www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento](http://www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento)

[http://concursos.colombiaaprende.edu.co/german\\_espinosa/blog](http://concursos.colombiaaprende.edu.co/german_espinosa/blog)

[www.twitter.com/ConcurNalCuento](https://www.twitter.com/ConcurNalCuento)

[www.canalrcn.com](http://www.canalrcn.com)

[www.rcnradio.com](http://www.rcnradio.com) ■

# Estimados lectores

**MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA**

Ministra de Educación

**C**ontar historias. Esa es la invitación que anualmente hace el Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional a los estudiantes y maestros de todo el País. Invitación que ha sido aceptada con todo entusiasmo en las instituciones desde la educación básica hasta la superior. En 2009, el número de participantes, provenientes de todos los departamentos y regiones de Colombia, llegó a los 36.108. Por supuesto, que el número es importante, pero más lo es la diversidad cultural que estos relatos nos muestran, las experiencias que describen, los sentimientos que descubren y los sueños que tienen miles de niños y jóvenes colombianos. El sólo hecho de tener la oportunidad de contarlos, transforma no sólo su realidad sino la nuestra.

La tradición ha comprobado que los colombianos somos narradores por naturaleza. Ya sea desde la oralidad en muchos de nuestros pueblos indígenas y afrocolombianos o desde la práctica de los más diversos géneros literarios, que nos han dado un Premio Nóbel y varios otros reconocimientos a nivel internacional, hemos sido reconocidos por esa manera original de contar historias. Por ello, creemos que el manejo del lenguaje y su fuerza como

instrumento de expresión del pensamiento, así como la capacidad de construir y comunicar las ideas no sólo deben ser alimentados y desarrollados sino promovidos día a día en escuelas, colegios y universidades, comenzando desde luego en los hogares, jardines y centros infantiles con los más pequeños.

Despertar los sentidos a la imaginación y a la creatividad es una tarea que nos corresponde a todos los que queremos que nuestros niños y jóvenes reciban y se beneficien con una educación de calidad. Una educación que nos ayude a formar seres humanos más comprensivos, autónomos, analíticos y dispuestos a comprometerse y relacionarse con los otros bajo los principios de la solidaridad, el respeto y la tolerancia. Este concurso nos demuestra que desde el sector educativo y con el apoyo de la sociedad podemos implementar alternativas pedagógicas que generen interés en nuestros estudiantes y desarrollan todo su potencial en las áreas culturales, artísticas, deportivas, científicas o en actividades como la investigación y el emprendimiento.

Les damos las gracias a todos los participantes de esta versión y nuestras más sinceras felicitaciones a todos los ganadores. Gracias por atreverse a escribir y por compartir una parte de ustedes con el país. Cada uno de estos relatos posee una riqueza infinita. Esperamos que éste sea sólo un peldaño en su camino por las letras y que a lo largo de los años nos permitan seguir disfrutando de sus obras.

Invitamos a todos los lectores a disfrutar estos cuentos y a sumergirse en estas nuevas voces. Son precisamente este tipo de eventos los que nos demuestran que las capacidades de los colombianos son inmensas y que sólo hay que abrir los espacios para que estas se desplieguen. ■

# Pasen y escojan

**BELISARIO BETANCUR**

“...un abanico de inmensas posibilidades...”

EL JURADO.

(ZOE VALDÉS, YOLANDA REYES, ALFREDO GÓMEZ, JUAN GABRIEL VÁSQUEZ,  
RAMÓN COTE BARAIBAR).

**E**n el principio fue la palabra. La cual llega desde la profundidad de los años y los años. Era la palabra y solamente la palabra la que unía, con el eco, a los pueblos. No existían las letras, ni los alfabetos, ni los libros, ni los diccionarios, pero se percibía el sonido del lenguaje, existía la música de la palabra. La recogieron los juglares, que con la palabra hacían canciones y cantaban historias, recogidas más tarde en los monasterios y en las bibliotecas. Eran los instrumentos elementales de la comunicación, sus cadencias.

Aquellos aedos y cuenteros llenan las primeras referencias de la literatura universal; y hacen el depósito primigenio de la literatura nacional. Por eso celebramos que los primitivos pobladores de América; y, en ella, de Colombia, dijeran en los poemas Khogui que adornan las paredes del Museo del Oro del Banco de la República en Bogotá, que nuestros antepasados eran unos sabios, porque solían reunirse a menudo a dialogar con su propio corazón.

\* \* \* \*

La unión que hicieron en 2007 el *Ministerio de Educación Nacional* y *RCN Radio y Televisión*, ha sido fecunda. Se trataba de crear un *Concurso Nacional de Cuento* que fuera escenario de creatividad en las instancias de niños, jóvenes y docentes colombianos. Ese

propósito se ha alcanzado. El punto focal fue la presencia invisible del escritor cartagenero Germán Espinosa, recientemente fallecido, después de dejar una huella de inciensos y creaciones de la más alta categoría.

Los convocantes del proyecto –RCN Radio y Televisión y el Ministerio–; los impulsores –La Asociación de Universidades y el Hay Festival–, después de 85 talleres de creatividad que beneficiaron a cerca de cinco mil docentes, recibieron 36 108 cuentos como respuesta.

De los cuales un jurado internacional que escogió 35, dice que *“no solo han elegido cuentos ganadores sino futuros escritores... Aquí hay una gran cantidad ... Pasen y escojan”*.

Bogotá, octubre de 2010 ■





MAY 11 AM '55  
CALIF.  
SPECIAL DELIVERY  
10

2  
UNITED STATES

Mr. J. L. ...  
Alpha Tau Omega ...  
405 E. ... St.  
...  
...

CATEGORÍA

SANTA ROSA DE VITERBO

JAIRO MANUEL GALINDO FAJARDO

La mariposita aventurera

39

BOGOTÁ

NICOLÁS HERNÁNDEZ LEGUIZAMÓN

El viaje a otro universo

33



MEDELLÍN

SARA MARÍA BENJUMEA GARCÍA

Por favor no se lleven esa caja

21

TAURAMENA

BELKYS ZULAY CASTRO FIGUEROA

Año 2067 (guerra del agua)

27

## ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

### CÚCUTA

JEINER FERNANDO  
SIERRA FRANCO  
Camilo y la chiva

47

### BOGOTÁ

JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ GONZÁLEZ  
El sueño de muerte de Julián Afanador

51

### PASTO

DANIELA FAJARDO GUERRA  
El árbol de los recuerdos

71



### TUNJA

ANDREA FERNANDA RIVAS PULIDO  
Bruzzy

39

### TURBACO

CRISTIAN BERNARDO  
GARCÍA MOLINA  
El gran *Perrinho*

65

### BOGOTÁ

NICOLÁS ROJAS ORTÍZ  
El caso del experimento  
de la vela sin oxígeno

57



# Por favor no se lleven esa caja



## SARA MARÍA BENJUMEA GARCÍA MEDELLÍN

Soy Sara María Benjumea García Hernández Restrepo Rincón Holguín Arias Paniagua, y por cincuenta y seis días no nací en el siglo XXI. Tengo papá, mamá, hermanita mayor, abuelos paternos, abuela materna, cuatro tíos, cinco tías, diez primos, siete primas y cero mascotas. Nací en Medellín, me gusta mucho el deporte y practico el baloncesto. Cuando tenía siete años escribí un libro de cuentos con hojas de bloc dobladas y grapadas. Esa fue una actividad que hice motivada por la profesora de segundo grado en la escuela-guardería de la Universidad Nacional. Eran

pequeñas historias de media página y todos los cuentos tenían como título “los amigos”. Me quedó gustando escribir y empecé a interesarme por las historias que los adultos cuentan sobre su niñez en el campo y en los pueblos. Este cuento se basa en historias de cuando mi papá era niño y vivía en un pueblo llamado San Carlos. Disfrute mucho estar en Cartagena recibiendo el premio y agradezco a los organizadores del Concurso Nacional de Cuento.

**Grado tercero. Instituto Jorge Robledo. Medellín, Antioquia**

# Por favor no se lleven esa caja

SARA MARÍA BENJUMEA GARCÍA

Quiero contar un secreto que sólo yo conozco y que ayudará a aclarar una noticia que ha sido muy mencionada en el país. Tiene que ver con mi abuelo Cipriano González a quien todos admiran y conocen por ser un excelente escritor de cuentos y novelas, porque ha ganado muchos premios y le ha dado fama a la patria. Para mí ha sido muy bueno ser su nieta porque siempre que lo visitaba me dedicaba mucho tiempo contándome historias fantásticas de cuando él era niño y vivía con sus padres en un pueblo lejano. Desde hace dos meses no lo he podido ver porque no me dejan entrar a la pieza del hospital donde se encuentra. Yo siento en mi corazón que mi abuelo se va a ir de este mundo y por eso quiero contar esta historia para que se sepa qué fue lo que despertó su idea de ser escritor.

Hace dos meses, el día que mi abuelo cumplía 93 años, le hicieron un homenaje en un programa de televisión y le preguntaron por el hecho de su vida que más influyó para que él fuera escritor. Cuando iba a responder fue que le empezó la enfermedad que lo tiene en cama, se puso pálido y sudoroso, y antes de caer desmayado alcanzó a gritar con fuerza y desespero: “¡Por favor no se lleven esa caja!”. Desde ese día mi abuelo no ha vuelto a decir nada y

varios escritores y periodistas amigos han tratado de explicar por qué dijo esas palabras.

Carlos Alzate, uno de los alumnos preferidos de mi abuelo, dijo en el noticiero de la noche que el anciano se refería a la caja en que empacó el borrador de su primer cuento. Allí narraba la increíble historia de un niño que era tan flaco que su madre lo prestaba para que el profesor de ciencias de la escuela les enseñara a sus alumnos los diferentes huesos del cuerpo humano. Erika Palacio, una periodista de la radio, está de acuerdo en que mi abuelo se refería a una caja que contenía el borrador de un libro, pero piensa que se trata de la novela en la que se narra la historia de un pueblito a orillas del río Magdalena donde había un sacerdote que no le daba la hostia a las personas que olían a pescado cuando abrían la boca en el momento de la comunión.

Mi padre en cambio piensa que el abuelo hablaba de una caja de aguardiente que un día le robaron.

Por esas relaciones de compinches que tantas veces se dan entre los abuelos y sus nietas preferidas, él un día me contó la historia de la famosa caja y lo importante que fue para su vida de escritor.

El papá de mi abuelo tenía una tienda de pueblo y cada ocho días le llevaban mercancía en un camión que repartía carga por varios pueblos. Un día mi bisabuelo se dio cuenta de que entre los bultos de arroz y panela que le descargaron también había una caja de cartón cuadrada, muy bien sellada con cinta transparente. La caja era muy llamativa porque estaba decorada con pájaros y mariposas. Mi abuelo (que en ese tiempo tenía cinco años) y su hermana mayor (que tenía ocho), le pidieron a su papá que les dejara abrir la caja, pero él no lo permitió y cuando a los ocho días volvió el camión la entregó para que buscaran al verdadero dueño. La historia de la caja no terminó allí, pues en la próxima entrega

del camión volvieron a dejarla confundida entre la mercancía. De nuevo mi abuelo y su hermana pidieron permiso para poder abrirla, pero mi bisabuelo dijo que era algo ajeno y que por lo tanto había que devolverla. La tercera vez que la caja volvió a la tienda, mi bisabuelo, ya cansado de recibirla y devolverla, decidió dejarla. Mi bisabuela también ayudó porque le dijo al bisabuelo que no fuera bobo, que ella había consultado el caso con el sacerdote y que a lo mejor la caja era un regalo de Dios y no estaba bien rechazarla. El siguiente domingo por la mañana mi bisabuelo reunió a la familia y después de echarse la bendición y rezar un Avemaría abrió la caja y dejó que sus hijos sacaran lo que allí había. Para felicidad de mi abuelo y de su hermana la caja estaba llena de libros con muchos dibujos y letras grandes.

El mes siguiente fue muy feliz en la casa de los González, pues todas las tardes, cuando mi bisabuelo cerraba la tienda, la familia se reunía a ver los libros, digo a ver porque ninguno de ellos sabía leer. Fue en algunos de esos libros donde más tarde todos aprendieron a leer. Según mi abuelo, había libros que mostraban mapas de varios países, otros que mostraban el cuerpo humano, y también había de aventuras. Uno de los que más le gustaron a mi abuelo narraba la historia de un señor flaco que se enloqueció de tanto leer libros de aventuras de caballeros y que se consiguió un amigo gordo y bajito para que le ayudara en sus viajes.

El entusiasmo por la caja decorada de pájaros y mariposas se acabó el día que llegó un señor gordo, de gafas oscuras, que era el rector del colegio del pueblo y que venía a reclamar la caja pues según él era un regalo del Presidente para la biblioteca del colegio. Mi bisabuelo pidió disculpas por haber abierto la caja y mandó recoger los libros para empacarlos. En esos momentos llegó mi abuelo y armó una pataleta espantosa, se puso a llorar como si lo



estuvieran torturando y no dejaba de gritar: “¡Por favor no se lleven esa caja!”. Los gritos de mi abuelo despertaron la curiosidad de los vecinos y se reunió mucha gente alrededor de la tienda. Después de un largo rato mi abuelo ya no tenía más lágrimas para derramar, ni fuerzas para gritar. Al señor gordo, de gafas oscuras, le dio pesar y le dijo al niño de cinco años que se podía quedar con los cuatro libros que más le gustaran y que los demás los podía ver cuando quisiera en la biblioteca. Mi abuelo aceptó el negocio y se demoró como cuatro horas para escoger.

Muchos años después, al recordar la historia de la caja decorada de pájaros y mariposas, mi abuelo me decía sonriendo que realmente se quedó con cuatro libros más de los autorizados, que los logró esconder entre sus ropas. Hace tres meses, en mi cumpleaños número nueve, el abuelo me enseñó el lugar de la biblioteca de su casa donde en una cajita pequeña, decorada con pájaros y mariposas, conserva los ocho libros como joyas valiosas. Me siento muy orgullosa porque soy la única de la familia con autorización para poder abrir la caja y disfrutar de su contenido.

Ya que he revelado mi secreto y que mi sueño es ser escritora como mi abuelo, quiero pedirles a ustedes que cuando se les presente un caso parecido al del rector del colegio del pueblo de mi abuelo, por favor no se lleven esa caja. ■



# Año 2067 (guerra del agua)



## BELKYS ZULAY CASTRO FIGUEROA CASANARE

Volaba por el universo infinito buscando un lugar donde anclar, contemplando lo majestuoso de la creación de Dios, y entre las millones de estrellas, galaxias y planetas descubrí un pequeño punto indefenso ante lo enorme del universo. Decidí conocerlo para apreciar su belleza y fue así como llegué al mundo el 22 de febrero de 1997. Fui recibida con mucha alegría por mis padres Fidel y Frency, quienes en esos momentos vivían en Arauca. Desde ese instante y con el ejemplo de mis padres he aprendido a amar a la naturaleza. Descubrir en cada amanecer lo grandioso de la vida, contemplar

los árboles, los prados y los animales me hace sentir orgullosa de vivir en Colombia, el país más hermoso del mundo: con sus valles y montañas, sus mares y llanuras, que nos pertenecen a todos y por eso debemos cuidarlo. Sufro mucho al pensar que este paraíso algún día sea un desierto inhóspito. He querido poner un granito de arena y escribir este cuento para que cuando lo lean reflexionen sobre lo importante que es cuidar nuestro planeta.

**Grado séptimo. Institución Educativa José María Córdoba. Tauramena, Casanare**

# Año 2067 (guerra del agua)

**BELKYS ZULAY CASTRO FIGUEROA**

**E**n esta época, todos los días el cielo nublado se suelta en ruidosas tormentas y los fuertes vientos que vienen del norte rompen los vidrios de los ventanales que están sin sujetar y desclavan las hojas de zinc, que vuelan por el aire como hojas de papel.

Durante horas llueve a cántaros. Con las primeras gotas de agua se activaban las alarmas que alertan a los transeúntes para que se refugien en los albergues más cercanos.

Zully mira por la ventana de su casa cómo las calles quedan desocupadas en pocos minutos. No hay ningún alma. Sólo el ruido de la lluvia golpea con furia los techos y las ventanas cerradas herméticamente. Los truenos silencian la lluvia de vez en cuando. En los ojos profundos de Zully se refleja la nostalgia. Su rostro, aunque todavía hermoso, muestra su piel reseca y manchada por la acción de la lluvia ácida y de los rayos del sol. Le gustaría salir corriendo a jugar con su mascota en medio de la lluvia, como lo hacía de niña, pero ahora la lluvia se ha convertido en una amenaza para la salud de la gente.

Los niveles de ácido sulfúrico y ácido nítrico encontrados en el agua en los últimos años han superado toda predicción cientí-

fica. El agua potable está casi agotada. Las pocas fuentes que aún existen han sido declaradas reservas de la humanidad y son fuertemente custodiadas por hombres del ejército. A pesar de todos los esfuerzos del gobierno, el grado de contaminación ha llegado a un punto sin retorno. El agua apta para el consumo es distribuida por el ejército semanalmente bajo fuertes medidas de seguridad para evitar los amotinamientos y los saqueos que han cobrado muchas vidas en los últimos años.

En los sectores más pobres de la ciudad las canecas de agua son robadas y negociadas por pequeños carteles que trafican con el preciado líquido. Mucha población ha muerto por enfermedades gastrointestinales y renales causadas por la falta de líquido o por consumir el agua contaminada. El cáncer en la piel se ha convertido en una epidemia. La población mundial ha disminuido en un 50%. Los pocos que tenían el poder económico en el mundo se han ido del planeta. Pero el problema del agua también se sufre en las ciudades satélites construidas en la Luna y en Marte. El agua no se puede fabricar.

Mientras los grandes científicos descubren la fórmula mágica, se ha desatado la más sangrienta de las guerras: la guerra del agua. Los enfrentamientos comenzaron en el mes de octubre de 1957. Ese día aparecieron en el firmamento pequeñas naves circulares que exploraban los yacimientos de agua. Al comienzo todos creían que los platillos voladores venían en son de paz, pero cuando desaparecieron a casi la totalidad de la guardia que vigilaba las reservas, entonces todos entendieron que la guerra había comenzado. La tecnología de los extraterrestres es muy superior a la nuestra. A pesar de que se unieron los países más desarrollados del mundo, no han podido evitar el robo del agua. Millones de hombres se han sacrificado por esta causa.

La dificultad, según explicaban los expertos, es que los platillos voladores aparecen cuando menos los esperan, sin ser detectados por los radares. Su vuelo es impredecible porque parecen volar sin orbitas predeterminadas. Saltan y cambian de dirección a la velocidad de la luz. En más de diez años que ha durado esta guerra sólo se ha derribado una nave. Cuando los de inteligencia la revisaron descubrieron que la nave no tenía tripulación, o al menos no se encontró a ningún extraterrestre. Días después del incidente la nave desapareció de la faz de la Tierra sin dejar rastro.

Cuando se presentan los ataques, aparecen primero las pequeñas naves de guerra que despejan el área de acción, eliminando a los militares que protegen las reservas. Segundos después aparecen en el cielo naves más grandes que se forman en línea para realizar su aterrizaje. Llevan equipos sofisticados que convierten el agua en pequeños pedacitos de hielo que son succionados por una escotilla ubicada en la parte inferior de las naves. Cuando han logrado su cometido desaparecen tan rápido como aparecieron.

Cuando la lluvia ha cesado, Zully continúa mirando desde su ventana cómo los rayos de sol evaporan el agua en forma vertiginosa. Los ácidos que lleva el vapor de agua son los más destructores. Las paredes de los edificios están corroídas y tienen la pintura reventada. La temperatura de la Tierra se ha elevado considerablemente en los últimos diez años y ha alcanzado hasta 50°C. Por eso los transeúntes que empiezan a salir de sus refugios utilizan atuendos especiales que evitan que los rayos del sol y los ácidos les deterioren o les calcinen la piel. Llevan viseras negras que protegen los ojos de los rayos ultravioleta. Pero no todos pueden darse el lujo de usar los trajes protectores. Al igual que Zully, muchos permanecen en sus casas, encarcelados en su propio hogar, viviendo de los recuerdos del mundo fantástico que tenían cuando eran

niños; un mundo rodeado de árboles y de paisajes verdes llenos de vida. Ahora todo es distinto. Los bosques y los prados se han convertido en desiertos áridos.

Cuando Zully mira los videos y las fotografías de aquellos tiempos de su niñez, le asaltan unos deseos irreprimibles de gritar, y termina llorando desconsoladamente, sintiéndose culpable por no haber hecho nada para salvar al planeta de esta catástrofe. Fue egoísta al igual que sus padres. No pensaron en el futuro de las nuevas generaciones.

Ahora ella es la única sobreviviente de su familia. Su esposo murió en la guerra por el agua y sus dos hijos sucumbieron a las enfermedades de la época. Zully está sola, clavada en una vieja silla frente a un ancho ventanal, esperando que el ciclo de las lluvias comience de nuevo. ■







# El viaje a otro universo



## NICOLÁS HERNÁNDEZ LEGUIZAMÓN BOGOTÁ

Nací en Boca Ratón, Florida, Estados Unidos, el 20 de diciembre del año 2000. Mis padres son colombianos y yo vivo en Colombia desde los 2 años.

Tengo dos hermanos. Estudio en el Liceo de Cervantes Norte, de Bogotá. Mi materia favorita es educación física. Mi sueño es ser un gran deportista.

Juego baloncesto y practiqué taekwondo durante muchos años.

Escribí este cuento imaginándome cosas raras. Con este cuento invito a los niños a soñar.

**Grado tercero. Liceo de Cervantes. Bogotá, D.C.**

# El viaje a otro universo

NICOLÁS HERNÁNDEZ LEGUIZAMÓN

**E**sta es la historia de un niño llamado Daniel, al que le gustaba el espacio. Tenía ocho años y quería viajar a otro universo. Pero tenía muchos problemas: la nave, el oxígeno, el traje espacial. Además le faltaban compañeros.

Un día le dijo a un piloto que si le prestaba su avión para viajar a otro universo, pero el piloto le dijo que no. “¿Estás loco? ¿Cómo vas viajar en un avión a otro universo?”.

Entonces Daniel trató de hacer una nave con su camarote. Cogió diez botellas de gaseosas, tres pedazos de cartón y el timón del carro de su papá. Usó las diez botellas para el propulsor de la nave, los tres pedazos de cartón para la cola de la nave y para las alas, y el timón del carro fue el timón de la nave.

—¿Cómo me daría oxígeno en el espacio? —le preguntó Daniel a su papá.

—No sé, pregúntale a un astronauta si te presta su casco de oxígeno —le dijo el papá. Daniel le preguntó a un astronauta si le prestaba su casco espacial para ir a otro universo, y él le dijo:

—¿No eres un poco pequeño para viajar a otro universo?

—Un poco —le contestó Daniel—. ¿Pero sí me prestas tu casco espacial?

Y él le dijo que no.

Luego se le ocurrió una idea de cómo tener oxígeno en el espacio: le quitó a su pecera el agua y los peces para que la pecera fuera el casco y el motor de la pecera le diera oxígeno.

Y como no sabía cómo tener un traje espacial, inventó que su traje sería su disfraz de Juan Pablo Montoya. Las botas espaciales serían las botas antiguas de la granja de su papá.

Lo único que le faltaba eran compañeros. Un día llamó a sus amigos. Uno se llamaba Nicolás, el otro Andrés y el otro David. Daniel les preguntó que si querían ir a otro universo. Andrés dijo: “Bueno, siempre he querido ver el espacio”. Nicolás dijo que no podía ir porque tenía mucha tarea. David dijo que le daba miedo estar en el espacio. Entonces Daniel se fue sólo con Andrés.

Luego Andrés le dijo a Daniel: “¿Pero cómo voy a poder ir al espacio si no tengo traje espacial ni oxígeno?”. Daniel pensó un buen rato y se le ocurrió una idea. Cogió su balón de basquetbol más inflado y le abrió dos huecos para que Andrés mirara por ahí. Solamente le faltaba el traje espacial. Daniel le preguntó a su mamá que si podía coger el papel aluminio y su mamá le dijo que sí. Entonces lo cogió para hacerle un traje espacial y para llevar comida al espacio. También llevó pistolas de agua llenas de telarañas para atrapar a los alienígenas que intentaran comérselos, matarlos o interponerse en su camino.

Los astronautas se pusieron los cascos y los trajes. Daniel agitó las gaseosas e hizo la cuenta regresiva: 10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0 y gritó: ¡Despegue!

Así despegaron de la Tierra, pero cuando salieron se dieron cuenta de que el hermanito menor estaba colgado en una cuerda de la nave y gritaba: “¡No se vayan sin mí!”. Entonces Daniel lo recogió y le dijo a Andrés que se devolviera para dejar a su hermano.

Pero el hermano de Daniel le pidió que por favor lo dejara quedarse en la nave. Daniel le contestó: “Pero no tienes traje ni casco”. Y el hermanito le dijo que sí tenía: “Le dije a nuestro tío que si me prestaba su traje espacial y su casco porque él estaba aquí ayer”. Daniel se sorprendió y le dijo a Andrés que arrancara lo más rápido posible y se fueron a toda velocidad.

Cuando salieron de la Tierra vieron la Luna y quisieron acercarse, así que Daniel tapó las botellas de gaseosa para aterrizar. Cuando aterrizaron encontraron un palacio muy extraño y quisieron ir a investigar, pero su hermanito no bajó porque tenía miedo. Daniel le dijo que no tuviera miedo, “Andrés y yo te protegeremos”. Y fueron al palacio a ver qué había. Cuando llegaron Andrés y Daniel sacaron sus pistolas y el hermano de Daniel tocó la puerta y se escondió detrás de su hermano. ¡Vieron una mano verde con seis dedos! Se alistaron para disparar, abrieron la puerta por completo y era un humano con un guante de marciano.

—¿Por qué estás acá solo? —le preguntó Daniel.

—Los alienígenas mataron a mis compañeros y destruyeron nuestra nave espacial —le contestó.

—¿Y cómo vives en un palacio?

—Simplemente es un cartón gigante que tapa la casa.

—Tengo una idea —dijo Daniel—. ¿Por qué no vienes con nosotros? Tenemos una nave.

—¿Y cuál es su nave?

—El camarote de allá.

Entonces el astronauta se fue con ellos. Cuando iban saliendo encontraron una lluvia de meteoritos. Un meteorito les partió el ala y cuando lograron salir al astronauta se le ocurrió una idea: usar el palacio de cartón para ponerlo de ala. Ya con el ala puesta vieron un OVNI disparándoles, entonces Daniel y Andrés sacaron

sus pistolas para atraparlo y lo lograron después de disparar un minuto. Lo llevaron hacia la nave y vieron a un marciano diciendo: “Tierra, debo destruir Tierra”. Daniel, por el susto, lo botó al sol.

Cuando habían salido del universo vieron otra vez al marciano. El marciano apuntó a la nave, disparó, le dio al astronauta y lo mató. Daniel quiso matarlo pero no podía, así que hizo lo que le había enseñado su abuelo cuando fue al espacio y se encontró un marciano: esperar a que viniera, cogerle la antena y halársela muy fuerte hasta que quedara noqueado.

Al fin los amigos pudieron viajar en paz. Andrés dijo: “¡Miren un universo!”. Y hasta el hermano de Daniel se alegró. Desde entonces Daniel fue conocido como el conquistador de otro universo. ■





# La mariposita aventurera



## JAIRO MANUEL GALINDO FAJARDO BOYACÁ

Nací en Duitama, Boyacá, el 17 de junio de 1999. Mi mamá se llama Nora Fajardo; mi papá, Manuel Galindo, y mi hermano es Fabián Camilo. Me gusta el fútbol y también me apasiona leer y escribir porque se aprenden muchas cosas nuevas que nos dejan enseñanzas, nos ayudan a despejar la mente y nos dan ideas para otras historias fantásticas.

Mi cuento "La mariposita aventurera" fue uno de los ganadores gracias a la profesora Cristina Agudelo. Ella envió mi cuento y yo no sabía de este

maravilloso concurso.

Le doy gracias a Dios, a RCN y al Ministerio de Educación por haberme dado la oportunidad de viajar a Cartagena junto a mi mamá. Allá conocí a personas muy especiales.

Les recomiendo a todas las personas que escriban y lean, y les deseo que sus sueños se hagan realidad.

**Cuarto grado. Institución  
Educativa Carlos Arturo Torres  
Peña. Santa Rosa de Viterbo,  
Boyacá**

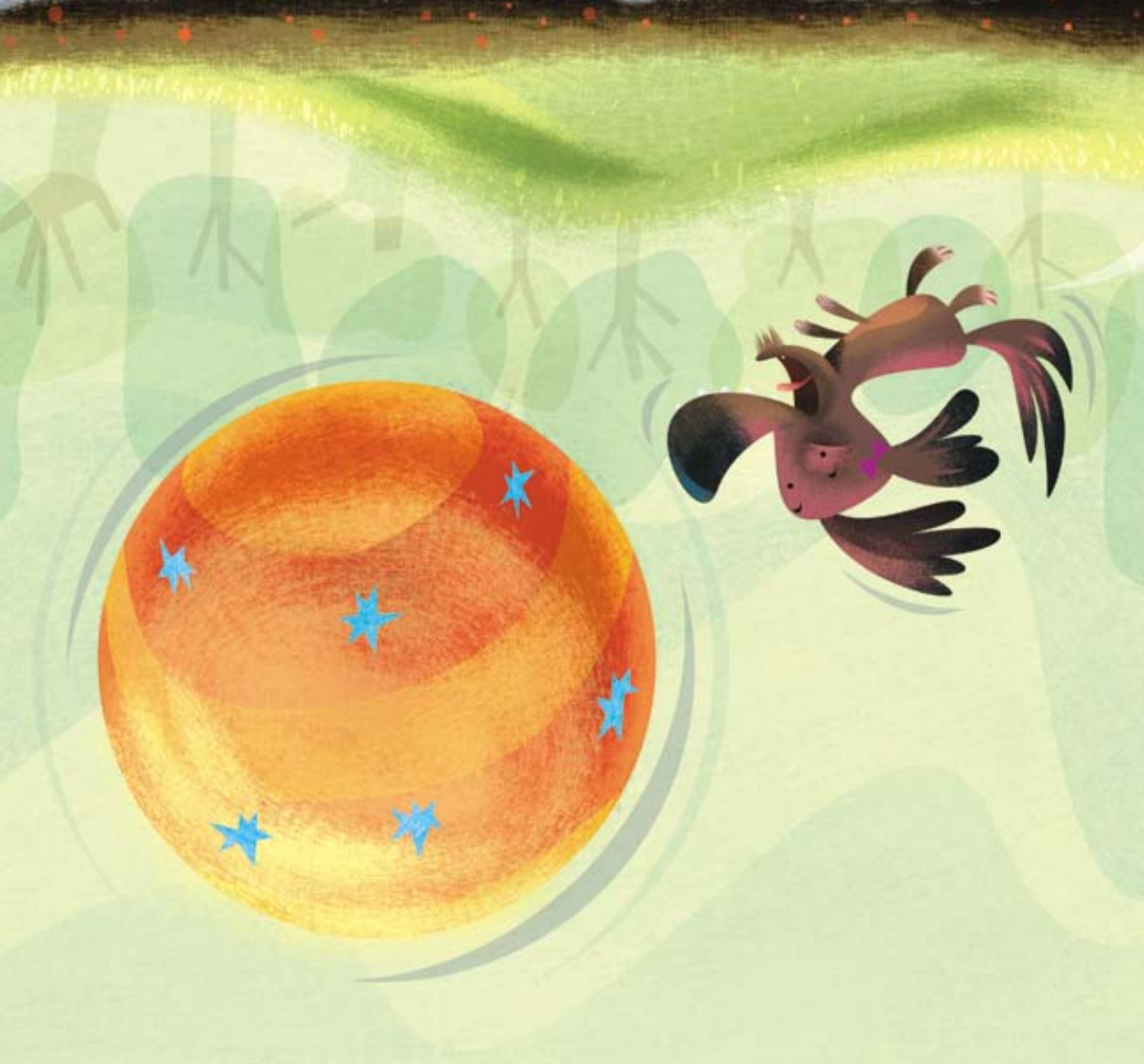
# La mariposita aventurera

JAIRO MANUEL GALINDO FAJARDO

**H**abía una vez una mariposita que iba a encontrar a sus papás: Manuel y Nora. La mariposita se llamaba Viviana. Caminaba por la selva porque estaba perdida. La mariposita tenía mucho miedo de que se la comiera un lobo, un cocodrilo o cualquier otro animal. Seguía y seguía buscando a sus papás. De pronto vio una luz, fue volando y era la salida de la selva. Salió, estaba feliz de salir. Pero otra vez se puso triste porque no encontraba a sus papás. Sólo veía una mariposita y después otra. Fue volando ¡y qué sorpresa! ¡Eran sus papás! Se puso muy feliz y les reclamó: “¿Por qué no estaban conmigo?”. Y los papás, sonriente y cariñosamente, le respondieron: “Hija, ¿no te acuerdas que estábamos jugando a las escondidas y tú contabas?”.







# Bruzzy



## ANDREA FERNANDA RIVAS PULIDO BOYACÁ

Nací en la hermosa ciudad de Tunja, en 1998. Soy hija única, mi madre es colombiana y mi padre nació en una pequeña población llamada La Mendieta, provincia de Jujuy, en el norte de Argentina. En el año 2009 tuve la oportunidad de viajar allá y de conocer a mi familia. Escribí mi cuento basada en una historia que le sucedió a Martha, la directora de la salita infantil de la Biblioteca Alfonso Patiño Rosseli del Banco de la República de mi ciudad. Un día mi profesora María Teresa Forero nos llevó a la biblioteca y Marthica nos contó su historia. Luego nos pidió que escribiéramos el cuento e hice

mis primeros apuntes en una libreta. A la profesora le gustó mi cuento y me dijo que lo enviara al concurso. ¡Gracias Marthica por compartir tu historia! ¡Gracias profe Teresa por motivarme a escribir! En este momento estoy dedicándome a la música, tocando el violonchelo, un instrumento que me ha despertado inspiración para seguir escribiendo historias que logren ir por todo el mundo y toquen el corazón de las personas.

**Grado quinto. Escuela Normal Superior Leonor Álvarez Pinzón. Tunja, Boyacá**

# Bruzzy

ANDREA FERNANDA RIVAS PULIDO

**M**artha tenía una perrita llamada *Bruzzy*. La perrita siempre la acompañaba. Martha y su esposo la compraron quince años atrás, pero desafortunadamente el esposo de Martha murió. Sus hijos se fueron para Bogotá y Martha se quedó sola con la perrita.

Martha vivía en un barrio elegante, en un edificio de apartamentos. Antes de llegar a su casa, le compraba a *Bruzzy* galleticas, huesitos para jugar, peloticas, panecitos. Cuando Martha llegaba, *Bruzzy* se asomaba por la ventana y cuando abría la puerta se le lanzaba a abrazarla y besarla. *Bruzzy* se convirtió en la compañía más importante para Martha, ya que le escuchaba sus historias sobre sus días en el trabajo. Los hijos de Martha, Santiago, Juan y Jorge, también querían mucho a *Bruzzy*. Cuando Martha hablaba con ellos, pasaba a *Bruzzy* al teléfono y les ladraba como queriéndoles decir que los extrañaba.

Un día Martha salió del trabajo como siempre y le compró ponquecitos a *Bruzzy*. Mientras tanto, *Bruzzy* estaba en el apartamento y como tenía mucha sed se subió a la alberca para buscar agua. Miró su rostro en el agua y empezó a ladrarle a su imagen, a sacarle la lengua y a mover la patica pensando que era un amiguito que

estaba jugando con ella. De repente, quiso lanzarse para abrazar a su amiguito y cayó al agua.

Cuando Martha llegó al apartamento se sorprendió porque *Bruzzy* no se asomó a la ventana como de costumbre. Entró llamándola, pensando que se había quedado dormida. La buscó en cada rincón del apartamento y al no encontrarla se preocupó y salió a la calle a preguntarles a los vecinos si la habían visto. Una vecina del apartamento del lado le dijo que la había escuchado ladrar. Martha volvió a su casa y miró en la cocina nuevamente, enseguida fue hacia el lavadero y empezó a temblar presintiendo lo peor. Se asomó a la alberca y vio que *Bruzzy* se encontraba allí flotando en el agua. Martha se puso a llorar, llamó rápidamente a sus hijos que estudiaban en Bogotá y dejó a *Bruzzy* en la alberca para que sus hijos la recogieran.

Santiago, Juan y Jorge llegaron con una manta y envolvieron a *Bruzzy*, salieron al parque, abrieron un huequito y la enterraron. Ese día llovía. Martha y sus hijos estaban muy tristes, abrazaron a *Bruzzy* y le pusieron flores en su tumba.

Días más tarde, Martha pasaba por la tienda y cuando se disponía a comprarle algo a *Bruzzy*, recordó que ya no estaba. Siempre que llegaba a casa recordaba que *Bruzzy* se asomaba por la ventana y cuando Martha dormía sentía los pasitos de ella alrededor de su cama.

Una noche, Martha soñó que *Bruzzy* estaba muy feliz en un prado lleno de flores y le hablaba diciéndole que allá estaba muy bien y que tenía muchos amigos. Quería que Martha hiciera lo mismo, que ya no estuviera triste por ella. Martha despertó al día siguiente, se levantó pensando en lo que había soñado y estuvo más tranquila el resto de los días pues ya sabía que *Bruzzy* era feliz. ■



# Camilo y la chiva



## JEINER FERNANDO SIERRA FRANCO NORTE DE SANTANDER

Mi nombre es Jeiner Fernando Sierra Franco. Nací el 30 de diciembre 1999 en Cúcuta. Estudio en el Colegio Departamental Integrado Juan Atalaya, en quinto grado. Me gusta el fútbol, escribir y leer. Para escribir mi cuento me inspiré en una chiva que me regaló mi papá y que después se murió. Camilo era un amiguito mío que también se murió cuando se estrelló en una bicicleta.

Le doy gracias a Dios por la sabiduría que me ha regalado para escribir.

Mi cuento se lo dedico a mi familia, al rector y al escritor Manuel Iván Urbina Santafé.

**Grado cuarto. Colegio  
Departamental Integrado  
Juan Atalaya. Cúcuta, Norte  
de Santander**

# Camilo y la chiva

JEINER FERNANDO SIERRA FRANCO

**E**rased una vez un niño llamado Camilo que vivía en una finca de su abuelo. Un día el abuelo le regaló una chiva pequeña para que Camilo la cuidara y la pastoreara. Pero Camilo era un niño perezoso y no le prestaba atención porque se la pasaba jugando.

Un día la chiva se fue de la finca porque aguantaba hambre y cuando Camilo fue a buscarla no la encontró y se puso triste. Entonces el abuelo salió a buscarla en la noche, la encontró y se la llevó. Camilo se puso alegre y cuidaba a su chivita con más cariño y atención.

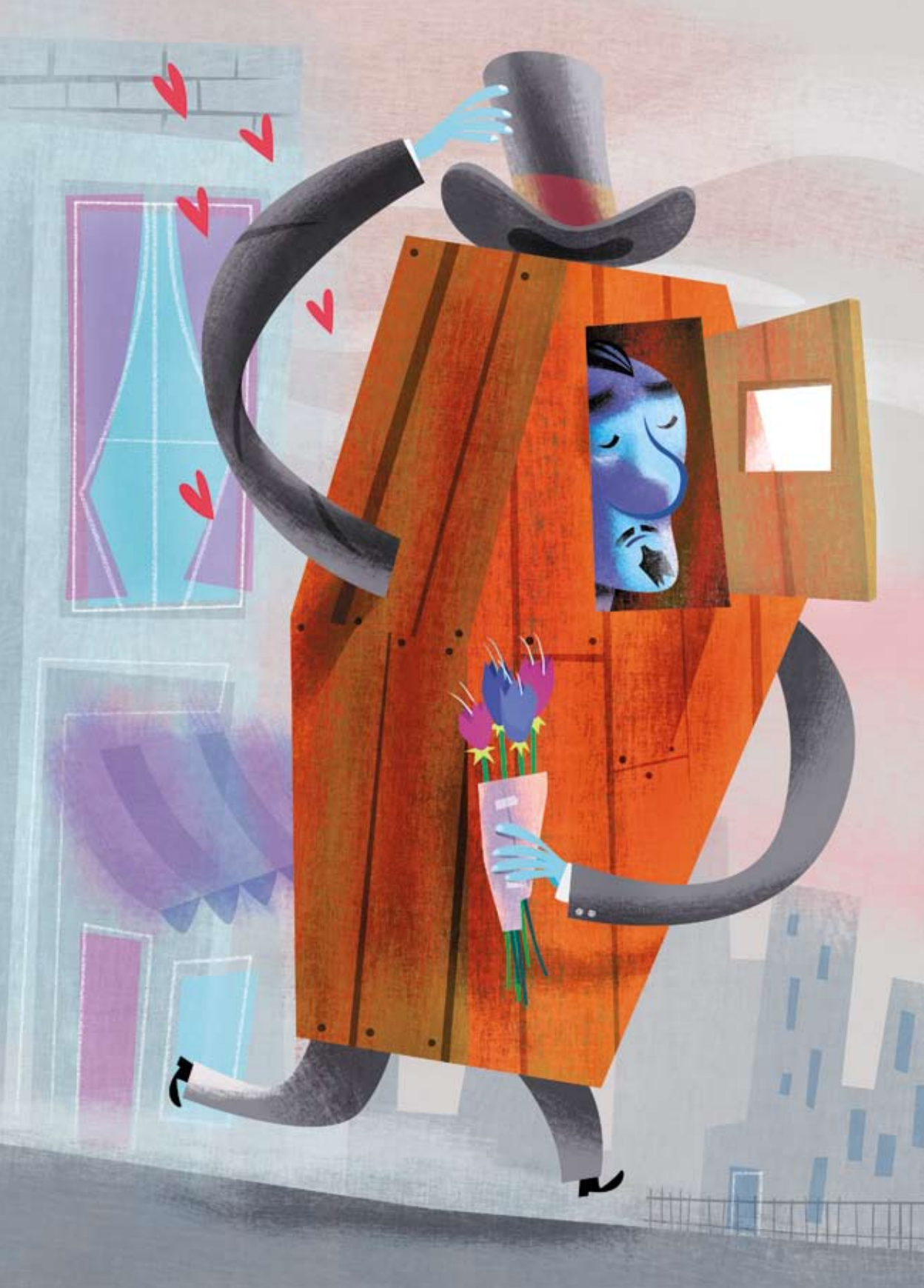
Pero la chiva se volvió a escapar de la finca y esta vez se demoró muchos días. Cuando llegó a la finca muy hambrienta se comió todo el pasto de la finca y los árboles, entró a la casa y se comió los cuadros, los muebles, las camas, las puertas. El abuelo y Camilo quisieron detenerla pero no pudieron.

El abuelo se enojó, atrapó la chiva, la mató, la cocinó y se la comieron. Luego recuperaron los muebles y las camas; a lo último recuperaron la casa.

Camilo se quedó viviendo en la finca de su abuelo y un día le dijo: “Abuelito yo quiero otra chiva”. Al otro día el abuelo le trajo otra chiva. Pero Camilo era un niño perezoso y se la pasaba jugando... ■







# El sueño de muerte de Julián Afanador



**JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ GONZÁLEZ**  
**BOGOTÁ**

Nací un 13 de marzo, por allá en 1999. Alguien se dio cuenta de que el mundo se estaba quedando sin fantasía y decidió mandarme a mí a remediarlo. Me gusta escribir sobre las cosas que a nadie le gustan, pero dándole una imagen diferente para que la gente cambie un poquito su manera de pensar, como en este cuento donde imagino que alguien se pueda enamorar de la temida y odiada muerte.

Agradezco a mis padres el estímulo y el apoyo en todos los aspectos de mi vida. Me encanta ser el orgullo de mis abuelos. Para todos los que desean ser escritores les puedo decir que solo leyendo se comprende el mundo de las letras y solo leyendo se aprende a escribir.

**Grado quinto. Colegio Bilingüe  
Reino Unido. Bogotá, D.C.**

# El sueño de muerte de Julián Afanador

JUAN SEBASTIÁN GONZÁLEZ GONZÁLEZ

**J**ulián Afanador era un ser miserable y tacaño como más no se podía ser. Pero a diferencia de la mayoría de seres que rodean nuestro mundo, don Julián (como por respeto y miedo lo llamaban los seres buenos del pueblo) sólo pensaba en el día de su muerte.

Don Julián era un hombre obeso y calvo, mal vestido y debido a su inmensa tacañería acumulaba una serie de olores asquerosos a su alrededor que lo hacían ver débil e inspiraban en uno que otro ser algo de lástima. Su único fin en este planeta era pensar en la muerte, se acostaba pensando en ella y se levantaba nuevamente con esa idea en la cabeza. Soñaba con ese día, maldecía a aquellos a quienes la muerte les arrebatava la vida antes que a él y se maldecía a sí mismo por ser el único que conocía el motivo para pensar así.

Para la llegada de este anhelado día don Julián ya tenía todo listo: un cajón mandado a hacer a la medida, con el relleno más fino y más suave, con las manijas hechas de plata y talladas a mano; el Cristo que estaría en la cabecera debía ser de oro y las velas serían cirios pascuales comprados en Roma. Ya tenía contratada la banda municipal para que tocara durante los tres días seguidos que, él planeaba, la gente iba a llorar. Había comprado el equivalente en comidas para ofrecerle a la gente que asistiría a tan renombrado

evento. El salón comunal estaría dispuesto para recibir a más de quinientas personas que debían rotar todo el día para no sofocarse. Y hasta contrató a término indefinido a diez doñas para que lo lloraran por turnos hasta un año después de muerto.

Con todo esto uno pensaría, ¿acaso no estamos diciendo que era un tacaño y todo lo demás? Bueno, sí, en todo lo que lo amarrara a la vida sí. Este hombrecito andaba tan obsesionado con la idea de morir que nunca volvió a comprar algo para comer más allá de pan y agua. Si quería variar un poco comía algo de los pastos que nacían en las calles. Tampoco volvió a comprar ropa. Andaba con unos pantalones que tenían más rotos que un costal y una camisa que más bien parecía un pañuelo. A sus pies llevaba amarradas con cabuyas dos botellas plásticas para no lastimarse con las piedras. Y cuando sentía frío se ponía una ruana que ya no se sabía de qué color era ni tampoco cuántos huecos tenía. Esa era su única compañera.

Pero no siempre don Julián fue así. Hace muchos años era un hacendado pudiente y egoísta, al que le fascinaba humillar a sus siervos y restregarles en la cara a los pueblerinos su dinero. No ayudaba ni a su propia madre aunque se lo rogara.

Ya es claro que este mal hombre siempre fue egoísta y tacaño, pero eso no es motivo suficiente para desear la muerte con tanto anhelo. ¿Por qué pasó esto? Pues bien, una tarde calurosa de mayo uno de los siervos de don Julián llegó corriendo a su puerta con una mala noticia: su madre, doña Cleme, estaba en su lecho de muerte y ansiaba hablar con su hijo por última vez.

—¿Y como por qué yo debería perder mi tiempo yéndola a ver?

—Pues patrón, con todo el respeto que usted se merece, yo creo que si ya se va a morir y es la última vez que la va a ver, pues debería echarle un ojito. Además puede que le herede algüito —le contestó el siervo.

Ante esta indiscutible lógica, frente al hecho de que tal vez heredara algo, don Julián decidió ir a ver a su agónica madre.

–Bueno, madre, ya llegué, dime qué me vas a heredar para que puedas morirte tranquila y dejarme de hacer perder mi tiempo.

–Mijito, me hace tan feliz verte aquí, que eso era lo único que quería para morir tranquila. No te puedo heredar nada pues todo lo que tenía te lo di ya hace mucho tiempo.

–¡¡¡Entonces me haces venir aquí para nada, muérete de una vez por todas y nunca me vuelvas a molestar!!! –respondió furioso don Julián.

En ese instante triste para muchos, doña Cleme le dio con la mano una última bendición a su hijo y cerró sus ojos para entregarse a los brazos de la muerte. Este mismo momento es tal vez el minuto más importante en la vida de don Julián, pues he aquí que conoció el verdadero amor. Cuando la muerte atravesó la sala donde estaba doña Cleme, sus ojos se cruzaron con los de don Julián. Nunca antes, Ella, la Dama de la Noche, había fijado sus ojos en un mortal al que no fuera a arrebatarle la vida, y don Julián nunca había mirado a los ojos a nadie pues nadie nunca estuvo a su altura. Eso pasó en tan solo un segundo, pero cuando don Julián se dio la vuelta ya la hermosa muerte se había marchado con su madre y no dejó sino el despojo de su cuerpo frío.

Don Julián estaba confundido. Estaba feliz por aquel instante de amor, había conocido a alguien que le sostuvo la mirada, lo hizo suspirar, le hizo sentir mariposas en el estómago y palpar su frío corazón. Pero estaba triste porque no imaginaba cuándo podía volver a ver a su amada.

Al principio decidió ir al velorio de cuantos conocidos y desconocidos había en el pueblo, y hasta encargó a uno de sus siervos para que le avisara cuando alguien estuviera en peligro de muerte o estuviera sufriendo alguna enfermedad. Pero pasó mucho tiem-

po entre enfermos y entierros y don Julián ni se enfermaba ni podía ver nuevamente a su añorada amada. En las noches eternas le rogaba a gritos, en medio de su soledad, que le arrebatara la vida para tan solo por un segundo poderla contemplar de nuevo.

Un buen día, don Julián iba caminando por las calles solitarias del pueblo, cuando se encontró con una vieja que todos llamaban loca y ella le preguntó: “Oye, tú, ¿por qué tan triste?”. Él le dijo que solo esperaba que le pasara algo para morir lo más rápido posible. La vieja, extrañada, le dijo: “Pues déjate de bobadas, véndele tu alma al Diablo y él te soluciona cualquier problema”.

Don Julián estaba feliz porque por fin había encontrado una respuesta. Con un manojito de hierbas y una esperanza en el corazón, esa misma noche decidió invocar al Diablo. Lo llamó diciendo: “Señor de la Noche, hoy quiero que me muestres el camino al corazón de tu sierva, la hermosa Muerte”. El Diablo apareció y le contestó: “¿Y tú, insignificante humano, por qué crees que yo te daría el placer de hacerte feliz?”. Don Julián respondió desesperado: “Te lo ruego, ayúdame a llegar a su corazón. ¡Dime qué debo hacer!”. El Diablo por un momento pareció entender el dolor del hombre, pero sólo suspiró y le dijo: “Lo lamento, pero por haberme llamado y haber creído que mi corazón acompañaría tu dolor, lo único que lograste fue recordarme que a mí nunca nadie me amó, por lo que no sólo dejaré que vivas para siempre, sino que no permitiré nunca que Ella se enamore de ningún ser”. Diciendo esto quedó una neblina oscura y espesa en la oscuridad de la noche.

Es por eso que don Julián tiene preparado todo para el día de su muerte y la busca desesperadamente, aunque sabe que esto nunca pasará. En el fondo de su alma, el amor hace que guarde la esperanza. Sueña que el Diablo le devuelve su mortalidad para ver a su amada o que le da la oportunidad a ella de amarlo a él. Aunque aún no sabemos si la hermosa Muerte tiene corazón. ■





# El caso del experimento de la vela sin oxígeno



**NICOLÁS ROJAS ORTÍZ**  
**BOGOTÁ**

Nací en Bogotá el 17 de septiembre de 1999, para la época del día del amor y la amistad. Creo que fue un gran regalo para mi familia. Me gusta jugar fútbol y compartir con mi hermano Mateo a quien quiero mucho. Llegué al Concurso Nacional de Cuento por una tarea de español en la clase de la profesora Elisa Naranjo, en el colegio Claretiano Bosa. Fue un reto para mí ya que tenía poco tiempo. Tuve la ayuda de mis padres para escoger el tema y luego con mi imaginación lo fuimos

desarrollando durante una semana de mucha dedicación. La alegría fue inmensa cuando me avisaron que era uno de los ganadores. Espero que mi cuento les guste mucho e invito a todas las personas a plasmar su imaginación en un papel como lo hice yo. Esto nos mantiene motivados y alejados de todas las malas influencias o tentaciones que nos pone la vida a cada instante.

**Grado cuarto. Colegio Claretiano. Bogotá. D.C.**

# El caso del experimento de la vela sin oxígeno

NICOLÁS ROJAS ORTÍZ

**E**sta es la historia de tres amigos inseparables llamados Esteban, David y Juan. Ellos jugaban, hacían tareas y muchas otras cosas. Eran muy comprensivos entre ellos. Un día se reunieron en la casa de Esteban a estudiar y a hacer diferentes tareas, entre ellas, un experimento.

Primero hicieron una lluvia de ideas para sacar el experimento que presentarían en clase. Esteban dijo que hicieran un experimento de cómo una vela se apaga sin oxígeno. David y Juan expresaron sus ideas. Quisieron hacer el experimento ideado por Esteban, pero David dijo:

–Ya es muy tarde. No me dan permiso de quedarme.

–A mí tampoco –dijo Juan.

–Es verdad, compañeros, ¿mañana pueden venir? –dijo Esteban.

–¡Claro! –dijeron–. Temprano en la mañana –luego se despidieron y se fueron.

Al día siguiente los tres amigos se pusieron a hacer el experimento. Encendían la vela y ponían sobre ella un vaso boca abajo para apagarla por falta de oxígeno. Intentaron de nuevo y no sucedió lo mismo: la vela no se apagó, al contrario, se encendió más.

En ese momento, la mamá de David, que estaba en la cocina preparando alimentos, giró las perillas de la estufa para apagar los fogones, pero quedó asombrada al descubrir que estos continuaban encendidos. Notó que cuando ponía algún objeto en un sitio, éste era movido de lugar. Eso pasó con el azúcar, la sal y la leche que había acabado de hervir. Entonces preguntó enojada:

–¡Chiquillos traviesos! ¿Ustedes me están jugando una broma?

–No, mamá. Nosotros no fuimos. A nosotros también nos están haciendo lo mismo –dijo David.

–¿Ah, sí? ¿Por qué? –preguntó la mamá.

–Se supone que una vela se debe apagar sin el oxígeno –dijo Juan.

–Eso es muy extraño –afirmaron todos al tiempo.

–Yo opino que busquemos la causa de estos sucesos –exclamó David.

–¿Pero cómo? –preguntó Juan.

–Ya sé –dijo Esteban–. Pongamos algo que llame la atención y nos escondemos para averiguar quién los está cambiando de lugar.

–¡Excelente idea! –respondió la mamá–. Así sabremos quién es el bromista.

Los niños pusieron una canasta con galletas sobre la mesa y se escondieron detrás de una silla a ver quién era el que la movería, pero pasaron quince minutos y la canasta continuaba en el mismo sitio. Entonces la mamá dijo: “Yo sabía que eso no iba a suceder porque ustedes, pilluelos, están aquí juntos. Así que nadie lo va a mover de lugar”.

Los niños, asombrados, exclamaron a la vez: “¡Pero es que nosotros no somos! Tienes que creernos. A nosotros también nos están jugando una broma con nuestro experimento”.

Mientras estaban entretenidos en esta discusión, no se dieron cuenta de que la canasta había cambiado de lugar. Cuando lo notaron, más asombrados aún, y con tristeza, se culparon porque por estar discutiendo no supieron quién lo hizo.

“Intentémoslo de nuevo –dijo Juan–, pero esta vez pongamos algo que al ser movido produzca ruido. Así veremos qué es lo que sucede”. Decidieron buscar un sonajero en los juguetes de David, nuevamente lo pusieron sobre la mesa y se dijeron entre ellos:

–En esta oportunidad, pase lo que pase, no vamos a pronunciar palabra alguna ni a desviar nuestra atención, porque esta puede ser nuestra única oportunidad de saber qué es lo que está sucediendo.

–Pues lo que sucede es que estamos en una casa encantada –dijo Juan.

Con estas palabras fijaron toda su atención en la mesa y nuevamente pasó el tiempo, pero esta vez solo transcurrieron cuatro minutos cuando el sonajero se deslizó suavemente sobre la mesa, produciendo un leve sonido que alcanzó a ser escuchado por los espectadores. Quedaron atónitos y no podían hablar. El sonajero estaba siendo movido por un pequeño muñeco que, al verlo de cerca, de muñeco no tenía nada: tenía movimiento propio, ojos expresivos y con brillo de picardía, dos orejas terminadas en punta y una nariz con forma de zanahoria rebanada por la mitad. Ellos respiraron profundo para contener el susto. Finalmente la mamá les dijo a los niños:

–¡Es un duende! ¡Atrapémoslo! Dicen que es de buena suerte.

–¿Pero cómo? –preguntó David. Todos se lanzaron rápidamente sobre la mesa, pero el duendecillo ya no estaba.

–Ya sé –dijo Esteban–. Juguémosle algunas bromas y así le daremos de su propia medicina.

—Hagámoslo de una vez —dijo la mamá—. Pongamos el sonajero nuevamente, pero reguemos salsa de tomate sobre la mesa para que al caminar deje las huellas y sepamos en dónde se esconde.

Pero eso no fue tan fácil, el duendecillo era más listo de lo que ellos creían y no cayó en la trampa que le habían hecho. Al contrario, los niños quedaron embadurnados de salsa de tomate al tratar de atraparlo. Entonces se les ocurrió otra idea:

—Pongámosle pegamento al sonajero, así cuando trate de correrlo, quedará pegado y será más fácil atraparlo. Cuando escuchemos el sonido del sonajero sabremos donde está.

Pero esto tampoco dio resultado. ¡Y vaya problema para Esteban! Al poner el sonajero sobre la mesa, se quedó ahí pegado.

Al día siguiente, los niños, cansados de caer en sus propias trampas, decidieron atraparlo de nuevo. Esta vez le pusieron una bolsa llena de dulces dentro de una caja de cartón, pues según las leyendas los duendes no se pueden resistir. Se sentaron a esperar que el duende cayera por la tentación de esos exquisitos dulces, para luego cerrar la caja y dejar al duende adentro.

Finalmente, gracias a la agilidad de Esteban, la inteligencia de David y las ideas de Juan, lo atraparon. Después, al tenerlo en la caja, el duende se asustó por la oscuridad que había adentro y comenzó a suplicar que lo dejaran salir. Los niños aprovecharon el desespero del duendecillo y le dijeron que ese sería su castigo por causar tantos problemas.

El duende, después de haber recibido su lección, aceptó ayudar a los niños a terminar su tarea y se comprometió a no causarles más problemas si lo dejaban ser su amigo y si seguía viviendo en la casa de David. Ellos aceptaron la propuesta si, a cambio, él les ayudaba a presentar el experimento en su salón de clases con los mismos resultados que él les había mostrado, es decir, que al en-

cender la vela y quitarle el oxígeno con el vaso boca abajo, ésta no se apagaría sino que, por el contrario, se encendería más.

Llegó el día de presentar el trabajo. Los niños, muy nerviosos, mostraron el experimento en clase. La profesora, bastante asombrada por el resultado, les preguntó cómo lograron lo que ningún científico había logrado hasta el momento. Como es de esperarse, ellos guardaron el secreto de su amigo duende y la profesora les calificó con una nota definitiva: ¡Excelente! ■







# El gran *Perrinho*



## CRISTIAN BERNARDO GARCÍA MOLINA **BOLÍVAR**

Mi mamá pujaba y lloraba. Era un lunes 18 de diciembre de 1995. Los doctores notaron que fui el único barón nacido ese día. Cuando cumplí siete años nos vinimos a vivir a Turbaco, Bolívar.

Tengo tres amigos: Gustavo, Sebastián y Kevin. Me gusta mucho ver, jugar y hablar de fútbol. También me gusta correr, jugar *Play station* y leer cualquier cosa. Mi sueño es viajar a Bogotá para cumplir mis otros sueños: presentar mis nuevas obras, comprarle una casa a mi mamá, porque no tenemos, y operar a mi padre de la vista. Me gustaría salir adelante para dejar de llevar agua en burro a diario y para poder ser alguien.

Escribí mi cuento inspirado en *Pitu*, mi gato, cuando lo vi jugando con una bolita. Después de ganar este concurso empecé a asistir a un taller literario en la Biblioteca Jorge Artel, en Cartagena, donde además de los cuentos me enseñan a escribir poesía. Quiero agradecerle a mis padres Edgar y Yirina por motivarme, también a Dios, a mi amigo Edgar, a RCN y el Ministerio de Educación.

**Grado séptimo. Institución Educativa Técnica Agropecuaria La Buena Esperanza. Turbaco, Bolívar**

# El gran *Perrinho*

CRISTIAN BERNARDO GARCÍA MOLINA

Una tarde muy soleada Luis y su esposa Ana fueron a dar un paseo a la playa con sus hijos José y Laura de 14 y 10 años respectivamente. Todo fue divertido y alegre. De regreso Laura vio que una canasta rodaba por la orilla del mar. Rápidamente la agarró y vio a un perro recién nacido que lloraba sin cesar. Lo llevaron a casa y empezaron a cuidarlo y a alimentarlo. Era un pastor alemán de color café, tenía el pelo brillante y los ojos azules. Le pusieron por nombre *Perrinho*, porque a José le gustaba mucho el juego del futbolista brasileño Ronaldinho.

Con el tiempo, *Perrinho* se acostumbró a su nuevo hogar. Era muy juguetón y cariñoso con sus dueños.

Un día José salió a jugar fútbol con sus amigos del barrio, sin contar con la presencia de *Perrinho* que lo persiguió hasta la cancha. Al principio *Perrinho* simplemente observaba a los jugadores y ladraba cuando se marcaba gol, pero luego se metió al campo de juego justo cuando José cobraba un tiro de esquina. De pronto, *Perrinho* se paró en forma de escorpión y empalmó un remate que, con furia y alegría, fue un golazo.

Todos quedaron con la boca abierta y divulgaron la noticia por todas partes. *Perrinho* se volvió famoso y generó comentarios entre

la gente, tanto así que siguió marcando goles en el circo del barrio, ganándose la admiración de la gente. En sus ratos libres *Perrinho* era entrenado para jugar fútbol. Le enseñaron jugadas fenomenales.

Un día el cuerpo técnico, los directivos y accionistas del Real Cartagena llegaron en compañía de camarógrafos y periodistas a la casa de Luis y pidieron los servicios de *Perrinho*. A cambio de esto la familia recibiría una quincena y viviría en el barrio Bocagrande. Sin pensarlo dos veces, Luis y Ana aceptaron la llegada de *Perrinho* al Club. José sería su representante.

*Perrinho* empezó en las divisiones inferiores, pero su talento y entrega lo llevaron de inmediato a las divisiones mayores donde se destacaba jugando bien y marcando goles en los entrenamientos.

Una noche, tras la aprobación de la FIFA, la prensa nacional e internacional estaba a la espera del debut de un perro como futbolista profesional. *Perrinho* lucía uniformado y llevaba el número 23. Era delantero. Luis, Ana, José y Laura asistieron al estadio y se sorprendieron al ver que estaba lleno por tres razones: era el debut de un perro en la historia del fútbol, era un partido ante Junior y de ese partido saldría el clasificado a los cuadrangulares de la Copa Mustang.

Empezado el partido ambos equipos jugaban en iguales condiciones, pero *Perrinho* se destacaba y generaba opciones de gol. El partido seguía empatado a cero y solo en el segundo tiempo, en el minuto 44, se encendió el talento de Gabriel Fernández. Arrancó desde el ala izquierda del ataque hacia el centro, en línea paralela a la raya de fondo; se sacó a dos rivales de encima, le acomodó el pase a *Perrinho* y lo vio meter un derechazo furibundo que estalló en las redes junioristas.

Así marcó su primer gol como futbolista profesional, el que le dio la victoria a su equipo y un lugar en los cuadrangulares semi-

finales de la Copa. La ovación se hizo sentir. Esa noche *Perrinho* era el grande. Después de eso siguió marcando goles en el torneo, hasta clasificar a su equipo a la final, habiendo marcado 14 anotaciones. Mientras tanto, Luis, Ana, José y Laura vivían en familia en el barrio Bocagrande disfrutando de una mejor vida junto a *Perrinho*.

Llegó la fecha de la final Real Cartagena vs. Atlético Nacional en el Estadio Nemesio Camacho el Campín de Bogotá. Al principio el partido estuvo igualado a cuatro goles, con anotaciones de Aldo Leao Ramírez, Junior Bahiano, Giovanni Moreno y Juan Carlos Mariño para Nacional, y Gabriel Fernández, Edwards Jiménez, Emerson Chamorro y Mauricio Arroyo para Real Cartagena. Pero sólo en el segundo tiempo, en el minuto 45, José Nájera abrió un pase en diagonal hacia *Perrinho*, quien hizo una pared con Hernando Patiño. Su lujosa devolución de taquito la conectó con un zurdazo el delantero *Perrinho*.

¡Campeón mi Real!, gritaban en todo el estadio, ovacionando la actuación del equipo. Edison Palomino, Juan Henao y el gran *Perrinho* dejaron ver todo su entusiasmo y alegría tras la conquista del título.

Esa noche *Perrinho* fue consagrado como el mejor jugador de la Copa Mustang y recibió el botín de oro que lo identificaba como goleador del torneo con 15 tantos. Tiempo después fue elegido como mejor jugador de América y ganó el Balón de Oro.

Gracias a esto, el Manchester United compró su pase por una temporada. La familia se fue a vivir a Londres durante seis años, mientras *Perrinho* brillaba en los mejores equipos del mundo. En Manchester United marcó 28 goles. Luego *Perrinho* se coronó campeón de la Liga Premier, la Copa Inglesa, la Liga Española, la Copa del Rey, el Calcio Italiano, la Copa de Italia, la Liga de Campeones,

la Copa UEFA, la Recopa Europea, el Mundial de Clubes y muchos torneos amistosos. Jugó con equipos como Chelsea, Real Madrid, Barcelona, Inter, Milán y Liverpool. También ganó el Balón de Oro en varias ocasiones, lo que lo identificó como el mejor jugador del mundo, superando a estrellas como Cristiano Ronaldo, Kaká, Lionel Messi, Ronaldinho, Robinho, entre otros.

En dos ocasiones *Perrinho* fue al Mundial de Fútbol con la Selección Colombia. Ocuparon el tercer puesto por primera vez en la historia del fútbol. Ese mismo año *Perrinho* fue campeón de los Juegos Olímpicos con la Selección Colombia.

Y después de ganar la Copa América, también con la Selección Colombia, toda la familia estuvo de acuerdo con que *Perrinho* se retirara de las canchas. ¡Y qué mejor manera que oficializar su retiro como campeón del mundo en Liverpool!

Llegó la fecha indicada para el encuentro ante River Plate en el estadio Kokuritsu Kasumigaoka Rikujo Kyogijo, de Tokio. Era una noche fría y todos hacían su agosto vendiendo boletas, afiches, pancartas, fotos alusivas al encuentro y a *Perrinho*. El escenario estaba iluminado y con pantallas gigantes. Al principio, el juego estuvo empatado a un gol de Fernando Torres para Liverpool y Falcao García para el River. De pronto, en el minuto 92 Javier Mascherano le robó el balón a Abreu en el área de penal y se lo pasó a *Perrinho* quien con una chilena espectacular marcó el gol de la victoria y coronó a su equipo campeón.

Ese día *Perrinho* marcó el mejor gol del mundo y se retiró de las canchas. Luis, Ana, José, Laura y *Perrinho* vivieron en Cartagena felices por siempre. Muchos creen que *Perrinho* fue la reencarnación de Andrés Escobar, el gran futbolista colombiano. ■



# El árbol de los recuerdos



**DANIELA FAJARDO GUERRA**  
**NARIÑO**

En mi casa tenemos una biblioteca para toda la familia, y yo siempre la consulto. De lo que voy leyendo voy sacando ideas para crear mis propios cuentos, aunque también me inspiro en hechos reales que veo en la televisión, en las historias de mi familia que me cuenta mi mamá o en experiencias de mi vida. Yo creo que todos somos capaces de hacer cuentos, lo importante es que uno lo haga

con amor ya que si uno escribe porque le toca hacerlo no le va encontrar sentido. Si a una persona no le gusta escribir, debe hacer el esfuerzo, debe buscarle el lado positivo y sé que le va a encontrar el gusto. Así se dará cuenta de que es capaz de hacerlo.

**Grado quinto. Colegio Champagnat. Pasto, Nariño**

# El árbol de los recuerdos

DANIELA FAJARDO GUERRA

**E**ra 23 de diciembre, hacía mucho frío y me encontraba mirando por la ventana si alguien llegaba a visitarnos. Mi mamá estaba en la biblioteca organizando los libros y botando algunas cosas. Me cansé de esperar y la acompañé.

Me dio curiosidad y le pregunte: “¿Por qué botas todas esas cosas tan bonitas y sobre todo las fotografías?”. Respondió con un silencio. La miré y le pregunté de nuevo, pero ella se enojó y me dijo: “No quiero guardar nada que me recuerde a nadie”. Bajé la mirada y me fui. Pensé que nadie nos quería y que mi mamá era lo único que tenía porque vivíamos solas y yo no conocía a los demás, ni a mi papá. Mi mamá me decía que yo no necesitaba a nadie más, sólo a ella, y ella sólo a mí.

Pero ese día me sentía sola y quería pasar la Navidad con muchas personas, así como la pasaban mis amigos del cole, ellos que hablaban de grandes fiestas y de mucha gente.

Volví a ver a mi mamá. Estaba llorando. Me miró y se fue. Yo me quedé ahí y empecé a ver lo que había botado. En ese desorden encontré una foto un poco vieja, pero con un mensaje en la parte de atrás. Decía: “Querida hija, te amamos aunque estés enojada”.



¿Quiénes eran los de la foto? Empecé a hurgar más y más y encontré muchas fotos de personas desconocidas para mí, pero no para mi mamá. Y se me ocurrió algo, una idea loca pero que haría que mi mamá y yo no estuviéramos solas nunca más. Guardé todas las fotos sin que ella se diera cuenta, las llevé a mi cuarto y las organicé. Algunas eran tan chistosas que me reí mucho. En una me pareció ver a mi mamá con mis tíos cuando eran niños. También encontré otras donde aparecía yo con mis abuelos, atrás estaba la fecha de mi cumple. Pero hubo una en especial que me causó curiosidad: allí estaba mi mamá abrazada a un señor con una bebé. ¡Éramos mi papá y yo! Abracé la foto y la miré varias veces.

Luego busqué el álbum de las dos y saqué algunas fotografías, las más lindas, porque mi mamá no sale bien. Ya era de noche y me acosté esperando a que llegara rápido el otro día. Una luz entró por mi pequeña ventana. Era 24 de diciembre y llegó la hora de cumplir con mi misión.

Esperé a que mi mamá saliera al supermercado a comprar la comida. Me pidió que la acompañara pero le dije que tenía que empacar un regalo que le tenía. Ella sonrió y se fue. Saqué todas las fotos, les puse cinta y empecé a adornar mi árbol con ellas, una a una como si fueran bolitas y adornitos. ¡Parecía una eternidad! Pero estaba tan contenta que no me interesó lo cansada que estuviera, sólo esperaba que ella no llegara y me descubriera, porque era una sorpresa.

Eran las cuatro de la tarde. Por fin había terminado. El árbol quedó hermoso. Mi mamá no llegaba y decidí acostarme en el sofá. Sentí que abrían la puerta y me desperté. Mi mamá me miró y en seguida vio el árbol. Me asusté un poco. Pensé que me regañaría. No decía nada. Estaba sorprendida. Entonces le dije: “Esta noche ellos son los invitados, y aunque no sé quiénes son todos, ellos en

algún momento estuvieron a tu lado”. Mi mamá empezó a llorar desconsoladamente y se acercó. Me pidió perdón por alejarme de todos ellos y me contó la historia de cada fotografía. Estuvimos juntas casi toda la noche. Esa fue una de las mejores navidades que he vivido. ■



# CATEGORÍA

FUSAGASUGÁ

JUAN SEBASTIÁN  
SANTOFIMIO PINILLA

El encargo

95

MANIZALES

SERGIO LONDOÑO  
GONZÁLEZ

*Finale*

89



BOGOTÁ

RAFAEL CUPERMAN COIFMAN

Me es imposible

79

PEREIRA

MIGUEL HERNÁNDEZ FRANCO

Entre las ocho y las diez

85

## ESTUDIANTES DE OCTAVO A ONCE GRADO

### CARTAGENA

MIGUEL ÁNGEL  
RUIZ REYES

La cabeza  
agonizante

107



### MEDELLÍN

ANDRÉS FELIPE VALLEJO LONDOÑO

Café

113

### BOGOTÁ

ANA VIRGINIA CAVIEDES ALFONSO

Mañana será martes todo el día

131

### BOGOTÁ

LINA MARGARITA SALAS QUIJANO

Después de la vida

101

### BARRANQUILLA

RICARDO JESÚS  
CASTRO FERNÁNDEZ  
DE CASTRO

Los secretos de un  
gato (con el permiso  
de Poe)

125

### VILLAVICENCIO

BRIGITTE LORENA ROZO ROCHA

Presente profe, siempre presente

119



# Me es imposible



## RAFAEL CUPERMAN COIFMAN BOGOTÁ

Crecí alrededor de cuentos y anécdotas compartidas en familia. Era el típico niño que pedía historias antes de dormir y recuerdo que las que más anhelaba eran las *Fábulas* de Esopo. A medida que iba creciendo, me sumergí en libros infantiles y juveniles. También empecé a crear mis propias historias. Los concursos de cuento que organizaba el colegio se convirtieron en una buena excusa para dejar volar mi imaginación.

Siempre viví en Bogotá rodeado de noticias, gente y acontecimientos que abrieron mi mente. Los profesores del Colegio Colombo Hebreo me

dieron una formación íntegra. Por eso en mis cuentos no sólo busco narrar una secuencia sino que trato de entender las razones que llevan al hombre a actuar como lo hace. Me gusta hacer que el final de mis cuentos sea inesperado y tratar en ellos temas cotidianos.

Nunca pensé inscribirme en este concurso, hasta que mi profesora de lenguaje me impulsó a hacerlo. Envió mi cuento y la siguiente vez que oí de él fue cuando me llamaron a decirme que había sido preseleccionado.

**Grado décimo. Colegio Colombo Hebreo. Bogotá D.C.**

# Me es imposible

RAFAEL CUPERMAN COIFMAN

-D<sup>o</sup>ctor –era mi secretaria por el citófono–. El paciente Ubizarreta está acá.

–Sí, señorita –le respondí–. Dígale que siga.

La puerta café que separaba mi oficina del cubículo de mi secretaria chirrió y vi entrar a un hombre alto y fornido. Estaba totalmente pálido y su cabello negro, despeinado, mostraba indicios de canas. Lo hice pasar. Nunca pensé que un paciente me fuera a dar a mí, un psicólogo renombrado, tantos problemas y preocupaciones. Entró y sus labios trataron de articular un saludo, pero su nerviosismo y estrés hicieron que las palabras no fueran más que pensamientos. Se quitó la chaqueta gris y se acostó en el diván de mi oficina. Mientras tanto yo abría mi gaveta y sacaba una carpeta que sería la historia del misterioso señor Ubizarreta. Me senté luego en la silla al lado del diván donde temblaba mi paciente y empezamos la sesión.

–¿Me podría decir su nombre completo, señor? –pregunté. De su boca salió una voz tenue y asustada.

–No sé, doctor, realmente yo no sé quién soy –en ese momento entendí que esto iba para largo, pero nunca pensé que tanto.



–Entiendo, sufre de doble personalidad. Tranquilícese, hoy en día hay mu...

–No doctor –me interrumpió–, usted se equivoca. Yo no sufro de doble personalidad. Yo tengo un problema más grande, mucho más grande. Pero antes de contárselo –tartamudeó– necesito que usted me jure que no va a decirle a nadie mi problema.

–No entiendo, señor –respondí.

–¡Sólo júrelo!... si es que es capaz de ayudarme.

Yo, al ser un psicólogo importante y reconocido, entendí que mi paciente estaba mal y realmente necesitaba ayuda. Y si yo no se la daba, ¿quién lo haría?

–¡Júrelo, doctor!, por favor –su petición interrumpió mi pensamiento.

–Sí, lo juro. Juro que no le diré a nadie lo que usted me cuente –aseguré.

–Confío en usted, doctor. Si alguien se entera correría peligro de muerte.

Me acomodé en mi silla y tomé un sorbo de agua. Estaba fría como mis manos. Tragué saliva y respiré profundo.

–Confíe en mí, señor, para eso estoy.

Se hizo un silencio como de diez segundos que parecieron minutos. “¿En qué me metí?”, pensé. Ubizarreta se paró del diván, fue a la ventana, la cerró y por encima cerró las persianas. Luego, muy lentamente, fue hacia la puerta, la abrió y se fijó quién estaba afuera en la salita de espera. Sólo una anciana. Volvió a cerrar la puerta y fue al diván. Se acostó mirando al techo. Yo no me había movido, estaba pálido.

–Doctor –tragó saliva–, yo soy una persona vil. Yo hago cosas que no se deberían hacer. La gente me odia y me ama. Yo soy dos personas, doctor... yo soy dos personas: Álvaro Ubizarreta y Frank.

–Explíquese, por favor. No entiendo –dije. Volvió a tragar saliva y abrió sus labios. De su boca salieron cuatro palabras.

–Yo soy un sicario –silencio, un silencio tenso–. Yo soy Frank dentro de la organización de sicarios en la que estoy. Pero afuera soy un ciudadano más. Trabajo como banquero y me llamo Álvaro Ubizarreta. –Yo no tenía palabras para responderle y mucho menos pensamientos. Estaba en blanco–. Doctor, yo fui el que asesinó a Zuleta, el excandidato a la Alcaldía. Yo fui el que le incrustó una bala en el cráneo a Sergio Torres, el periodista que murió hace cuatro meses. Y me tocaba matar al presidente gringo George Bush cuando vino hace dos años, pero la seguridad era extrema y no pude lograr el objetivo. –Yo seguía sin palabras–. Doctor, pero lo que hizo que venga a consultarlo a usted es que desde hace dos semanas tengo una nueva misión, pero no la puedo realizar. Me es imposible.

–¿Podría saber cuál es esa misión, señor? –le pregunté asustado mientras pensaba: “Me va a matar a mí, me va a matar a mí”.

–El jefe me dijo hace dos semanas que lo llamaron y le pidieron matar a alguien. Me llamó y me dijo: “Frank, te tengo una misión, debes matar a alguien. Tienes un mes”. Yo confiado le dije que aceptaba la misión y le pregunté quién era la víctima. Ese fue el problema. ¿Sabe a quién tengo que matar, doctor? ¿Sabe a quién?

–No, señor, no sé –estaba que me desmayaba, ¡me iba a matar a mí!–. Dígame a quién –cerré los ojos cuando él iba a hablar.

–Doctor, tengo que matar al banquero Álvaro Ubizarreta. ¡Frank tiene que matar a Álvaro Ubizarreta! ■





# Entre las ocho y las diez



**MIGUEL HERNÁNDEZ FRANCO**  
**RISARALDA**

Supongo que ahora es cuando debo empezar a hablar de mí. Siempre me ha parecido bastante complicado hacerlo. Es fácil escribir sobre los demás, sobre sus desgracias y felicidades, pero cuando hay que hacerlo sobre uno mismo todo se dificulta un poco más de lo necesario.

Digamos, para comenzar, que cuando usted lea este libro, yo tendré diecisiete años y, siempre y cuando lo lea antes del veintidós de abril, seguiré estando a unos pocos meses de alcanzar la mayoría de edad. En cualquier caso, disfruto de

los buenos libros y del ron. Suelo ser un tipo versátil, con más defectos que cualidades pero ocultados muy bien en su mayoría. Puedo pasar por un tipo simpático y hasta caer bien, si me lo propongo.

No soy muy de principios ni moral, eso sí, cuando es necesario sé tenerlos. Lo que más me apasiona es el periodismo y a eso es a lo que espero dedicarme toda mi vida. Y claro, a escribir. Espero que disfrute mi cuento.

**Grado noveno. Liceo Francés.  
Pereira, Risaralda**

# Entre las ocho y las diez

MIGUEL HERNÁNDEZ FRANCO

**T**odas las noches, entre las ocho y las diez, justo después de la cena, en el sótano, tenía que soportar las dolorosas puñaladas de mi tío Mael.

Pero mis días eran normales. Casa, colegio, casa: siempre la misma rutina. Siempre... hasta las ocho. Habían pasado ya diez años desde la primera vez que mi tío Mael me enseñó a jugar al “mete-mete”. ¡Maldito enfermo! No, no; mi tío es una buena persona que nos ayuda a pagar el alquiler, es mi culpa. ¡Pero me duele tanto! Después de esa noche, hace diez años, no pude ir al baño en días.

Mi mamá me dijo que era normal. ¡Degenerada! No, no; mi mamá es muy buena: soy yo la que no entiende. Mi mamá deja a tío Mael jugar conmigo porque él nos ayuda. O eso es lo que ella me dice. Pobre de mi mamá.

Me tomó unos años aprender a olvidar el doloroso espacio de tiempo entre las ocho y las diez. Hacía como si esas dos horribles horas no existiesen en mi día.

Yo iba al colegio. Yo era una buena estudiante. Yo tenía amigos.

Y ese día fue distinto. En el colegio había un muchacho maravilloso: Antonio. Era inteligente, amable, simpático, siempre se mostraba un poco tímido conmigo. Eran las seis y media de la tarde cuando me alcanzó, iba camino a casa.

–Diana –me dijo–. vení un momento.

–Decime, Antonio –respondí sonriente, como hacía siempre que veía sus maravillosos ojos–. ¿Qué querés?

–Diana, yo te quiero –me soltó sin rodeos, sin darme tiempo ni de respirar. Me quedé en silencio, algo pasmada, mirando el suelo–. ¿Me querés? –me preguntó, y en sus ojos pude ver un deje de temor.

¡Por supuesto que lo quería! Más que a nadie. ¿Cómo no iba a quererte, idiota? Vos sabés. Tenés que saberlo. ¿O es que acaso no ves cómo me pongo cuando te me acercás?

Miré el reloj: eran ya las siete: cenábamos a las siete y media. ¡Cómo pasaba el tiempo a su lado!

–No, Antonio, no te quiero.

–¿Por qué no? –inquirió mirándome a los ojos. Él sabía que estaba mintiendo. Me armé de valor, lo miré a los ojos y con una tristeza infinita le dije:

–Porque ya van a ser las ocho. ■





# Finale



## SERGIO LONDOÑO GONZÁLEZ CALDAS

En lugar de gastar mis energías y los ánimos del lector enunciando mi fecha de nacimiento, mi ciudad natal y datos similares, prefiero hacer alusión al momento en que “oficialmente” me inicié en el mundo de los libros. Tenía diez años y unos meses atrás me había topado con la serie de *Harry Potter*. Sintiéndome como un verdadero descubridor, me paseaba por todas partes con mi descubrimiento; cargaba un volumen de varios cientos de páginas bajo el brazo. La figura de un niño con un libro en la mano en lugar de un carrito o un balón de fútbol sorprendió a varios. Por supuesto, en la

ligereza de la niñez, algunos amigos juzgaron mi nueva y extraña costumbre de leer. Sin dudar ni un instante, respondí a sus críticas recurriendo a un cliché casi proverbial: “Entre gustos, no hay disgustos”. Bajo la luz de esa frase defendí mi decisión atípica de leer. De hecho, los años y los libros me han enseñado que la literatura no es más que eso: un mundo atípico de argumentación y tolerancia donde se aprende que entre gustos y opiniones, no hay disgustos.

**Grado once. Asociación  
Colegio Granadino. Manizales,  
Caldas**

# Finale

SERGIO LONDOÑO GONZÁLEZ

**E**l verano llegaba a su fin y un viento otoñal y sutil se escurría entre las hojas de los árboles que empezaban a cambiar su color y a perder su brillo. Era un jueves nocturno y callado. Un silencio ni perturbador ni pacífico embriagaba el ambiente y sólo el movimiento impasible de las ramas rompía su quietud absoluta. En el cielo salpicado de estrellas y luceros, un cacho de luna se asomaba por el resquicio de la inmensidad para contemplar la fachada melancólica de la Tierra.

Igualmente melancólico, un joven caminaba por un sendero que, de manera vertiginosa, curveaba entre los abedules de un parque. El lugar, que no generaba ningún interés en la mayoría de los transeúntes, era una mancha verdosa que rompía la monotonía de la ciudad. Ese lunar urbano, que ya empezaba a tornarse amarillo, irradiaba una pureza y perfección impermeables a la suciedad y la inmoralidad que distinguían a la ciudad que lo rodeaba.

Mientras el individuo divagaba en pensamientos, una música lastimera y bella penetraba su cuerpo y lo poseía. Un patrón de notas musicales fluía por sus venas y se adueñaba de todos sus sentidos. No obstante, si otro caminante cualquiera hubiese pa-

seado junto al joven, no habría percibido melodía alguna, o quizá hubiera oído un compás totalmente distinto. Esto ocurría con frecuencia en este sendero de abedules, pues aunque los árboles no tuvieran propiedad mágica alguna, quien caminase entre ellos con la disposición necesaria, lograría ponerse en contacto consigo mismo y oír los sonidos de sus sentimientos.

Incluso se rumora que en los años previos a su muerte, un atemorizado y convaleciente Amadeus Mozart visitaba periódicamente este parque para encontrar la inspiración precisa de su *Réquiem*. Se cuenta que el último paseo de Mozart por el sendero fue el 3 de septiembre de 1791, tres días antes de caer impedido en su cama, donde moriría tres meses después sin haber terminado su *Réquiem* y sin haber podido regresar a su amado sendero de abedules.

Más tarde, al oír acerca de las cualidades “mágicas” de sus árboles, Ludwig van Beethoven visitó el parque. Habiendo perdido su audición hacía ya nueve años, el sordo y enamorado Beethoven (por ese entonces su afecto por Thérèse estaba ya bien profesado) recorrió el pedregoso camino entre los nevados abedules en enero de 1805, en un afán por volver a escuchar unos cuantos arpegios musicales que le recordaran los años en los que aún podía oír el trinar de los pájaros. Pocos conocen la verdad sobre lo que ocurrió esa mañana invernal. Lo único que se sabe con certeza es que Beethoven abandonó el lugar con una sonrisa en su cara y empezó a componer su melodía *Apassionata* esa misma noche.

Varios años después de lo sucedido con ambas eminencias musicales, un joven visitaba el mismo parque con un propósito diferente. Tenía un semblante duro: el cansancio se veía plasmado en sus facciones. Sus andrajosas prendas, su sucio rostro y su enmarañado pelo sugerían que era alguien humilde, sin recursos suficientes para comprar ropa nueva ni para hacerse a un buen baño.

Su boca, de una tonalidad blanquecina, se mostraba inexpresiva. De otro lado, sus ojos, de un tono azul eléctrico, dejaban entrever una decisión absoluta que coexistía con los parpadeos veloces del miedo y el ansia. Aunque pareciese paradójico, el hombre caminaba con seguridad y cierta convicción, haciendo que su espesa mata de pelo describiera tras él ondas en el aire.

Sin previo aviso, una llovizna suave se derramó sobre el caminante y, junto con ella, una lágrima se escurrió por el demacrado rostro del ciudadano y desapareció entre sus pálidos labios, dejando sólo una estela marrón en su cara. El rostro decidido del hombre adquirió una expresión de tristeza, la cual fue camuflada prontamente por una severidad que luego volvió a transformarse en un gesto de decisión. Cabe resaltar, para propósitos venideros, que junto con estos cambios anímicos se precipitaron diversificaciones en la melodía: adquiriría tonalidades agudas y graves y su ritmo cambiaba con frecuencia.

La velocidad de su caminar empezó a disminuir, su lágrima se convirtió en un sollozo profundo y frases ininteligibles brotaron de su boca. Su cuerpo empezó a manifestar un temblor nervioso y su caminar sereno se tornó en un trasegar torpe. El sendero abandonó la sinuosidad para convertirse en una pendiente abismal. El hombre, de repente, se quedó inmóvil, con una mirada fija e inexpresiva focalizada en una pendiente frente a él. Respiró profundo y volvió a pronunciar una frase sofocada por el llanto, pero esta vez más clara: “Das Ende ist nahe”. Caminó con inseguridad hasta situarse frente al abismo que descendía peligrosamente varios metros ante sus pies.

Desde la ciudad, situada cerca al parque, se escuchó un sonido indescriptible, que bien pudo ser una risa, un llanto, un grito de terror o una bendición. Pero en las profundidades del parque,

donde se creó el renombrado *Dies Irae* de Mozart y la famosísima *Apasionata* de Beethoven, tan solo se llegó al *finale* de una melodía lastimera que nunca nadie pudo escuchar. ■





# El encargo



## JUAN SEBASTIÁN SANTOFIMIO PINILLA CUNDINAMARCA

La idea de mi cuento surgió de una tarea de español, cuando estudiaba en el Colegio Campestre Himalaya, en Fusagasugá. Había un ejercicio que consistía en escribir una historia en donde el personaje principal estuviera hecho de un material específico. Inicialmente se trató de una tarea, pero luego la profesora nos pidió que participáramos en el Concurso Nacional de Cuento.

Ahora estudio en la Ecole du Phare en Sherbrooke, en Canadá, donde vivo con toda mi familia.

Me gusta leer libros de ciencia ficción, suspenso, terror y aventura. Por ejemplo me sorprendió mucho leer *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, y las *Narraciones Extraordinarias*, de Edgar Allan Poe.

Creo que el buen escritor es aquel que con su creatividad, curiosidad y estilo tiene la capacidad de interesar y atrapar al lector con sus historias.

**Grado décimo. Colegio  
Campestre Himalaya.  
Fusagasugá, Cundinamarca**

# El encargo

JUAN SEBASTIÁN SANTOFIMIO PINILLA

**T**ras una larga jornada de trabajo, un hombre de baja estatura que lucía muy cansado caminaba lentamente por una avenida. Sus labios estaban resecos y una terrible sed le impedía seguir avanzando, entonces decidió sentarse en un andén a reposar. Mientras tanto contemplaba cómo los carros transitaban dejando su humo y cómo todo en la ciudad era gris, nublado, triste y lúgubre. Intempestivamente empezó a ver todo cada vez más claro. Los vidrios de los carros que antes estaban empañados, ahora eran muy nítidos; todo estaba iluminado, todo brillaba, todo parecía traslúcido. De pronto notó que su cansancio se iba y que su cuerpo se sentía cada vez más liviano.

Creyendo que ya había descansado lo suficiente se dirigió a su casa. Al llegar, saludó a sus dos pequeños hijos y a su esposa. Ella lo miró y le dijo que lo notaba algo diferente, como más pálido, casi transparente, y él no pudo dejar de pensar en esto.

Durante la noche percibió que las estrellas brillaban más que de costumbre, que hasta parecía de día, y tuvo la sensación de que su cuerpo estaba perdiendo su forma, como si fuera de otro material y pudiera moldearse. Pensando en esto se durmió y evocó de nue-



vo aquel absurdo sueño que tuvo pocas noches después de haber entrado a la fábrica de espejos, un mes de mayo, al igual que hoy, en la ciudad de Lirios; ese aterrador sueño en el que era absorbido por el gigantesco horno en donde él fabricaba el vidrio.

Al día siguiente se levantó, se dirigió de inmediato al espejo y se dijo: “Sólo fue un sueño, el mismo sueño que me persigue desde hace tres años”. Se sintió muy atraído por él, puso una mano en su superficie y por un momento sintió que el espejo estaba compuesto por su piel, es decir, que su piel y el espejo eran uno mismo.

Confundido y acalorado se apresuró a abrir todas las ventanas. Cuando abrió la última se fijó en cómo su mano se adhería a aquel vidrio. Luego de halar con fuerza la pudo desprender, entonces recibió un duro golpe en su cara y oyó un fuerte aleteo. Comprendió que un pájaro que venía volando se estrelló contra él como si no lo hubiera visto, como si fuera...

Se afeitó, se bañó, desayunó, se despidió de su familia y se dispuso a ir a la fábrica. Caminó hasta el paradero de buses, notó cómo el día era especialmente claro y luego miró hacia las casas a lo largo de la calle; vio las salas y los comedores. Al observar con detenimiento descubrió que las puertas y cortinas estaban cerradas. “Debí imaginarlo”, se dijo. Y tomó el bus.

Al llegar a la fábrica saludó a sus compañeros y se dirigió a su lugar de trabajo. Se acercó al horno y al abrirlo se vio dentro de sus paredes, sintió mucho calor, se fijó en el vivo color del fuego y gritó, pero nadie pareció escucharlo. Trató de calmarse, respiró profundo y empezó a sentirse cada vez más y más etéreo; el calor poco a poco se fue yendo hasta apaciguarse. Miró hacia el exterior del horno, observó que varias láminas de vidrio estaban allí exhibidas, una tras otra, como todos los días, y que de pronto se abría la puerta del horno. Perplejo, sintió como si algo fuerte y pesado lo

levantara, luego vio que estaba en los brazos de su amigo Aníbal. “¡Aníbal! –gritó el hombre–. Soy yo, tu amigo Pablo”, pero Aníbal, aquel con quien jugaba cartas todos los viernes, su gran amigo, no lo escuchaba, tan sólo lo dejó arrumado con las demás láminas que había puesto a enfriar, luego apagó las luces, cerró la puerta y se fue.

Pablo se quedó allí confundido y temeroso, trató de incorporarse, pero sentía sus piernas tan frágiles que temió hacer cualquier tipo de movimiento. Así que no tuvo más opción que quedarse allí junto a las láminas de vidrio que lo rodeaban hasta que el sueño lo venció. De pronto despertó, notó que la puerta ya estaba abierta y vio a todos sus compañeros dispuestos a trabajar, aunque algo inquietos y preocupados comentando la misteriosa desaparición de Pablo.

“¿Cuál desaparición? –se preguntó–. ¡Aquí estoy!”. Luego vio cómo su amigo Aníbal se acercaba a las láminas y cómo con una triste expresión en su rostro empezaba a organizarlas para convertirlas en espejos y enmarcarlas en madera. Pablo notó que uno de los espejos era puesto sin querer por Aníbal frente a su propio cuerpo y lo que vio fue insólito y aterrador: vio el reflejo de un espejo frente a otro.

Un terrible frío recorrió todo su cuerpo, y esa sensación fue aún peor cuando vio a su amigo Aníbal frente a él adhiriéndole madera alrededor de su cabeza, hombros, brazos y todo su cuerpo. Luego lo rodeó una profunda oscuridad, al tiempo que varias manos lo sujetaban cambiándolo de lugar. Un silencio sepulcral petrificaba su cuerpo. Trató de dormir, ansiando despertar pronto de la pesadilla en la que estaba inmerso, hasta que por fin fue entrando un hálito de luz mientras alguien corría la tela que lo cubría y lo había sumido en dicha oscuridad.

Cuando el lienzo fue retirado completamente, Pablo reconoció el lugar donde estaba. Emocionado contempló las sillas, los cojines y todos los enseres que adornaban su casa. Vio a su esposa y a sus hijos allí sentados, pensó que todo había terminado y se sintió feliz.

Su momentánea alegría se vio interrumpida por una lágrima que corría por la mejilla de su esposa (quien estaba parada justo frente a él) y por la triste expresión de todos. Recordó que ese día la fábrica en donde él trabajaba entregaría el espejo que él mismo había encargado hacía unas semanas. Gritó, pero nadie parecía oírlo. Gritó aún más fuerte. De pronto se fijó en el reflejo de su esposa que empezó a enjugarse las lágrimas repitiendo desconsolada: “¿Dónde estás, Pablo?”. Esas palabras retumbaron en todo su cuerpo, sacudieron sus sentidos y borraron toda esperanza de ser escuchado.

Una profunda desolación se apoderó de él. Desesperado intentó moverse, quiso correr y en un frenético movimiento sintió cómo su cuerpo se desprendía mientras su familia contemplaba atónita en la alfombra los fragmentos del espejo. ■



# Después de la vida



## LINA MARGARITA SALAS QUIJANO BOGOTÁ

Desde muy pequeña me ha gustado leer. Llegó un punto en el que me di cuenta del efecto que tiene en las personas lo que un autor escribe, además de cómo se crean mundos nuevos que muchas veces son una forma de cambiarnos la realidad. Esas consecuencias que tenían los libros en mí, me incitaron a generar eso en alguien y crear mis propios universos. A partir de ahí empecé a escribir. Mi escritor favorito es José Saramago porque tiene un estilo increíblemente fluido y la capacidad de hacer que el lector no quiera desprenderse, ni por un segundo, de sus libros. Sus

escritos tienen un componente de ficción muy bien elaborado, y plantea historias y personajes muy creíbles. Sus historias han motivado mi estilo de escribir. También me gustan muchísimo Andrés Caicedo e Irvine Welsh. Me gustaría compartir un poema de Baudelaire titulado "La destrucción": El demonio se agita a mi lado sin cesar; / flota a mi alrededor cual aire impalpable; / lo respiro, siento cómo quema mi pulmón / y lo llena de un deseo eterno y culpable.

**Grado once. Instituto Alberto Merani. Bogotá D.C.**

# Después de la vida

LINA MARGARITA SALAS QUIJANO

**T**ras tomarme no menos de dos frascos de somníferos en una sola sentada, caí sobre mi alfombra en un movimiento poco agraciado, fulminante. Al darme cuenta de lo que pasó rogué que no me tocara el cliché de la vida pasando frente a los ojos ni mucho menos el trillado túnel con su luz al final.

Mis súplicas al parecer fueron escuchadas porque de repente me encontré en un jardín bastante iluminado, en el umbral de lo que parecía ser una enorme feria. Miré hacia el cartel sobre mis hombros y la palabra “Paraíso”, señalada en intermitentes luces de neón, enseguida captó mi atención.

Empecé a pasear por pasillos colmados de visitantes. Desde los truenos y ninfas que decoraban la estación griega, pasando por el anuncio islámico de apetecibles vírgenes, hasta las gráficas católicas que reflejaban los niveles de satisfacción de sus inscritos, múltiples *stands* me atrajeron. Pero sólo al ingresar al pasillo de “Opciones juveniles” y ver la clase de audiencia allí congregada entendí lo irónico que resultaba que yo hubiera podido terminar en el mismo lugar que ellos.

No pude evitar regocijarme con eso. Mientras saltaba por el

pasillo señalando a muchos inadaptados, con quienes estaba ahora a pesar de lo libertina que había sido mi vida, un hombre de traje elegante me llamó y me llevó a una oficina de abogado marcada como “Ubicación y Equivocación”, en una esquina de la feria.

El hombre se presentó ante mí como el representante legal de los no-condenados. De antemano me pidió disculpas por el error que algún descuidado ángel había cometido. Hizo énfasis en que esperaba que no quisiera presentar cargos por el incidente y me mandó por un tubo de caída libre hacia una reducida y acalorada cámara, una cámara tan reducida y repleta de objetos en cada pared que regresó a mí el conocido sentimiento de claustrofobia que hace años había dado por desaparecido.

Detallé cuidadosamente los estantes sobre las dos paredes más cercanas a mí y noté los centenares de píldoras con etiquetas desconocidas que “decoraban” el espacio. Miré con más atención los muros e identifiqué los rótulos de cada uno.

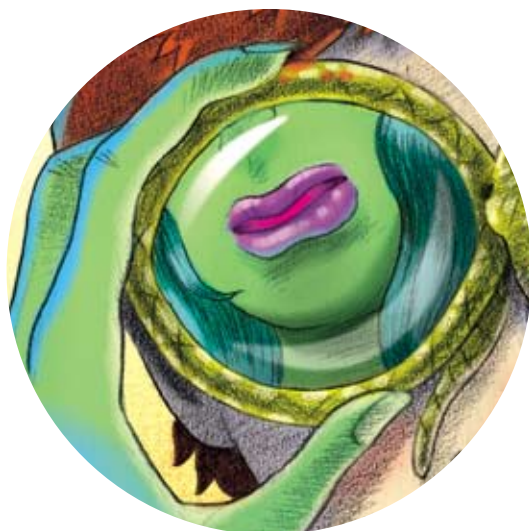
*Pesadillas* identificaba el lado del salón que estaba repleto de pastillas púrpuras; *Plagas* era el aviso que señalaba hacia el costado izquierdo las centellantes cápsulas redondas, y desordenados sobre el escritorio se veían varios formularios con fechas de los fallecidos de los últimos mil años.

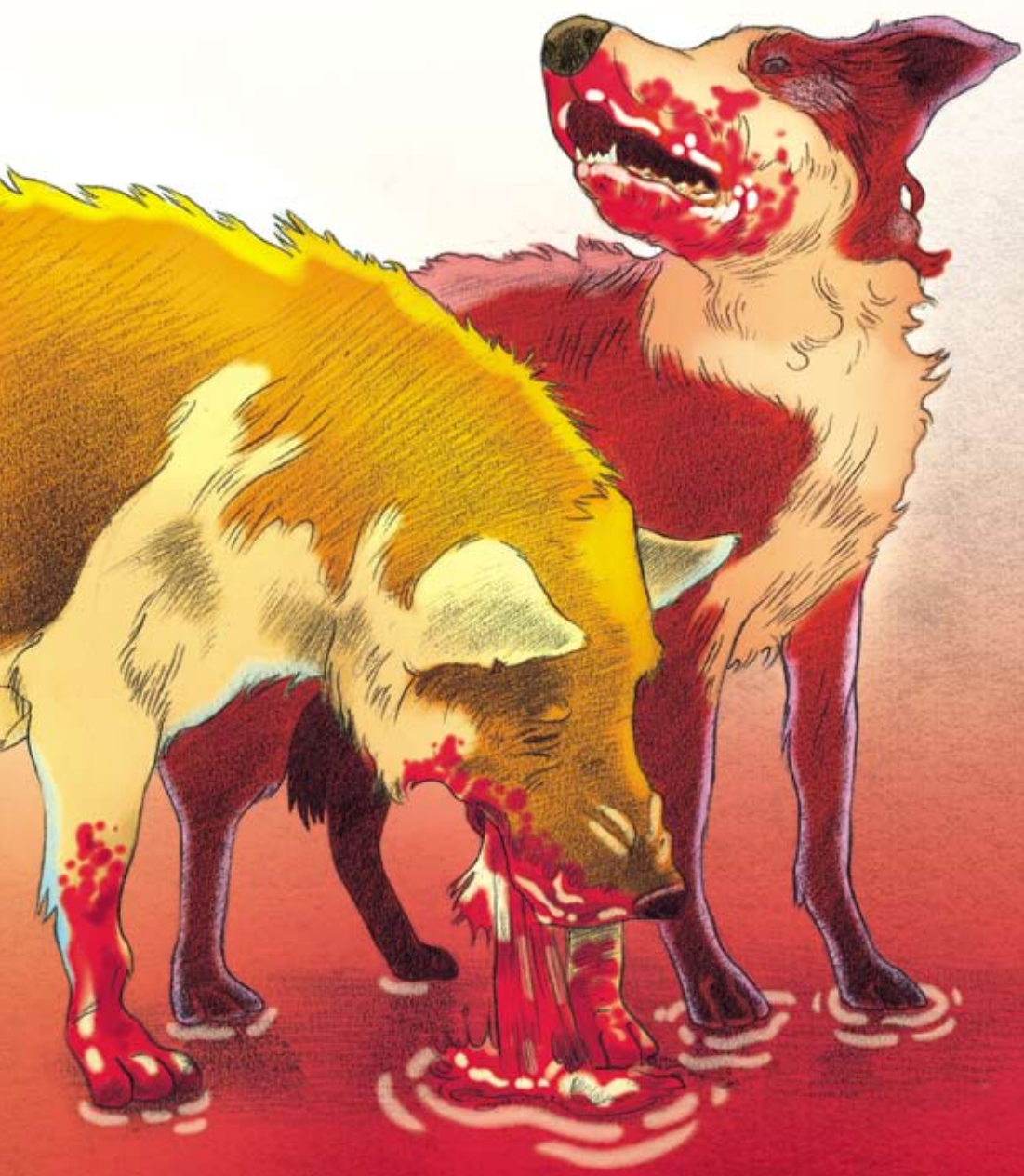
Antes de que pudiera hacer algo más que adaptar mi vista al pesado ambiente del pequeño aposento, incluso antes de que pudiera mirar más arriba de su boca, una mujer de sedosos, escamados y sonoros cabellos, de labios de un rojo profundo, se apresuró a ponerme un par de anteojos extraños. Sus ojos resplandecían con un color bastante similar al del fuego detrás de los anteojos. Luego pude observarla, anonadado, durante un par de minutos. Se aseguró de que no me hubiera convertido en piedra para siempre y me dejó elegir mi elemento preferido entre los exhibidos en la

pared. Finalmente, me envió a lo que de ahí en adelante sería mi cámara de tortura personal.

Aún hoy, después de haber pasado varios años soportando púas de mangual incrustadas en mi cuerpo, me pregunto por qué no me atreví a demandarlos cuando tuve la oportunidad. Quizás al apelar hubiera podido conseguir un pequeño rincón en el ala este del Purgatorio. En vez de eso vine a dar al hueco más oscuro del séptimo agujero del Infierno. ■







# La cabeza agonizante



## MIGUEL ÁNGEL RUIZ REYES BOLÍVAR

Nací en la bella ciudad de Cartagena y aquí he vivido la mayor parte del tiempo disfrutando de su resplandeciente lindura.

Adoro tocar la guitarra eléctrica, escuchar buen rock, The Beatles o Led Zeppelin, disfrutar del cine, practicar deportes y, sobre todo, escribir.

Escribo desde muy joven para, quizás, escapar de la realidad y crear nuevos mundos a mi antojo. Encontré en autores como Edgar Allan Poe y Franz Kafka a grandes maestros que me guían para ser cada día un mejor escritor. Por eso mis historias tienen ese toque siniestro y oscuro que tanto han

caracterizado a estas grandes figuras de la literatura universal. Ya terminé mi bachillerato y estoy estudiando medicina, luchando cada día para formarme como un buen médico, al igual que mi padre. Agradezco al Colegio Salesiano San Pedro Claver por guiarme en esos doce largos años que pasé en sus históricos recintos y sobre todo agradezco enormemente a mis padres por haberme educado e inculcado valores para ser un buen ser humano.

**Grado once. Colegio Salesiano San Pedro Claver. Cartagena, Bolívar**

# La cabeza agonizante

MIGUEL ÁNGEL RUIZ REYES

Con los primeros rayos del sol desperté en medio de fragancias indescriptibles y sonidos inconfundibles. Abrí con dificultad mis irritados ojos mientras que un sudor frío recorría todo mi cuerpo. Tenía la garganta reseca y el cuello adolorido. Cuando me levanté sentí el calor de aquella tarde de junio. Puse los pies sobre el piso sucio del cuarto y me dirigí al baño. Por extraño que parezca, mis piernas se movían sin control alguno y mi vista aún no era clara. Mis pensamientos, esparcidos como las estrellas en el espacio, trataban de ubicarse, hasta que un tremendo peso sobre mi hombro me hizo detener a mitad de camino. Era más que un simple dolor. Sentí como si algo estuviera apoyado en mi cabeza. Asustado, puse allí mis manos y fue entonces cuando, sorpresivamente, sentí un bulto sobre mi hombro.

“¿¡Qué carajos es esto!?”, grité mientras tocaba un bulto que sobresalía de mi hombro. Casi al borde de la desesperación, corrí hacia el baño, balanceándome debido al peso sobre el hombro. Una vez allí caminé con temor hacia el espejo. Cada paso que daba era como un golpe en la cabeza que me dejaba mareado y adolorido.

Mientras sostenía el bulto con mi mano izquierda, mi mente

divagaba sobre su origen y trataba de recordar lo ocurrido la noche anterior. Ya estando frente al espejo pude ver lo más horroroso que jamás haya presenciado.

Sobre mi hombro sobresalía una pequeña cabeza deforme, sin ojos y con la boca desfigurada. Su rostro daba la impresión de haber sido golpeado una y otra vez. De su destrozada nariz salían gotas de sangre que caían sobre mi cuerpo. Lo más sorprendente era que parecía agonizar pues con sus quebradas palabras dijo casi suplicante: “¡Mátame!”.

Yo miraba con actitud grotesca y asustada aquella cosa sobre mi hombro. No pude más que gritar y cerrar los ojos, esperando que solo fuera un sueño. Pero al cabo de algunos minutos, escuché las respiraciones dificultosas y dolorosas de aquella presencia sobre mi gollete.

“Mátame, por favor, te lo suplico. Acaba con mi dolor”, decía. De mis ojos brotaban lágrimas de terror. No pude contener el vómito que salió de mi boca. Después de vomitar empecé a golpearme el rostro, esperando a que en cualquier momento me despertara de aquella pesadilla. Pero era inútil, estaba viviendo en carne propia esa escena de película o de cuento de terror. No podía hacer nada distinto a levantarme y cortar ese bulto sobre mi hombro.

Me repuse ignorando las súplicas de esa abominación, entonces una imagen recorrió mi mente. Recordé aquel hombre que intentó matarme en el bar la noche anterior; recordé que pude defenderme y que lo golpeé con tanta furia y angustia que le arranqué la cabeza. En medio de la borrachera, tomé su cabeza aún agonizante y me la llevé a la casa, en donde la remendé en mi hombro.

“¿Pero qué mierda es esto? ¿Cómo pude hacer tan salvaje acción”, me dije. Corrí despavorido hacia la cocina. Tomé un cuchillo y lentamente corte la cabeza de mi hombro. Sus gritos de dolor me hicie-

ron llorar y la sangre que salía a chorros de su corto cuello me hizo vomitar de nuevo. Entonces, sosteniendo la cabeza agonizante con mi mano izquierda, pensé en dónde botarla.

Corrí hacia el balcón de la casa y me asomé a la calle. Había dos perros hambrientos escarbando las bolsas de basura. “¡Eso es! —pensé—, los perros seguro se comerán la cabeza”. Miré alrededor, vigilando que no hubiera nadie, y le arrojé la cabeza a las mandíbulas de los perros. Mientras la cabeza caía, se escuchaba una voz de desconsuelo: “¡Ayúdame, Dios; si en verdad existes, ayúdame!”. La cabeza cayó en el pavimento y los perros la lucharon ferozmente.

A la mañana siguiente desperté, luego de una amarga y larga noche. Con un tremendo dolor de cabeza y casi habiendo olvidado el extraño suceso, me puse en pie. Sin embargo, algo me parecía extraño: sentía una respiración dificultosa en mi oído izquierdo. Petrificado, rondó por mi mente la imagen de una cabeza agonizante sobre mi hombro. Traté de mantener la calma y dirigí mi mano hacia el cuello. ¡Ahí estaba! ¡La cabeza agonizando! “Esto debe ser una pesadilla”, dijo mi voz cortada. Sudando a chorros y con las piernas temblorosas, caí al suelo manchado de sangre y comprendí que esa cabeza jamás se iría de mi cuello y siempre agonizaría. ■







# Café



## ANDRÉS FELIPE VALLEJO LONDOÑO ANTIOQUIA

Nací en Medellín en 1993. Quizá de esa época aprendí que hablar de uno mismo está de más y que acallar el silencio es todo un arte. Estudio en contra de mi voluntad y mi tiempo libre intento desperdiciarlo lo mejor que pueda. De mí poco y nada les debe interesar, sólo que este cuento es el resultado de un tiempo de ocio desmedido y de una descarada vanidad. Todo

esto premiado por los jurados y, espero, juzgado certeramente por los lectores.

Le debo el ritmo alcanzado, no a mi torpe escritura, sino a la mano paciente de la editora, que supo esperar este intento de biografía. A ella, este cuento.

**Grado décimo. Colegio Calazans. Medellín, Antioquia**

# Café

ANDRÉS FELIPE VALLEJO LONDOÑO

**Y**a he roto dos tazas hoy. Tres cafés en dos horas y el señor de la mesa no quiere entender que ella no volverá. El del periódico repite que hoy estamos más jodidos que ayer. La música insiste en acabar con mi paciencia.

Señor, debe comprar otro café si quiere permanecer en la cafetería, que déjeme señorita, y llore que llore. Le he servido otro café, cortesía de la casa.

Son solo seis semanas viniendo y ya es de la familia. Ocho en punto, café claro, sombrero y camisa raídos. Ocho y media, servilleta para el llanto. Nueve y cuarto, mierda, olvidé avisarle a mi mamá que no me espere al almuerzo.

Un hombre en la mesa cuatro levanta la mano y la balancea en el aire. Voy hacia él, me da su pago. Debajo, una servilleta. La guardo en mi bolsillo. Miro al extraño hombre que me mira sin mirarme, se ha distraído en mi pecho. Miro el bolsillo de su gabán. Un revólver.

No podía pensar. Serví la cortesía y saqué el papel de mi bolsillo: “El dinero de la caja. Sin escándalos”. El hombre seguía mirándome. Mis manos temblaban. Tercera taza.

Caminé a la caja, nueve y veinte, puse el dinero y cerré la caja. Me dirigí al hombre, lo miré a los ojos, aquí está su vuelto. Apenas me disponía a volver cuando me agarró del brazo. El dinero, dijo. Negué con la cabeza.

Nadie se mueva, grita. Me ha cogido de rehén, amenaza mi cuello con su arma. Que nadie se mueva. Nadie se movía.

Sólo el señor del periódico echa un vistazo a la escena. Un nuevo visitante entra a preguntar una dirección, se asusta y no puede pronunciar palabra cuando se dirige a una mesera. Respira acelerado. La vida es una mierda, dice en voz baja. El señor del periódico asiente con la cabeza. Él también lo sabe.

Siento cómo le suda la mano con la que sostiene mi cuello. Usted, señala a una joven que observa la situación. Ni siquiera voltea. Saque el dinero de la caja. Ella termina su tinto y se levanta. Pelo negro y gafas gruesas que no logran disimular las ojeras. Aquí está, dice después de haberse pasado por la caja con la bolsa negra. Enciende un cigarrillo y le ofrece. Él, algo sorprendido, niega con la cabeza.

Solo el dinero, ha dicho la señora del café negro en la esquina. ¿Qué ha dicho?, pregunta mientras me agarra con más fuerza. Que solo el dinero, repite.

Un disparo al aire. Silencio, grita. Se escucha apenas el sonar de las tazas reposando mientras los clientes toman su café con la tranquilidad de siempre.

El señor del periódico se seca las últimas lágrimas del día con la servilleta, la arruga y la deja sobre la mesa. Junto a ella pone el

dinero suficiente para cancelar la cuenta. Se para, pero el señor del arma le ordena que se quede quieto. Aún le tiembla la mano.

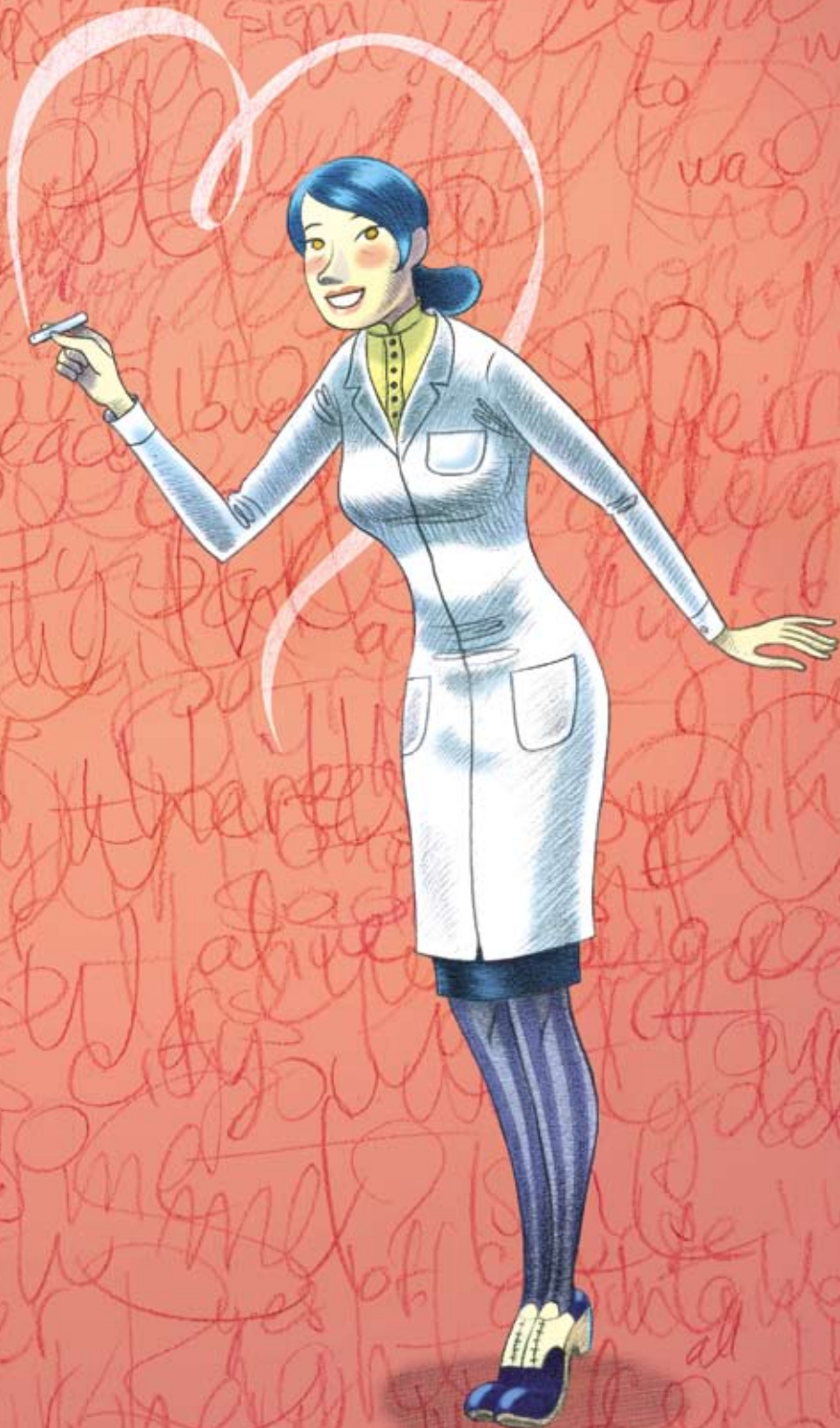
Son las doce. Todos han comenzado a salir. El joven de la dirección no para de temblar mientras se dirige como el resto hacia la salida.

Se oye un disparo. En el piso, el señor del arma. Le cierro los ojos. Saco el arma de su boca.

Ocho en punto. Aún no he roto tazas. El señor del periódico acaba de llegar. No hay rastro de sangre. ■



was made  
to  
was  
love  
legging  
near  
dream  
garden  
ears  
all  
border  
one  
with  
over  
of  
what  
one



# Presente profe, siempre presente



**BRIGITTE LORENA ROZO ROCHA**  
**META**

Nací el 12 de febrero de 1992 en Villavicencio. En la actualidad estoy cursando el programa de formación docente en la Escuela Normal Superior de la misma ciudad.

Leo porque me gusta viajar y conocer el mundo a través de cada libro, ellos son como ventanas que al abrirlas me permiten sentir cómo la voz del autor me lleva a lugares desconocidos. Empecé a disfrutar lo que escribía cuando lo hacía por gusto propio y agradezco las noches que me susurraron momentos, palabras y deseos que en medio de la penumbra logré plasmar en el papel. Dedico este cuento a mi familia,

en especial a mis padres. También a todos aquellos que no solo me dijeron que había que escribir sino que me han hecho entender que primero hay que amar y reflexionar sobre lo que se hace. También a quienes me enseñaron a confiar en mí misma y en mis capacidades; a los docentes de la Escuela Normal Superior de Villavicencio, por haber contribuido tanto en mi formación académica como en mi crecimiento como ser humano.

**Grado doce. Escuela Normal Superior. Villavicencio, Meta**

# Presente profe, siempre presente

BRIGITTE LORENA ROZO ROCHA

**E**staba en el lugar de siempre, el “Café de mi tierra”, para mí el mejor café para empezar una mañana. Quedé perpleja al mirar su elegancia, su cabello corto y bien peinado, sus finos movimientos y su delicadeza al tomar el café en sus manos. Sin querer, recordé cuando tenía 15 años.

En medio del ruido que había en el salón, de un momento a otro cayó el silencio. De inmediato levante la mirada y allí estaba ella. Para ese entonces lucía el cabello recogido en un enorme moño, siempre llevaba esa larga bata blanca que sólo permitía observar su falda negra, sus piernas y zapatos raros. Tenía la piel clara, usaba poco maquillaje (a mi parecer no lo necesitaba), sonreía al mejor estilo de comercial de pasta dental y su voz era, simplemente, un canto celestial. Era la *teacher* Sofía, la nueva profesora de inglés. En realidad el inglés jamás fue mi fuerte, nunca supe si lo odiaba o le tenía miedo, aunque me inclino más hacia lo último. Pero en ese momento pensé que tal vez me empezarían a gustar los idiomas.

La *teacher* Sofía tenía cumplidos los cuarenta años. Era una mujer elegante al caminar, al vestir, al hablar y hasta al comer. Inteligente, leía cuanto periódico y revista se le atravesaba. Para ella



toda información podía ser valiosa, y la lectura era una de sus más grandes armas. Ojos café claros, piedras valiosas para mí. Sus manos, suaves como el terciopelo. Nadie dudaría que en algún lugar de ella existía la perfección.

Era a la vez extraño, molesto, placentero y desafiante lo que mi cuerpo sentía cada vez que la *teacher* Sofía me hablaba, me miraba, me sonreía o rozaba mi piel con la suya.

Pasaban los días y yo no podía afirmar algo que al parecer ya está muy claro, lo que sentía por la profe. No era la admiración que siempre existe hacia algún profesor, no era el mismo cariño, no eran las mismas miradas ni el mismo tono de voz con el que yo les hablaba a mis demás profesores. Pero no me atrevía a afirmar algo tan loco para mí en ese momento, simplemente porque no era yo. Quería creer que era otra la que sentía todo eso por la *teacher*.

Johanna, mi compañera de estudio, la única en la que podía confiar, era curiosa, arriesgada, enamorada, alegre y alcahueta, pero jamás discutimos algo respecto a mis sentimientos hacia alguien. Siempre estábamos más pendientes de las labores académicas. Pero aunque nunca lo hablamos, ella sí lo notó, y sin dudarlo un día me preguntó si a mí me gustaba la *teacher*. Recuerdo que la sangre me dejó de circular por un segundo, tragué saliva y bajé la mirada sin poder pronunciar palabra.

En ese momento solo esperaba que se fuera y me dejara sola, pero no fue así; se quedó, me habló, me apoyó y quiso ser cómplice de un amor oculto e imposible.

Fijé la mirada en un solo punto y sin pensarlo dos veces decidí decirle a la *teacher* lo que sentía por ella. La única condición era que Johanna me acompañara.

En este momento no recuerdo cuántas veces me llevé la botella de agua a la boca, solo sé que fueron varias, tanto así que en menos

de media hora ya estaba casi terminada. No sabía cómo empezar, cómo decirle que me gustaba, sí, que me gustaba.

Tartamudeé. El tono de voz era suave y lento –nos encontrábamos en la sala de profesores y nadie podía escuchar–. Las manos me sudaban y me temblaban, sabía que estaba pálida. Estando frente a ella quise arrepentirme y salir corriendo, pero preferí quedarme y acabar con este mal necesario de una vez por todas.

Fue un instante fugaz, suficiente para dejarme sin alientos. Aquellas palabras salieron camufladas en medio de un suspiro: “Tú me gustas, profe, y mucho”. Creo que entonces dejé de sufrir.

Johanna no podía creer que le hubiera confesado eso a la *teacher*, estaba feliz y sorprendida a la vez. Y en cuanto a la *teacher*, ni qué decir. En ese momento no fue tanto la sorpresa; Johanna ya le había adelantado algo. Pero yo me encargué de aclararle muchas cosas más. La profe insistía en que lo que yo sentía era una confusión de sentimientos, tal vez por la forma en que ella nos trataba o tal vez por mi edad. Pero yo quería hacerle entender que no era admiración, como ella creía, sino amor. Los consejos dentro de la charla iban y venían, la profe pretendía hacerme entrar en razón, pero ya no la tenía.

La amé, eso es lo único que puedo decir de aquella profe: que la amé. Jamás pude tener un beso suyo y siempre me venció el miedo de robarle uno. Ella sabía que era mi adoración y creo que no se le podía olvidar, pues yo trataba de recordárselo siempre que podía. Todavía recuerdo nuestras miradas coquetas mientras hablábamos sin que los demás compañeros se dieran cuenta. Yo le coqueteaba y ella me seguía la corriente como una niña pequeña. Solo que dentro de mí, el amor era verdadero; dentro de ella, un cariño de profe.

Creo que he terminado mi café. La señora de la otra mesa lo terminó hace ya varios minutos, conversa con otra señora que la acompaña. Tuve que retroceder un poco en el tiempo y mencionar aquel amor que dejé de ver al cumplir los diecisiete, porque la mujer de la otra mesa, si mi memoria no me falla y el corazón aún me funciona, ¡es la *teacher* Sofía Santamaría! El corazón se me quiere salir. Después de tanto tiempo vuelvo a ver a la única persona que me alegraba las mañanas con una sonrisa. Los tiempos han cambiado, tal vez ahora no piense que los sentimientos se confunden.

Pude ver cuando se levantó, detallé su rostro y efectivamente era la misma. Para mí seguía siendo perfecta. Tragué saliva dos veces seguidas, suspiré y de mis ojos querían brotar lágrimas de emoción. Como una acción involuntaria me levanté de la silla, me acerqué y con voz entrecortada le dije: “¿*Teacher* Sofía?”. Su mirada se perdió en los recuerdos y cuando me miró en uno de ellos un efusivo abrazo me dejó sin aliento, sin espíritu, sin vida, sin palabras. Su rostro reflejaba aún más emoción que el mío, era como si hubiese encontrado algo valioso. Nuestras miradas seguían siendo pícaras y coquetas, hablaban por sí solas, al igual que siete años atrás.

Pero todo el sueño de encontrar nuevamente a la profe, terminó cuando en medio de la sorpresa del reencuentro, dijo: “Perdona que no las haya presentado. Ana María, ella es Rocío, mi amiga de toda la vida y, en una semana, mi madrina de bodas. Rocío, ella es Ana María, una estudiante muy especial de hace algunos años. Por cierto, Ana María, estás cordialmente invitada. Me caso el sábado, ¡y no acepto un no como respuesta! ■



# Los secretos de un gato (con el permiso de Poe)



## RICARDO JESÚS CASTRO FERNÁNDEZ DE CASTRO ATLÁNTICO

Soy un apasionado por la escritura y por las grandes inspiraciones que llegan en el momento de escribir. Soy una de las personas que cree que vivimos en un mundo de creatividad y sueños.

Estudio en la Escuela Normal Superior La Hacienda y hago parte del taller de escritura *El espejo y la máscara*, haciendo alusión a Jorge Luis Borges, autor de este cuento.

Lo que leerán a continuación es una segunda versión del cuento "El gato negro" de Edgar Allan Poe. Este escritor es uno de los

que más me llaman la atención. Para mí presenta la magia del misterio y el suspenso. Quiero dar un agradecimiento a Katia de la Cruz, mi profesora, compañera y amiga, porque siempre ha estado presente en mis triunfos como el aprendiz de escritor que soy, al igual que mi mamá. Espero que mi cuento sea de su agrado y que lo disfruten.

**Grado octavo. Escuela Normal Superior La Hacienda. Barranquilla, Atlántico**

# Los secretos de un gato (con el permiso de Poe)

RICARDO JESÚS CASTRO FERNÁNDEZ DE VASTRO

**E**se hombre no era malo. Esa alma sensible, tierna y humilde la dañé yo. Puedo afirmar que el malo soy yo. Cuando era un gatito manso, me adoptó una bruja. Aprendí de ella bastos conocimientos sobre brujería, el conteo de mis vidas y cosas relacionadas.

Pasado un tiempo ella envejeció y murió y con ella tres de mis siete vidas. Yo quedé solo en una gran cuenca oscura y cuando todo lo vi perdido, apareció él. Lo observé durante unos años. Ese niño solitario, con preguntas sin respuestas, me llamó la atención y pronto supe que él debía sufrir.

Cuando se casó, me interpuse en su matrimonio y en su vida. Esa mujer, de mirada cautivadora, con piel suave y delicada... Pero no es hora de hablar de ella. Su estado emocional lo volví una trama, un entrecruzamiento de emociones, tanto que no se reconociera ni él mismo. En pocas palabras, me volví su Judas, lo tenía todo fríamente calculado. Lo incité a convertirse en un amante del licor hasta que quisiera matarme. La noche de mi muerte, yo lo mataría; sus pensamientos se convertirían en nubarrones negros que no lo dejarían pensar. Me llevó a un lugar oscuro. No lo hizo como yo esperaba, pero hizo precioso y doloroso aquel momento.

Mientras yo moría, él lo disfrutaba y supe que por fin estaba haciendo el mal.

Antes de morir incendié su casa e impregné mi silueta en la única pared que quedó en pie, como forma de señal o aviso de lo que podría venir. Lo volví un psicópata, un hombre bárbaro, un brutal ser humano, para que ella lo odiara.

En ese momento, con la pérdida estúpida de una de mis vidas y arrepentido por lo hecho, se me ocurrió reencarnar en otro gato, usando una de mis cuatro vidas. Pensé que podría cambiarlo y cuando mi cuerpo estuvo hecho, lo busqué hasta encontrarlo en uno de los bares que frecuentaba. Lo llamé con un maullido dócil; me miró detalladamente, se fue como si no le hubiera importado. Sin embargo, lo seguí y noté que en mi ausencia habían pasado muchas cosas.

Lo encontré casi destruido. Sus sentimientos seguían dispersos, solo había soledad, un sentir oscuro y sombrío. Yo lo acosaba, lo seguía a todos los lugares adonde iba para que empezara a revelar su ira. ¡Vaya si lo estaba consiguiendo!, reaccionaba con violencia en cualquier momento... era casi predecible.

Durante ese lapso de tiempo en el que creía que me estaba ganando su confianza, avanzando con mi juego perverso, en realidad pasaba lo contrario. Después de un tiempo, justo un martes 13, cuando iba bajando por las escaleras de su casa, entre mi adhesión antipática y mis caricias enredadas en sus pies, lo empujé. Mientras rodaba en su caída, yo me dirigía hacia el supuesto cadáver con mis pasos fuertes y victoriosos. En segundos algo pasó, un lago de sangre brotó después de un fuerte golpe y una gran caída. Era ella, esa mujer hermosa, mi amor platónico.

Enterrado en mi ira, con mis últimas tres vidas no tenía otra opción que huir. ¡El odio me incineraba con llamas el corazón! Pero

no podía hacer nada en ese momento de desesperación. Ese bárbaro hombre me estaba buscando para matarme, así que no había mejor refugio que estar junto al cadáver de mi amada, encerrados dentro de una pared del sótano.

En el tiempo que estaba encerrado, cuando el poco aire que quedaba dentro de la pared, se llevó a rastras mi quinta vida, llegó la policía. Escuché a todas las personas que estaban del otro lado de la pared. Entre las palabras y pistas hipócritas del hombre y los pasos que se iban alejando escalón tras escalón, con mi último aliento sólo pude lanzar al poco aire que quedaba un aullido suave como una pista de la poca inteligencia y astucia de ese hombre...

Me cansé de mi juego. Él ya no vale ni las ofensas. Ya no tengo nada que perder, perdí a mi amada y cinco de mis siete vidas.

Finalmente lo arrestaron, y yo, como la muerte que se lo lleva todo en silencio, seguí mi vida en este mundo como un gato negro. ■







# Mañana será martes todo el día



**ANA VIRGINIA CAVIEDES ALFONSO**  
**BOGOTÁ**

Nací en Bogotá, el 28 de noviembre de 1994. Estudio desde muy pequeña en el Colegio Calasanz de Bogotá, en donde me han incitado a escribir y a tener un inmenso gusto por la lectura. Agradezco especialmente al profesor Javier Riveros, a quien considero un amigo; a mis hermanos Esteban y Camilo, de quienes he aprendido muchas cosas, y a toda mi

familia y amigos que estuvieron pendientes de mí en esta gran experiencia.

Como dije, me fascina leer: los libros me atraen como imanes y me deleito con sus historias. Si mi cuento ganó es porque debe ser bueno, así que el lector juzgará.

**Grado noveno. Colegio Calasanz. Bogotá, D. C.**

# Mañana será martes todo el día

ANA VIRGINIA CAVIEDES ALFONSO

**E**se lunes se levantó con el pie izquierdo: Juana, su esposa, no le tuvo el desayuno listo cuando se levantó, la calefacción por alguna razón no funcionó y se estaba tropezando con todo, tanto así que sin querer tumbó el televisor. ¡Ah! Qué mal comienzo de día y, más aún, de semana para Crispo. Salió de la casa maldiciendo y dando patadas.

–Buenos días –dijo el celador–, don...

–¡Crispo! ¡Crispo! Buenos días.

Siguió su camino hasta llegar al paradero del bus. El día estaba lluvioso y por poco le cae el agua de un charco que un carro había hecho salpicar. Se subió al bus y cogió puesto. Desde allí miraba por la ventana y veía todo lo que había visto el día anterior: la misma muchacha esperando el bus en la misma esquina y con el mismo gesto en la cara, el hombre alto corriendo detrás de su mujer para pedirle dinero, las palomas en el cable... Pero la siguiente imagen que vio no fue la de un edificio en el que a través de la ventana veía, todas las mañanas, a una mujer escogiendo su mejor abrigo, sino la de una droguería. “Lo que me faltaba”, pensó. Averiguó si ese era el bus Z-7. Le respondieron que la ruta de siempre

estaba cerrada, que por eso el conductor tenía que coger por otro lado.

El bus lo dejó una cuadra más lejos. Ya iba tarde, así que empezó a correr tratando de no pegarle a la gente y de esquivar los charcos. Cuando le faltaba el aire bajaba el ritmo y caminaba rápido; luego seguía corriendo. Miró su reloj: 6:58 a.m.

Incrementó su velocidad, pero no llegó a tiempo; ya la puerta estaba cerrada y no admitían la entrada de más gente. Al parecer fue el único que se quedó por fuera. “Qué vergüenza”, pensó.

Así era Crispo Jiménez, de treinta y seis años, moreno y de pelo muy crespo. Ya se imaginarán cómo se burlaban de él por su nombre y su pelo... Pero no, desde chiquito Crispo se había ganado el respeto de sus compañeros. La primera vez que entró a la escuela, cuando se presentó dijo en tono muy fuerte que no lo molestaran. Pero no fue eso lo que causó miedo al grupo, sino su hermana mayor, Orfelina, quien en ese entonces tenía quince años y un gran bolso en la mano dispuesto a pegarle a cualquiera que se metiera con su hermano. Daba aún más miedo su peinado de los años setenta. No hay necesidad de describirlo...

Crispo entró a la escuela en 1978. Su familia nunca fue rica, les alcanzaba para pagar la educación de sus dos hijos, para las cosas de la casa y para uno que otro gusto.

Empezó la semana, como de costumbre, preparado para ir al trabajo. En estos últimos días estaba un poco desanimado porque no había logrado vender lo propuesto por su jefe y porque, aun cuando vendiera todo, no le alcanzaba para pagar las deudas. Se preguntaba si hoy sería un día tan malo como los demás y si toda la semana iba a ser así. Ya no podía recordar el día que había visto una paloma muerta en la esquina de la panadería; todos sus días eran iguales. Se preguntaba si en realidad la había visto.

Se puso a caminar y a dar vueltas por la calle, cuando en la repisa de una tienda vio una chocolatina. Qué rica se veía, hacía mucho que no se comía una. Esculó en su bolsillo y sólo le quedaba lo del bus de regreso. “Qué más da, me devuelvo caminando”, se dijo. La tienda abría a las nueve y eran apenas la siete y dieciocho minutos. Todas las tiendas estaban cerradas. Entonces se dirigió al parque y se sentó en una banca, recordó el episodio del televisor y lo chistoso que se debió haber visto tropezándose con todo. Empezó a reír silenciosamente y pensó que tal vez ese día tenía arreglo. Notó que no estaba siendo igual a todos los demás por causa de una pequeña cosa que había cambiado. Se preguntó por qué estaría cerrada la calle. Pudo ser por las lluvias, por un accidente, por algún arreglo que estuvieran haciendo o porque el destino quiso que así fuera, sólo para que Crispo tuviera un día distinto y para que lo supiera aprovechar a pesar de haberlo comenzado mal.

Se quedó dormido, soñó con sus padres ya fallecidos, con su hermana Orfelina, con su esposa... Oyó su voz diciéndole que no se rindiera. Se despertó creyendo que había dormido por cinco minutos pero ya eran las diez y media. Su voz seguía retumbando en su cabeza. Fue a la tienda, compró la chocolatina y la guardó. Cruzó el parque, recorrió las cuadras por las que hacía un momento había corrido, siguió caminando, pasó por la droguería ya abierta, miró las palomas del cable, siguió por la panadería, llegó al paradero del bus, entró a su conjunto.

–Buenos días, Ángel.

–Buenos días don... Crispo. ¿Por qué llegó tan temprano? – Crispo suspiró y dijo después de un momento.

–Porque olvidé despedirme de mi esposa.

Entró a la casa y le dio un fuerte abrazo a su mujer. Sacó de su bolsillo la chocolatina, le dio un pedazo y la besó.

–Te amo, te amo mucho, Juana.

–¿Qué te pasó?, ¿por qué...

Crispo la interrumpió y se formó un gran silencio. Ya era de noche y le contó todo lo que le había sucedido.

–¿Y qué harás mañana, qué le dirás a tu jefe?

Crispo sonrió y dijo:

–¿Mañana? Mañana será martes todo el día. ■



# CATEGORÍA

CALI

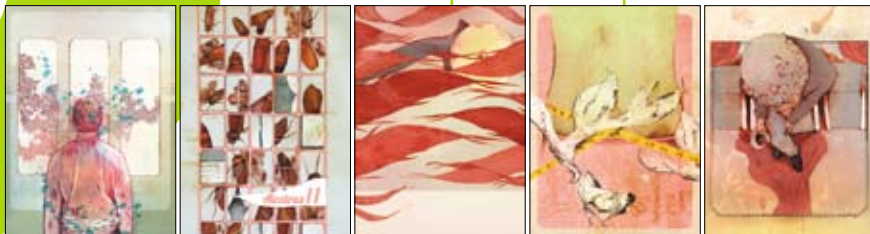
JENNY VALENCIA ALZATE  
Las peticiones de una fiel

155

BARRANQUILLA

CARLOS ARTURO  
SERRANO GÓMEZ  
Tania es pelirroja

151



BOGOTÁ

DANIEL SEBASTIÁN ROJAS  
SANTACRUZ  
Veinte

145

ZIPAQUIRÁ

DIEGO ALEJANDRO BOLÍVAR  
GÓNGORA  
El anfiteatro

161

MEDELLÍN

CESAR AUGUSTO MENESES  
JARAMILLO  
Anoche estaba lloviendo

139



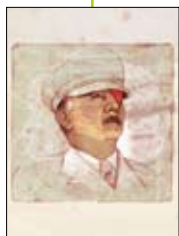
# ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

## MEDELLÍN

PABLO ANDRÉS  
LONDOÑO PELÁEZ

El primer día

173



## DOSQUEBRADAS

CARLOS VICENTE SÁNCHEZ  
HERNÁNDEZ

El retratista

179

## CALI

JHONATTAN  
CAMPO BALCÁZAR

La quina dorada

199

## CARTAGENA

JUAN CAMILO ARDILA DURANTE

¿Orugas o mariposas?

167

## CIRCASIA

EDWARD FERNANDO  
BEDOYA GALVIS

Una puta noche  
de sábado

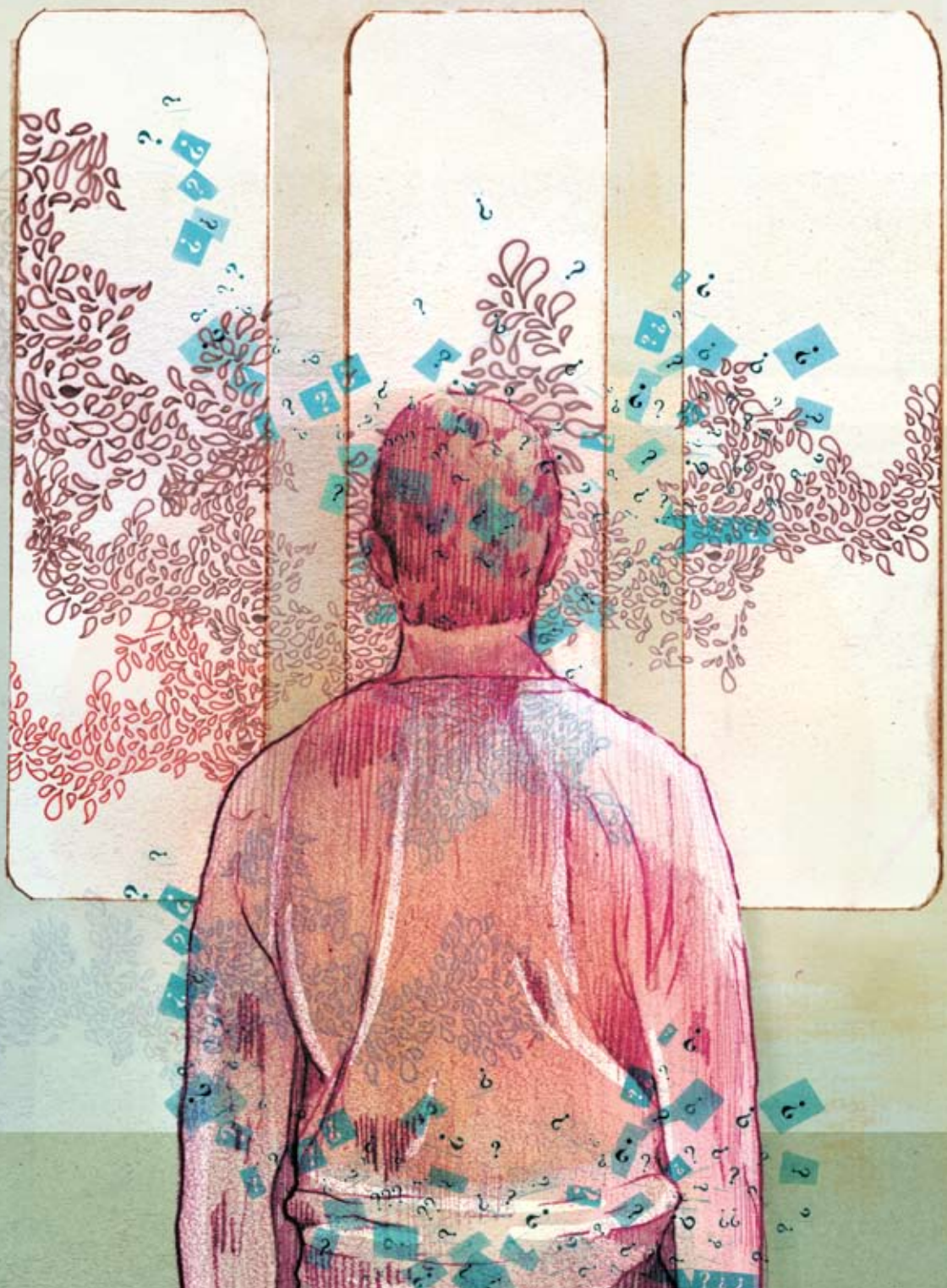
191

## BOGOTÁ

CARLOS AUGUSTO  
ROJAS GALINDO

El secreto de la belleza

185



# Anoche estaba lloviendo



**CESAR AUGUSTO MENESES JARAMILLO**  
**ANTIOQUIA**

Soy el séptimo de ocho hijos. Nací en Medellín pero antes de que pudiera decir mi nombre me llevaron a vivir a Girardota, un pueblo de Antioquia en el que viví la mayor parte de mi vida. Allí comencé en el taller de literatura de Comfama y paré para irme al Seminario Mayor. Después de un tiempo lo dejé para continuar mis estudios de filosofía en la Universidad Pontificia

Bolivariana. Aquí conocí a Cortázar, y aunque no soy un buen escritor, esto me enseñó algunas cosas. Ahora estudio antropología y enseño filosofía, y mientras mi hijo juega detrás de mí, escribo porque eso no puedo dejar de hacerlo.

**Antropología. Universidad de Antioquia. Medellín, Antioquia**

# Anoche estaba lloviendo

CESAR AUGUSTO MENESES JARAMILLO

Ayer no viniste. Karl estuvo esperando, pobre Karl, es un hombre bueno. Me dijo que quería saber dónde estabas. A ratos parecía llorar, le sostuve la cabeza no sé hasta qué horas. Me quedé dormida, soñé contigo. Sólo lo sentía sollozar y limpiarse la nariz con esos ruidos extraños que hace. Ya le he dicho muchas veces que se va a hacer daño, más del que le haces tú con tus cosas. Pero no pienso reprocharte, ya eres una mujer adulta.

Me preguntó mucho por el bebé. Quería saber si estaba bien. Jugó un rato con los cascabeles que le ha comprado. Se preocupó por el que no suena, dijo que va a ir a la tienda y que hablará con el vendedor para hacer el reclamo. No dijo nada malo sobre ti, nada más preguntó si estabas abrigada, no hizo preguntas sobre con quién o en qué te fuiste.

No dice nada. Dime cuando te está doliendo, es que no me fijé si el agua está muy caliente.

Llovía cuando me desperté. Karl, pobre Karl, estaba parado junto a la ventana mirando cómo caía la lluvia. Dijo algo así como que a ti te gusta mojarte en medio de la calle. Sonrió.

A ratos se paraba frente al cuarto del bebé, parecía llorar, miraba los juguetes que compró y se enorgullecía. Son tan bonitos, ¿no te parece? ¿Recuerdas el día que los trajo? Tenías tantas ganas de que se fuera que hasta yo lo noté. Él también lo supo, me lo dijo anoche mientras te esperaba. No quiso comer.

Ha tenido muchos dolores de cabeza. ¿Te dolió? Es que no me fijé si está muy caliente el agua. Lo hubieras pensado mejor cuando tomaste la decisión de ir. No soy quién para juzgarte, pero lo tienes bien merecido. Ni siquiera tuviste el coraje de contárselo, pobre Karl, ha trabajado tanto para que lo trates como lo tratas.

No recuerdo a qué horas se fue. Leyó un rato uno de los libros de tu padre. Intenté entretenerlo, hablar con él, pero era obvio que no quería hablar. Ordenó el cuarto del bebé, los juguetes los puso de un lado: las jirafas, leones, tigres, osos y demás animales de la selva a la derecha; los carros, camiones, aviones, barcos y aparatos mecánicos a la izquierda. Toda la ropa la puso según su color, azul con azul, blanco con blanco, rosa con rosa.

Y no dejaba de esperar. Es tan paciente. No hacía ruido. ¿Te dije que no quiso comer?

Tú no le has servido para nada. Eso no lo dijo él, nunca dijo nada malo de ti, lo digo yo que te conozco desde niña. Te quiere tanto. Miró tu cuarto para saber qué abrigo tenías puesto.

Preguntó si llevabas sombrero. Le dije que sí. Pensó que saliste hermosa. No lo desilusioné contándole que se te había regado el maquillaje, y tampoco le conté que siempre vuelves con el cabello enredado. No merece saber eso, pobre Karl, pensó que estabas bonita.

Cuando se iba me pidió que lo llamara cuando regresaras. No lo hice. Se fue caminando a pesar de la lluvia. Le grité que saliste con una amiga, no pude contarle que eran un hombre y una mu-

jer extraños. No puedo negarte que cuando te fuiste temí lo peor. Tenías tanto miedo.

Por eso no extrañé cuando volviste, sonreías detrás de una mueca, parecías recién bañada. Pobre Karl, traías el estómago plano y lo entendí todo. ¿Está muy caliente el agua? Será mejor no llamarlo. No me digas que te duele, tú te lo buscaste. Él no soportaría no poder verlo correr y jugar por ahí. ■





Alcatraz II



# Veinte



## DANIEL SEBASTIÁN ROJAS SANTACRUZ BOGOTÁ

Los escritores han gastado mucho papel. Han talado bosques enteros publicando. Los escritores han ido a la guerra, o a la cárcel. O se han suicidado. O han sido drogadictos. O se han encerrado en habitaciones llenas de libros. O han aguantado hambre. O han tenido una vida cualquiera. A los escritores los leen o se frustran, o las dos cosas al tiempo. También

aburren y se aburren, y aún así ganan premios. Los escritores quieren que les pongan atención. Y no siempre son lo que creen. Como todo el mundo.

**ARTES PLÁSTICAS. UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. BOGOTÁ, D.C.**

# Veinte

DANIEL SEBASTIÁN ROJAS SANTACRUZ

**L**a llamé por teléfono como a la una de la mañana y luego me fui a mi cama. Me hundí en el negro. Estiré los pies. Me revolqué un poco y hasta ahí me acuerdo. Desde que desperté estuve pensando en la tarde que venía. Como a las cinco me llamó y bajé corriendo. Cogí el saco y una sombrilla miniatura de esas que vienen en los cocteles. Al salir me robé unos dulces del estante. Chocolate. Coco. Almendra. Le iban a gustar. La idea era sentarla en el pasto. Taparle los ojos. Arrumar los chocolates y cubrirlos con la sombrilla. ¿Sería muy tonto? Caminé expectante. Me senté. La esperé en el andén leyendo una novela del viejo borracho que me encanta como escribe. Era un capítulo calenturiento: el tipo se había tomado unas cervezas, su amigo vomitó en el baño y cuando llegó la mamá de su amigo, quiso follársela. Él tendría para entonces unos catorce años. La mujer no tuvo problema en subirse la falda y mostrarle todo. ¿Cuánto te ibas a demorar? Vi debajo de su vestido. Quise estar en esa salita pobre presenciando el espectáculo. Yo quería que se la comiera. Ella quería lo mismo. La ciudad entera lo quería y sin embargo no lo hizo. Se fue.

Cuando llegó fuimos derecho a comprar media botella. Una mala imitación de aguardiente barato. Fuimos al parque que quedaba a la vuelta y nos servimos como locos. Nos cogió rápido. Llevé un libro de cuentos con una cubierta de un morado profundo. Hacía suponer lo mejor. Tenía el dibujo de una mujer desnuda y abierta de piernas, envuelta en una manguera. Le leí uno que me había encantado. Lleno de alucinaciones, verdades agrias y lindas palabras como *mierda*. Le gustó. Yo lo sabía y por eso funcionaba.

Nos paramos y en la tienda compramos otras dos botellas. Hice una llamada para cubrirme. Nos devolvimos a la banquita del parque y abrimos la otra. Luego fumamos una pizca de marihuana que había sobrado. Salió buenísima. Era una brizna pero pareció una libra. Hablamos muchas estupideces que no logro recordar. La próxima vez seguro me acuerdo. La miré embobado como mil horas y de vez en cuando, le eché un vistazo al guardia de la portería de atrás para que no nos fuera a joder. Era un diminuto parque rodeado por edificios residenciales. Ventanas. Familias bien. Gente moviéndose. Varios de los apartamentos tenían las cortinas abiertas y uno veía a las personas adentro como insectos encajonados. Las ventanas sin cortinas me hacían pensar en sexo. Se lo dije. Es que es raro. ¿Para qué acaban con la intimidad de un cuarto y se exhiben como maniqués en una vitrina?

Tumbó unas botellas pero estaban vacías. Tintinearón contra el suelo y unos peatones voltearon a ver. Miré la copa que acababa de servir y seguía intacta. Suerte de borracho. Todo estaba hecho un desastre pero no se regó ni una gota. Inventamos el baile de la copa y nos desternillamos de la risa. Supongo que en ese momento abrimos la tercera botella, aunque no estoy seguro porque todo se me pone borroso. Le empecé a leer otro cuento, uno un poco orgiástico, y a la mitad no aguantó, me tomó de la mano y me arrastró

hacia un rincón. Ya lo habíamos ubicado hacía rato con el rabo del ojo. En un sitio público es útil encontrar el lugar menos público. Detrás del árbol la abracé y le di un beso apresurado. Le mordí el labio y le agarré el culo. Volví a morderla más fuerte y la oí respirar profundo, como cuando quiere que apriete más.

Ahí en la calle se arrodilló. Me desabotonó el pantalón, me bajó la cremallera y se lo metió en esa boca babosa que me hace sentir como en casa. Fue estupendo. Hasta lo tengo duro ahora al escribirlo. Ella chupando y yo mitad gimo y mitad vigilo entre las ramas por si alguien viene. Metí una mano debajo del brasier y le apreté las tetas. Con la otra mano la agarré del pelo y le meneé la cabeza. Me vine en su boca y apenas acabó se volvió a sentar como si nada, se limpió con la manga de la chaqueta y se acostó en el pavimento. Cerró los ojos sonriendo, se adormiló un rato. Después vomitó al costado. Dos o tres escupitajos. Se volvió a acomodar y se recostó en mi pierna. Le sobé el pelo. Le vi los ojos inanimados. Era una linda noche. No sé a qué horas boté la sombrillita y nos comimos los chocolates. Traté de que entre sueños oyera el final del cuento y ella sonrió con el cachete contra el *semento*.

Si se le olvida no importa. Otro día vuelvo a leérselo. Nos levantamos y caminamos en zigzag por el barrio. Un tipo trató de joderme la noche. Al diablo. Me hice el loco y me escabullí. Yo no quiero que me jodan. Salimos a la avenida y nos lo volvimos a encontrar. Otra vez trató de molestarme, burlándose y hablando duro. Lo esquivé y alcanzó a gritar algo que no entendí. Tal vez mi pelo le recordó el de su madre o mi cara le cayó como una patada en el culo. Tipos así hay hasta en la sopa. Obviamente le hacía falta una mamada. Caminamos rápido, hablamos torpemente. Tratamos de no parecer pendejos, sin mucho éxito. Luego ella se encaramó a un taxi tambaleándose y me dijo adiós.

Adiós.

Fui hasta el semáforo pero ya estaba tarde y no pasó el bus. Caminé por una calle gris esperando llegar a mi cuarto, pero había cierta probabilidad de amanecer desangrándome sobre la acera. Y no tenía ganas. Me cansé y paré un taxi. Me senté a gusto, me bajé un poco antes para no deberle dinero, caminé otro rato y llegué a casa.

Hurgué la nevera y masticando hambriento, pensé que nos faltan veinte botellas, veinte briznas y veinte cortinas para veinte mamadas perfectas. Pero es cuestión de unos días. Son veinte años, como dijiste. Ojalá tengas suficiente saliva para los veinte siguientes. ■





# Tania es pelirroja



## CARLOS ARTURO SERRANO GÓMEZ ATLÁNTICO

Soy producto de lo que he aprendido viendo y oyendo. Mi escritura se ha desarrollado añadiendo capa sobre capa a medida que descubría modelos valiosos: la exquisita delicadeza de Gustavo Adolfo Bécquer, la perenne frescura de Henry David Thoreau, la erudita densidad de Ken Follett, la omnipotente destreza de David Foster Wallace, la lúcida sencillez de Virginia Woolf. Sin embargo, mi camino propio transita por la ciencia-ficción, y me encuentro acabando el ambicioso proyecto de mi primera novela, *Ignoramus*.

Nací en Barranquilla, que fue para mí un mundo inexplicable e indefinible. En 1998 representé al Atlántico en el Campeonato Nacional

de Ortografía y conocí Bogotá. Quedé tan enamorado de esta ciudad que hice todos los esfuerzos para mudarme. Lo logré hace un año. Esta es mi primera aparición en un libro. La dedico a la queridísima memoria de mi editor y maestro Rafael Salcedo Castañeda. También agradezco a Juan Villanueva, Jesús Lara, John Melvin y Todd Thacker. Y extendiendo afectuoso saludo a mis amigos escritores David Alberto Campos, Jaime Espinal, Alexandra Esquivel, Jorge Hernández y Elaine Mendoza.

**Comunicación Social.**  
**Universidad Nacional Abierta y a Distancia. Barranquilla, Atlántico**

# Tania es pelirroja

CARLOS ARTURO SERRANO GÓMEZ

Cuchillo para postres, cuchillo para carnes, cuchillo con filo aserrado, cuchillo con doble filo para descamar pescados. No. Ninguno es.

–Sandra, ¿por qué estás revolviendo ese cajón?

–Mami, ¿dónde está el cuchillo con rueda, con el que haces las galletas? No lo encuentro.

–¿Para qué lo quieres? ¿Vas a cocinar acaso?

–Ajá.

–Debiste decirme en lugar de desordenar la cocina. ¿Le vas a hacer galletas a tu compañera? Ya debería haber llegado. ¿Cómo se llama?

–Tania.

–Ni siquiera has empezado a preparar la masa y te pones a perder el tiempo buscando el cuchillo. Mira, en este cajón de arriba. ¿Sabes dónde está la harina?

–Ajá.

–Bueno, te dejo para que no pierdas tiempo. Esa niña ya debe de estar llegando.

Cuando termines pon todo como estaba. No quiero que me dejes este desorden.



¿También va a venir Rodrigo?

—No, a él no lo invité.

—¿Por qué? Tú siempre quieres jugar con él.

Sandra mira el cajón de los cubiertos y lo cierra.

—Hoy no tuve ganas.

—Como quieras. Me voy a cambiar. Me da curiosidad conocer a esa niña... ¿Tania?

—Ajá.

—Todo el mundo me dice que tiene un cabello precioso. ¿A ti te parece bonita?

—Mmm, sí. Es pelirroja.

—Ah, habrá que verla. Voy a estar en mi cuarto. Cuando llegue, avísame.

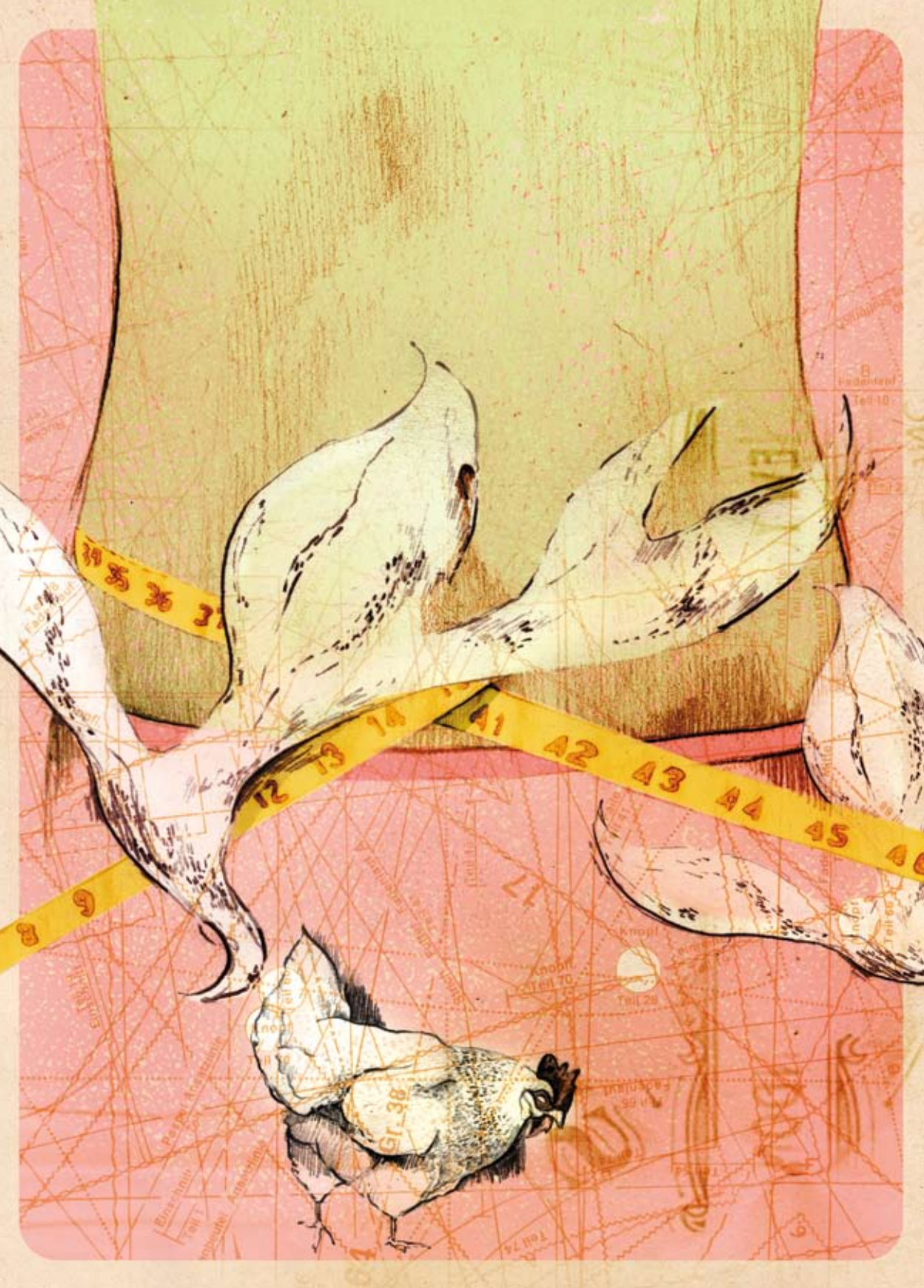
Sandra se queda quieta hasta que oye cerrarse la puerta. Corre hasta su cuarto, entra sin hacer ruido y pone el seguro. Mira a Tania.

Le ha puesto una mordaza y le ha amarrado las manos y los pies con cordones de zapatos. La niña pelirroja mira temblorosa a Sandra, quien tiene en las manos un cuchillo de pastelería.

Sandra le recoge todo el cabello en un moño y lo sujeta con una mano. Con la otra, con mucho cuidado, toma el cuchillo con rueda y empieza a cortar por la línea de la frente, sin salirse del borde, doblando por la sien hacia abajo, dando la vuelta por encima de la oreja, rodeando la nuca y volviendo por el otro lado hasta la frente. Ha hecho un corte profundo y la cabeza de la niña no para de sangrar.

Luego mete los dedos por la herida de la frente y haciendo fuerza empieza a arrancar el cuero cabelludo, desprendiendo la piel del músculo, enrollándola hacia atrás, hasta que sale toda.

Ya está. Rodrigo nunca volverá a mirar a Tania. ■



# Las peticiones de una fiel



## JENNY VALENCIA ALZATE VALLE DEL CAUCA

¿Una fecha? Día 10, años 80's, mes primaveral. ¿Valencia? De músico grande, contento, marihuanero. ¿Alzate? De doña pequeña, repelente, hipervaliente. ¿Jenny? Rompimiento de acuerdo marital: él que quería llamarla Libertad. ¿Niñez? ¿Juventud? Pereira. Un avión. Cuentos. Una mita. Un pito. Dos primas. Dos tías. Un hermano. Mucho canto. Poco lloro. La quebrada. El adiós. Cali. Tres novios. Mil escuelas. Muchos kilos. Amiguitos. La lambada. Burbujas de amor. Oki Doki. De pies a cabeza. Clase de Beverly Hills. Secundaria. Chica gorda. Novio Adonis; vuela himen. Rumba'é barrio. Viene el rock: llega Fito, se va

Fito, queda Charly, queda Serú. Adiós once. Viene la U; no me gusta la U. Novio extraño; teatro, embobamiento, letaaaaargo... ¡Vuelvo! Parí lobo. Vuelvo a la U. Espanto chico. Corrompo amiga. Conozco al sol. Me bautizo en pance. Llega el amor. ¿Ahora? Un avión. Cuentos. Un vampiro. Rico porro. Dos primas. Dos tías. Un hermano. Mama mía. Mucho canto. Mucho lloro. Un viaje. La academia. Tres amigos. Mil ayudas. Rubén Blades. Profe Julio. "Que sos Jenny", con Mateo, ahí va Magda. Y la vida: este juego. ¿La escritura?: el camino, el encuentro, la verdad.

**Literatura. Universidad del Valle. Cali, Valle del Cauca**

UNO

# Las peticiones de una fiel

JENNY VALENCIA ALZATE

La mañana que mi abuela, con sus ojos de leona sabia y sus noventa y tres años desparramados en su pellejo marchito, me dijo que los hombres no se buscaban, sentí que ese era el decimoprimero mandamiento divino. Me había sorprendido llamando con gritos desesperados a Tito, mi vecino de seis años, con quien había quedado de verme a las tres de la tarde al otro lado de la colina para vivir la experiencia inefable del primer beso; necesitaba decirle que no olvidara cepillarse los dientes pues mi tía Mariela, ducha en amores y donaires, decía que nada más feo en el mundo que un hombre con mal aliento.

Me pinté los labios de rojo carmesí con el labial que mi tía guardaba muy cuidadosamente para las noches de rumba en el pueblo. Me puse el vestido dominguero que estaba reservado solo para ocasiones especiales y que tenía un alto vuelo por sus hermosos boleros tricolor, y empecé a dar alaridos disonantes:

“Tiiiiitooooooooo, se cepilla los deeeeeeeenteeeeeeeeees!!!!”.

La vieja, con la rama de verbena en una mano y el índice acusador en la otra, me propinó más de treinta azotes en las nalgas hasta

el punto de malbaratarme el vestido, se echó bendiciones mientras me limpiaba la boca aún inocente y me dijo que jamás debería olvidar aquel principio de la dignidad femenina: “LOS-HOM-BRES-NO-SE-BUS-CAN-CU-LI-CA-GA-DA-DE-MIER-DA”. Además me anunció un horrible castigo divino si lo volvía a hacer, castigo que hoy, diecinueve años después, todavía estoy esperando.

La abuela tenía un cuerpo de matrona milenaria. Mientras rezaba el rosario a las seis de la tarde, mandaba a guardar las gallinas, ponía a remojar el maíz y le pedía a Dios que expulsara a todos los pecadores del libro del Paraíso. Por eso, ese día, después de la terrible paliza, me sentó en el pináculo de la colina donde yo tenía la cita que no pude cumplir e ideó un plan para que Dios me perdonara por mi temprana disposición a los besos.

Desde aquella vez fui obligada a asistir al grupo de oración de la vereda, compuesto por puras viejitas con cara de culicontentas arrepentidas. Además, me fue prohibido todo trato confianzudo con los hombres.

Durante los siguientes años, la abuela me medía la cadera con un metro cada treinta días y se la pasaba mirando con qué pie empezaba a caminar. Hacerlo con el izquierdo y estar más cadera serían señales inminentes de haber perdido la virginidad, lo que inmediatamente me convertiría en la culpable de que ella se muriera de un infarto fulminante por no aguantar la pena de tener una nieta pecadora, que no pudo llegar al altar casta, pura y vestida de blanco celestial.

En todo caso, la pobre murió engañada porque yo, atacada por el deseo de mis hormonas protestantes, me follé a Tito en el establo cuando teníamos quince años. Siendo consecuente con aquello de que Dios quiere lo mejor para sus hijos, concluí que a Él no le parecería malo que sus fieles disfrutáramos de tan deliciosos placeres.

De ahí en adelante no paramos de hacerlo y siempre tuve presente arrancar con el pie derecho en el caso de que la abuela estuviera por ahí.

Desde entonces todo se me convirtió en un juego simple. En la noche, la abuela me veía acariciar la camándula con tanto fervor que no podía dudar de mi inocencia. Le pedíamos a Dios todo cuanto quisiéramos. Mis peticiones iban desde una camioneta que pudiera subir lomas, pasando por la paz mundial, hasta un rápido crecimiento del pene de Tito, petición esta que, obviamente, hacía en secreto.

Y en la tarde, mientras todos hacían la siesta, me iba al establo a bajarle los pantalones a Tito y así comprobar qué tan complaciente podía ser Dios con sus fieles. Luego daba gracias al Ser Supremo por sus complacencias y me apresuraba a llegar a casa, pues pronto serían la seis, hora del Santo Rosario. ■







# El anfiteatro



## DIEGO ALEJANDRO BOLÍVAR GÓNGORA CUNDINAMARCA

Nací el 13 de septiembre de 1987 en una familia que me ha permitido ser autodidacta, librepensador, sensible e independiente. Lo primero fue aprender a leer y a jugar ajedrez con mi abuela materna y mis padres. Agradezco a mi padre (fallecido en 2006) la conciencia sociopolítica, y a mi madre, la fortaleza para sobrevivir en este mundo civilizadamente inhumano. Me gusta el arequipe, la patafísica, mi mano izquierda, el cine arte, viajar, la política, la misantropía, el suicidio, la cara de los niños gordos, el condón, el flamenco, Najwa Nimri, la eutanasia, mis labios, el feminismo, la defensa siciliana,

la cicatriz en mi tabique, la imaginación.

Nunca he asistido a talleres ni he estudiado literatura, y me siento bien, siento la necesidad de no estudiarla para no convertirla en un cubo o en un trofeo, para conservar fresca mi convicción. “El anfiteatro” es un homenaje al anonimato y una invitación al Latinoamericano del siglo XXI a creer en sí mismo, a no traicionarse, a convertir las misiones imposibles, en misiones cumplidas.

dieGobolívaAr

**Administración de empresa.  
Fundación Universitaria  
San Martín. Zipaquirá,  
Cundinamarca.**

# El anfiteatro

**DIEGO ALEJANDRO BOLÍVAR GÓNGORA**

**E**staba sentado en el centro de la primera fila del Teatro Nacional, justo frente al escenario. En el fondo, no sabía si prefería estar ahí rompiendo bruscamente su ritmo cotidiano, o si resultaría más provechoso sentarse en el pasto, bajo los álamos del parque, a contemplar la caída del sol en el horizonte, esa lastimosa y rutinaria pérdida. Pero no, ya no iba a permitir que la vida se le siguiera escapando miserablemente entre los ensayos teatrales, la redacción de algunos guiones, los cigarrillos pisoteados, las lágrimas y las mujeres. Ya no pensaba dar continuidad al ceremonioso y estúpido juego de conformarse con el anonimato, mientras otros brillaban insolentemente sobre el tablado. En aquella delirante hora, había sido el primero en ingresar a la función que iniciaba a las seis de la tarde. Detrás de él, sobre los pasillos, empezó a sentir los pasos que se ahogaban en el grosor de la alfombra roja, a la vez que intentaba escuchar los murmullos y las risas contenidas de los espectadores que iban llenando poco a poco, ordenada y serenamente el auditorio. De vez en cuando, miraba hacia atrás para comprobar que ninguna silla quedara vacía. Siempre había sido un hombre terriblemente observador, ¿sería por eso que ahora se sentía tan observado?

Repasando esta amarga disyuntiva percibía que el temblor de los nervios lo absorbía abominablemente. De la taza que sostenía con su mano izquierda, saltaban con violencia goterones de café que hacían ostensible la creciente alteración del pulso, la cual no era más que la necesaria obertura de una finalidad oculta. En el infranqueable transcurso de ese ocaso nada era predecible, excepto el nombre de la obra teatral, el abarrotamiento del teatro, la hora fijada para dar inicio a la función y la presencia del gran Arturo como celebridad medular del acto. Una mancha de café empezó a researse sobre el pulóver negro que vestía el hombre. Mientras el telón se abría lentamente, su mirada permanecía fija en el suelo y su memoria recapitulaba las escenas de una estrecha relación que debía eliminarse. Una dependencia superior al amor o a la amistad con la estrella de la obra lo agobiaba. Arturo había sido su mentor, amigo y maestro, de donde nació un vínculo similar al de Adso de Melk y Guillermo de Baskerville. En efecto, era esa hipnótica manera de admirarlo y de reconocer en ese hombre el talento más formidable, la única causa por la cual debía cumplir su revelador designio. Al iniciar los diálogos sobre el tablado, le retumbaba en la memoria una indiscutible sentencia que a cada instante le repetía: el hombre debe derrotar lo que admira para hacerse superior, y dejar de creer en lo que cree para empezar a creer más en sí mismo. Este aforismo era el resultado más brutal de la supervivencia entre las sombras y el silencio.

Llegado el entreacto rompió la inmovilidad de su postura para dirigirse al lavamanos. Necesitaba un poco de agua fría. El estado febril y los débiles vigos, el abotagamiento y la impaciencia por consumir su propio guión teatral, no debían apagar el fulgor y la solemnidad de una caricia eterna. No entró al salón al iniciar el siguiente acto porque lo conocía demasiado para seguirlo desnu-

dando, lo había escrito, dirigido y ensayado hasta agotar las horas de muchas tardes hermosas. Después, el manuscrito iba a ser guardado como testimonio de su propio final. En lugar de regresar, se quedó afuera y compró dos o tres tazas de café que desocupó y arrojó a la basura con un vértigo irritante. También fumó someramente un par de cigarrillos. Sabía que el final de la función era implacable y sólo hasta ese instante quería regresar. Llegado el momento, exhaló un suspiro estertoroso que olía a expiración, a humo y a café, e ingresó en la sala teatral mientras ocurría metódicamente el último acto. Los actores representaban la escaramuza que precedía el asesinato del protagonista. Se arrellanó de nuevo en su cómoda silla frente al escenario, en la primera fila, y resbaló secretamente su mano derecha hasta esconderla bajo su pierna del mismo lado. El público permanecía extasiado y silencioso como un cementerio. A la señora sentada a su izquierda le sudaban las manos y las frotaba impacientemente mientras reflejaba su ansiedad con encerrados susurros onomatopéyicos. Entonces el actor desenfundó el arma, el hombre del pulóver negro también lo hizo y al unísono sonaron los disparos. El gran Arturo, el motivo de la aglomeración en el Teatro Nacional, cayó sobre las tablas, la gente lo amaba con el fanatismo que despiertan las celebridades. El auditorio estalló en aplausos y en gritos que desahogaban el suspenso de los últimos momentos. La señora sentada a la izquierda del hombre, ya con sus manos secas, lo agarró rabiosamente enterrando las uñas en la lana del pulóver, mientras otra persona le descargaba un puñetazo en la cara. Al tiempo que el resto del auditorio celebraba y aplaudía el desenlace del impecable guión teatral, otro puñado de personas se arrojaba sobre el asesino, quien les gritaba desesperadamente que él amaba a Arturo más que ellos, y que matar por amor no debía ser juzgado. Claveles y bombines

cayeron lánguidamente sobre las tablas donde el gran Arturo yacía muerto. A unos pasos, se hacía justicia con su asesino. Entonces, los dos al anonimato, los dos extintos a la gloria. ■





# ¿Orugas o mariposas?



## JUAN CAMILO ARDILA DURANTE BOLÍVAR

Nací en Cartagena de Indias, la tierra donde vivió Florentino Ariza, donde juegan dominó a toda hora, donde se escucha salsa y rock, donde un saxofonista callejero toca vallenato en la Plaza de la Aduana.

Escribí el cuento para describir la magia que tienen los pueblos del Caribe colombiano, para tratar de explicarles a mis amigos que la belleza de este lugar donde vivimos está a tan sólo unos centímetros de la fealdad que solemos ver en ella día a día.

Leo porque los libros son mi hábitat, así como la música.

Uno de mis cuentos favoritos es “La autopista del Sur” de Julio Cortázar.

Este cuento se lo quiero dedicar a toda la gente de Getsemaní, un barrio que trae consigo la historia de mi ciudad y que la lleva amarrada a su cintura como un hombre que abraza la libertad cuando vuelve a ella. Un abrazo a todos los cuentistas y lectores del mundo. Un abrazo a los que sueñan, sueños que seguramente se convertirán en historias maravillosas.

**Comunicación social.**  
**Universidad Tecnológica de Bolívar. Cartagena, Bolívar**

# ¿Orugas o mariposas?

JUAN CAMILO ARDILA DURANTE

**N**o sé qué tiene mi pueblo para que tantos seres blancos, esos que pareciera que vivieran en una noche eterna por lo desabastecidos de color, se junten y atesten nuestras calles con sus largas osamentas, con sus cuellos infinitos y esos billetes que valen tanto, además de hablar ese idioma que suena tan bonito pero cuyos subtítulos nunca aparecen.

De todas maneras, nosotros no necesitamos saber qué dicen para venderles ni ellos necesitan saber español para enamorarse, como el caso que sucedió al lado de mi casa.

Aquí, cerquita de mi casa, se formó una algarabía cuando Martha Lucía, la hija del señor Octavio, morenaza de cabellos danzantes y caderas tan alegres como una feria, quedó preñada del tipejo de ojos azules y piernas pálidas que vino a tomar fotos y a comer fritos, muchos fritos, antes de dormirse todas las noches en ese velero que parecía más bien un yate.

Dicen algunos, no lo digo yo, que los vieron irse después de una sesión de champeta en la que ella bailaba junto con otras amigas del colegio. Él, silencioso pero perspicaz, aprovechó la bulla de las chicas y la pea de los muchachos para llevársela y conquistarla con



su acento. Su plan era asesinar a punta de golpeteos repetidos las mariposas inocentes y todavía asexuadas que volaban en el vientre pulcro de una niña de 16 años.

Cuando los familiares supieron la noticia sintieron rabia, pero esta terminó cuando el gringo, a razón del compromiso, decidió regalarles su envidiado velero. Mucho tiempo después supe que se casaron y que andan viajando por todo el mundo. Tienen un par de morenitos pelilisos.

Un lunes, día de fiesta en mi colegio, me fui con los pelaos a lanzarles piropos a un grupo de mujeres desabridas pero con caras bonitas que nos contestaban riendo sin saber qué les decíamos. Estaban obnubiladas mirando a unos negritos que bailaban en la calle como marionetas, mientras unas viejitas de cabellos ralos y entrecanos se acicalaban de vez en cuando con unas peinillas más viejas que ellas.

Al otro lado de la calle que da a la plaza, el repiqueteo del domínó atrapaba la atención de algunos forasteros, creo que del interior del país, quienes esperaban el último golpe de la última ficha antes de que las cervezas se calentaran con este calor insoportable que a ellos pareciera encantarles.

Suenan las fichas y las risas emergen. Ni deben saber cómo se juega, ¡qué va!, estarán ahí sólo para disfrutar el espectáculo deportivo más importante de estas tierras.

Un poco más allá y en esta misma calle, unos señores bien elegantes concentraban su atención en los acetatos de cantantes de viejos vallenatos, como pensando que eran una reliquia. ¿Qué tanto podrían valer allá esas cosas que ya ni se usan acá? Centavos, si mucho, y aún así sacaban billetes de presidentes desconocidos para llevárselos como trofeos obtenidos en el mundo subdesarrollado.

Como cualquier otro festivo, ese día se presentaba el grupo de danza folclórica del pueblo. Entre la cumbia y el mapalé, los cuerpos lascivos de los bailarines hacían que algunos espectadores se sonrojaran y que otros, como yo, esperáramos inquietos la caída de cualquiera para señalarlo con el dedo. Eso no pasó, pero nos divertimos mucho viendo a esos extranjeros imitar unos ritmos que los hacían ver como muñecos de trapo.

Sigo sin entender qué es lo que les gusta a ellos de nosotros y por qué hay tantos que quieren quedarse a vivir en medio del barro, mientras que allá lejos podrían ir a ver a los Yankees o mirar, desde esos edificios gigantes, el resto del planeta.

Me quedo mirando esas imágenes en mi mente hasta que la profesora de español me despierta para que empecemos el examen de literatura. Hoy hay que escribir algo que nos haya impactado. Ya sabía de qué iba a escribir, aunque no sabía cómo empezar porque sigo sin concebir ese enamoramiento hacia lo que me parece muy antiestético. ¿Qué tanta belleza puede haber en este pueblo lleno de orquídeas marchitas y perros mugrosos?

Preferí, para evitar líos narrativos, escribir sobre el partido del Real Madrid que me vi donde mi tío, aunque luego me entraron unas ganas enormes de ser escritor, de ser el primer escritor importante de este pueblo tan raro: un Macondo detenido en el tiempo donde, en vez de mariposas amarillas, existen orugas soñando con serlo, orugas que despiertan más pasiones en los extraños que las morenas con caderas alegres. ■





MAY 11 11 AM CALIF

10  
SPECIAL DELIVERY  
REPAINT MADE IN U.S.A.

2  
UNITED STATES POSTAGE  
CENTS

Mr. J. L. ...  
Alpha Tau Omega ...  
105 E. ... St.  
...  
...

# El primer día



## PABLO ANDRÉS LONDOÑO PELÁEZ ANTIOQUIA

Mentiroso desde chiquito. Y tímido. Solamente abría la boca para contar el mundo imaginario en el que quería vivir. Empecé a escribir porque me surgió la necesidad de crear un espacio en el que la gente pudiera conocer un poco de mí, ya que a veces se dificulta. Además quería un lugar donde pudiera expresar tantas ideas, tantos pensamientos que tengo guardados y que quisiera sacar. Crecí con Gomosito, el Patito Feo, café y Ducales, muchos libros, una familia muy particular, la mejor educación, mucho apoyo y paciencia; historias de mis abuelas, de mi mamá, de mi hermana,

que me ayudaron a ser lo que soy, a tomar la decisión más importante de mi vida y a mejorar a cada momento. El cuento va dedicado a mi protagonista, esa persona que siempre me espera, pero que sabe que “nos tendremos que separar en cualquier instante”. A Lucía, o mejor dicho, Lucha, porque realmente eso es lo que encarna, una lucha. Siempre me dijeron que el que es mentiroso es ladrón. Yo sé que el que es mentiroso es escritor.

**Publicidad. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, Antioquia**

# El primer día

PABLO ANDRÉS LONDOÑO PELÁEZ

¡P apaya, mango, plátano! ¡Papaya, mango, plátano!

No sé bien qué hora era. Me despertó el grito continuo del vendedor de frutas. Di vueltas en la cama. Sabía que no estabas a mi lado, pero quería encontrarte. Todavía no logro acostumbrarme. Traté de volver a dormirme pero esta vez el penetrante grito de ¡AGUACAAATE! me sacó de la cama. Volví a pensar en ti.

Recuerdo que me dijeron que viviríamos en una zona tranquila, donde no había grandes calles y que, como no había mucho ruido, podríamos disfrutar del silencio. Cómo estábamos de equivocados. Aunque mientras estuvimos juntos nunca tomamos en cuenta esos ruidos, logramos aislarlos de nuestra vida.

Ahora, sin ti a mi lado, no tenía un factor distractor que me hiciera olvidar los gritos de los vendedores.

“Está bien, me levantaré”, dije en voz alta, sabiendo que nadie me escucharía. Pero no fue así. *Yanko*, el weimaraner que adoptamos cuando llegamos al barrio, entró trotando tranquilamente a la habitación. Otro karma. Sabía que eventualmente tendría que encargarme por completo de él. Me decías que no me preocupara,

que tú lo sacarías y te encargarías de todo. Pero yo, al verte la mirada, me di cuenta de que nunca sería así.

Esta mañana el sol entraba por la ventana, se oía el canto de los pájaros afuera y todo indicaba que sería un gran día. Pero tú no estabas. No era lo mismo.

Me cambié, salí con *Yanko*, di una vuelta. En la tienda de la cuadra de abajo compré un jugo y un pan. Seguí caminando hasta llegar al parque donde te gustaba tanto sentarte a mirar a los niños jugando.

Seguí caminando. Me alejaba inconscientemente de nuestros espacios. No quería pensar más en ti. Sabía que dondequiera que estuvieras en este momento, estarías mejor que conmigo.

Me armé de valor y volví al apartamento. Organicé todo. Barrí, limpié el desorden que dejaste antes de irte, pero dejé todas tus cosas en el mismo lugar. Sé que vas a volver.

Por el olor del césped recién cortado supe que ya había pasado gran parte de la mañana.

Tenía que seguir con mi vida. El hecho de que no estuvieras conmigo no podía llevarme a la perdición. Me arreglé, fui caminando al centro comercial. En el camino me encontré con varios vecinos que me saludaron amablemente y me preguntaron por ti. No quería hablar.

Compré tus chocolates preferidos. Pensé tenértelos para cuando volvieras, pero la soledad me ganó y los abrí de regreso a la casa. Si este es el primer día, no me imagino cómo será el resto de mi vida. Esperaba que este momento no llegara nunca. Pero era inevitable. Por muy buena que fuera nuestra relación, era evidente que nos tendríamos que separar en cualquier instante, y aunque traté de prolongar este momento, finalmente llegó.

No quise devolverme por donde siempre lo hacíamos. Esta vez caminé por toda la avenida pensando que, tal vez, un cambio de recorrido me haría pensar menos en ti. Pero al ver que a mi lado pasaban los carros que tanto te apasionaban no pude contenerme y empecé a llorar. “Es por el bien de los dos”, me repetía.

El reloj gigante del otro lado de la calle me indicó que pronto serían las tres. Se me había ido el día lamentándome. Tuve que apurarme para llegar al edificio.

Pero ni siquiera había empezado a subir cuando al pasar por la portería Albeiro me gritó: “¡Doña Patricia! Ahí llegó el bus del colegio del niño Felipe”.

Te vi bajarte del bus con una sonrisa que no cabía en tu carita. Corriste emocionado hacia mí y me dijiste: “¡Mami, se me hizo súper cortico mi primer día de colegio!”. ■







# El retratista



## CARLOS VICENTE SÁNCHEZ HERNÁNDEZ RISARALDA

Cuento cuentos de todas las formas posibles, incluso cuando escribo. Escribo de 4 a 8 de la mañana, casi todos los días. Luego la cotidianidad me abraza para recordarme con su voz de mil demonios que debo luchar cada hora y minuto contra el ruido de las calles, la muerte de los días, el monstruo de la incertidumbre. Con un libro por arma intento alcanzar un poco la divinidad de una historia, en medio de tantas imposibilidades.

Soy un teatrista, un padre, un esposo, un hijo, un espejo partido. Soy un trazasoñador y tengo como principio intentar encender el bombillo de una utopía. Añoro la niñez, y la nostalgia me llama de vez en cuando para recordarme

de dónde vengo. Los pueblos que pisé, llevado de la mano de mis padres, la inolvidable casa blanca de mi infancia, el mar que me bebí un fin de semana en Cartagena, cuando conocí a Vargas Llosa, a Ramón Cote y a un Vikingo. Dirijo la corporación cultural Trazasueños. Soy joven (por ahora). Amo a Samuel, Sebastián y Simón... tengo a Isabel; qué más se le pide a la vida. Con la obra *Las cinco noches del olvido* gané el Premio Nacional de Novela Aniversario Ciudad Pereira 2010. ¡Excelente año!

**Teatro. Universidad de Antioquia. Dosquebradas, Risaralda**

# El retratista

CARLOS VICENTE SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

Aquel hombre juraba haber sido un general y vestía como tal, decía también que fue el gobernante, dueño y señor del más grande y magnífico imperio que jamás haya existido.

Le faltaba un ojo al extraño militar. Su único ojo contemplaba con desdén todo a su alrededor. Portaba consigo un enorme cuaderno de bocetos que sujetaba como si fuera el último tesoro de su imperio. Luego de beber bocanadas de ron a la orilla del mar, cuando ya el desvencijado uniforme de general se escurría en su decrepito cuerpo, regresaba a nuestro refugio y nos narraba a todos su historia, cada noche la misma historia.

“En mi país vivía un joven que no quería ser soldado –decía con un tono de desprecio bastante estremecedor–. No le gustaba el sonido de las bombas ni el traquetear de las balas, como a los demás. Él sólo quería pintar. ¡Por eso era una vergüenza para la patria! –el general se tambaleaba en el piso, con su botella de licor empuñada al aire–. ‘¡Una vergüenza eres para nuestro país!’”, le gritaban mis soldados antes de abordar los trenes para irse a la guerra, cuando lo veían pintando paisajes y animales coloridos que nadie apreciaba. Obviamente, para ellos eran más deslumbrantes el brillo de

las explosiones, las medallas de honor, los desfiles de mutilados y las últimas invenciones bélicas que salían de nuestras majestuosas fábricas de armas.

“Su padre, un reconocido e importante general, le había desheredado ¡justamente! —el hombre se dejaba caer sobre una butaca y su único ojo parecía perderse entre un enigmático silencio. Después de un prolongado suspiro proseguía con la historia—.

“Dicen que un día llegó a buscarlo una joven, callada en extremo, y contempló sus pinturas con deleite mientras él, con el mismo deleite la contemplaba a ella. Arrastrado por la debilidad propia de su carácter, el muchacho se enamoró. Y comenzó a pintarla.

“Aquel cuerpo era escuálido, muy delgado; su piel, un triste mar blanco lleno de cicatrices; sus senos, pequeños para mi gusto; su rostro en sí era aceptable, pero demasiado pueril. Parecía haber llegado empujada por todas las guerras. Tenía una mirada tormentosa que el artista logró moldear a la perfección y que se quedaba clavada en todo aquel que viera su retrato. Aquí lo tengo, ¿quieren verlo?”.

El general sacaba entonces un maltrecho y curtido lienzo de su uniforme y lo extendía ante todos. La luz opaca, las llamas de la fogata y el humo de los cigarrillos, poco dejaban apreciar ese cuadro lleno de brutales tachones. Sin embargo, se podían observar los ojos con absoluta nitidez. Eran bellos en verdad, había en ellos una contagiosa tristeza de la cual no me he podido desprender.

“Cuando finalizó el retrato —continuaba diciendo el general—, el joven artista descubrió con pánico que la mujer se esfumaba en el aire. En medio de una sonrisa roja desapareció el color blanco de su cuerpo, y luego toda ella se desvaneció. Sólo quedó el retrato de su desnudez.

“Desde entonces, todo lo que él pintaba desaparecía. Procuró dibujar una mariposa, lo hizo afanosamente no fuera que se le

escapara, pero ésta al contrario permaneció quieta, como si posara para él de manera incansable y determinada. Al finalizar la pintura, la mariposa perdió sus colores y se extinguió. Igual suerte corrieron un pájaro, un árbol y una colina... El joven soltó aterrado los pinceles, decidido a no dibujar nada más. ¡Pero lo descubrimos! ¡Oh, sí!, el excelentísimo sistema de seguridad que habíamos creado, hacía que nadie se escapara de nuestra mirada.

“Advertimos en el poder de sus pinturas un arma letal y lo reclutamos de inmediato. El joven fue enviado al frente de batalla para retratar a los enemigos. Sin poder hacer absolutamente nada, nuestros adversarios se veían obligados por el artista a detenerse en pleno combate mientras eran pintados, y luego, atravesados por nuestras balas, se extinguían a medida que los trazos eran acabados y los tonos de aquellos soldados quedaban plasmados en el lienzo.

“¡Rojos, rojos, eran los matices de sus cuadros! Algunas piernas, cabezas o brazos quedaban arrojados en el campo de guerra, como a medio esbozar... cosas del afán. ‘¡Son armas químicas!’, gritaban los comandantes adversarios ante las comunidades internacionales, sin siquiera sospechar qué era lo que estaba acabando con todos sus ejércitos. ‘¡Exigimos ser eliminados con armas convencionales!’, imploraban. Así eran nuestros enemigos: patéticos.

“Con el tiempo, mi ejército ganaba todas las guerras de manera contundente. Con la fuerza letal de los trazos del retratista conquistábamos las fronteras terrestres y marítimas, convirtiéndonos en un gran imperio. ¡Todo esto fue nuestro imperio! —el general gritaba orgulloso, señalándonos el mar, las ruinas que nos rodeaban, las calles desérticas, el asilo en el que estábamos. Luego, se caba sus lágrimas con un manotazo violento—. Los cuadros hechos en aquellos combates fueron expuestos en todo el país y el joven

fue bañado en medallas, abrazado al fin por su padre, querido por sus hermanos y admirado por las mujeres. Era el orgullo de la patria, se llenó de gloria. El retratista se embriagaba feliz —o eso creían todos—, asistía a los cócteles con desparpajo, se burlaba de las encopetadas damas de la sociedad y de los rígidos generales, así le queríamos aún más... ay, ¡cuánto le queríamos!

“Por eso no entiendo, aún no logro comprender lo que ocurrió. Fue como un golpe de Estado. Una sombra densa, oscura, ardiente, nos recubrió a todos. Desaparecieron de pronto las ciudades, los soldados, las gentes... ¡todo en una noche! Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde, el país entero se había esfumado.

“Sólo quedamos él y yo en medio de la nada. Advertí en su mirada una total soledad, plena de tormentas, igual a los ojos de la muchacha que retrató...

“Y entregándome un cuaderno lleno de dibujos me dijo el traidor: ‘Aquí está tu país, pap’. Luego, como el suicida más implacable de todos, terminó de realizar ante mi ojo el último trazo de su autorretrato, y desapareció dejando caer en la nada, en el desierto que ahora era mi patria, una hoja con su rostro sonriente. ¡Oh... cómo odio a los artistas!

“De aquel país, a excepción mía, nadie volvió a hablar. Es como si nunca hubiera existido. Pero, quizás, entre estas ruinas a medio borrar, en estas calles a medio trazar, en este refugio a medio caer, hayan sobrevivido ustedes que ya nada recuerdan, que dicen no tener patria y haber sido olvidados. Vengan, acérquense, aquí la tengo, la llevo conmigo a donde vaya, en este cuaderno cargo a nuestra patria, ¿quieren verla? Era hermosa, con sus palacios de armas, sus cañones, sus soldados siempre jóvenes, siempre obedientes y dispuestos a la guerra...” ■





# El secreto de la belleza



**CARLOS AUGUSTO ROJAS GALINDO**  
**BOGOTÁ**

Bogotano. Hijo de una bondadosa comerciante y un desprendido artista, nací el día en que descubrí que quienes caminan también llegan temprano y que entender –citando a Borges– es una dicha

más grande que la de imaginar o la de sentir.

**Ciencias políticas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, D.C.**

# El secreto de la belleza

CARLOS AUGUSTO ROJAS GALINDO

**N**o fue un gran aguacero pero bastó para inundar el barrio y rompernos el techo de la casa (eso era costumbre). El verdadero desastre fue que mi madre tuviera tres hijos en vez de dos. Mi hermana mayor se pidió ser la ingeniera civil (por las repetidas inundaciones). Yo no tuve más opción que tomar la vacante del arquitecto. Y mi hermana menor (¿en qué diablos estaba pensando?) se pidió ser reina de belleza.

Pero como Gertrudis no es nombre de reina y Siabato tampoco es el apellido más acomodado para tal oficio, mi hermanita, con tan sólo 9 años, resolvió el problema tan pronto lo entendió. Necesitaba un nombre que sin esfuerzo se pudiera cortar. Algo así como Carolina para que la llamaran Caro, o Alejandra para que le dijeran Ale. Y una vez decidiera lo del nombre, se apropiaría del apellido de algún ex presidente porque esos sí que suenan bonito.

—¡Hola Gertrudis! —saludó el tendero atrás del mostrador, imitando la voz de un niño y sacudiendo al tiempo la cabeza. Así la saludaba siempre.

—Ya no me llamo Gertrudis —dijo mi hermana—. Me llamo Cata, Cata Samper, y esta es la última vez que me ve en su tienda. Seré

reina de belleza y las reinas no le hacen mandados a la mamá.

El tendero, después de encogerse y sobar sutilmente la cabeza de Gertrudis, decidió regalarle la más reciente revista de reinas. Esa que le marcaría, en hojas brillantes y esmaltadas, el camino a su añorada profesión.

Sobre una de las esquinas del espejo más grande de la casa, Gertrudis puso la revista y modeló como si alguien le fuera a dar una calificación. Primero se reflejó el lado izquierdo; luego, empinada, mostró el derecho; después tomó una posición frontal que era de todo menos natural (estaba rodeándose la cintura con un brazo y con el otro completaba una ele que le llegaba hasta la barbilla) y no pudo encontrarse parecido alguno con la mujer de la portada.

“¿Será el pelo, Cata?”, se preguntó en voz alta. Pasó velozmente las páginas de la revista y no tardó en encontrar que el secreto peor guardado para tener una hermosa cabellera son las frutas. Y como cada reina se untaba una distinta, mi hermanita decidió hacer su bálsamo con todas las que encontró.

Mamá dice que para enojar al pobre basta con desocuparle la nevera, por eso no dudó en darle unas merecidas palmadas a Gertrudis (que parecía disfrutarlo porque adoptó posición de foto y no paró de sonreír durante el castigo).

Lo de las frutas era cierto porque a mi hermanita le quedó el pelo como para anunciar champús en la tele. Lo lució con orgullo altivo frente al espejo para que, como la primera vez, le mostrara que su parecido con una reina era nulo.

“¿Será la piel, Cata?”, volvió a preguntarse. Mamá también dice que los secretos no se cuentan. Pero en esa revista las reinas siempre contaban algún secreto para algo. Y lo de la piel (según otro secreto revelado) se arreglaba con baños de lodo. Por eso Gertrudis con la tierra de las materas hizo un montón en la ducha y se metió

en un capullo de tierra y agua del que esperaba salir convertida en un hermoso cisne de revista. Pero antes de que se descascara del todo el revoltijo seco, mamá la sacó a coscorrónes del baño.

“¿Será el cuerpo, Cata?”, se preguntó la Gertrudis de la piel y el cabello de lujo, después de seguir ceremonialmente ese ritual de evaluación frente al espejo con la revista. Y fácilmente descubrió el secreto: todas las reinas van al gimnasio.

Cuando esa culicagada dañó la bici de mi hermana y mi patineta para hacerse una bicicleta estática, quise comprar a mamá, con lloriqueos y pataletas, para que le diera otra de esas lecciones a Gertrudis. Pero mamá sólo suspiró y dijo –también para mi hermana mayor– que no había manera de que el castigo físico le hiciera recapacitar a una niña que no paraba de sonreír (supongo que lo hacía porque en la revista todas sonreían).

–Ay, Gertrudita... –dijo mamá en su esfuerzo por usar uno de esos modernos métodos pedagógicos que tanto le incomodaban y desconocía–. Si esa revista dijera que las reinas son huérfanas... ¿Me mataría?

–¡Soy Cata Samper! –aclaró Gertrudis. Tomó con calma el tiempo para buscar la respuesta en la revista, la puso en la esquina del espejo y siguió–. No seas exagerada,

Martha. Las reinas no son huérfanas.

Mamá no entendió la respuesta porque estaba congelada: ¡el más joven de sus retoños acababa de llamarla Martha y la tuteó!

–¿Soy fea, Martha?

Mamá tenía la solución al problema en las manos y la dejó ir: si le decía a Gertrudis que era fea, esta no haría más daños en casa. Pero madre es madre y al final no fue capaz.

–No, mi amor. No hay mujeres feas sino mal arregladas.

Muy cara le cobró Gertrudis la compasión a mamá, porque le re-

cortó con tijera todos los vestidos para hacerse unos nuevos como los de la revista y, para completar la pinta, le quitó a los zapatos de mamá los tacones para ponerlos en sus tenicitos.

Esa vez no hubo suspiros pacientes ni métodos pedagógicos. La travesura logró que mamá pasara por alto la estúpida sonrisa y procediera como debió hacerlo cuando Gertrudis me dañó la patineta.

El espejo, los moretones y la ausencia del parecido que buscaba, obligaron a mi hermanita a ir de nuevo a la tienda.

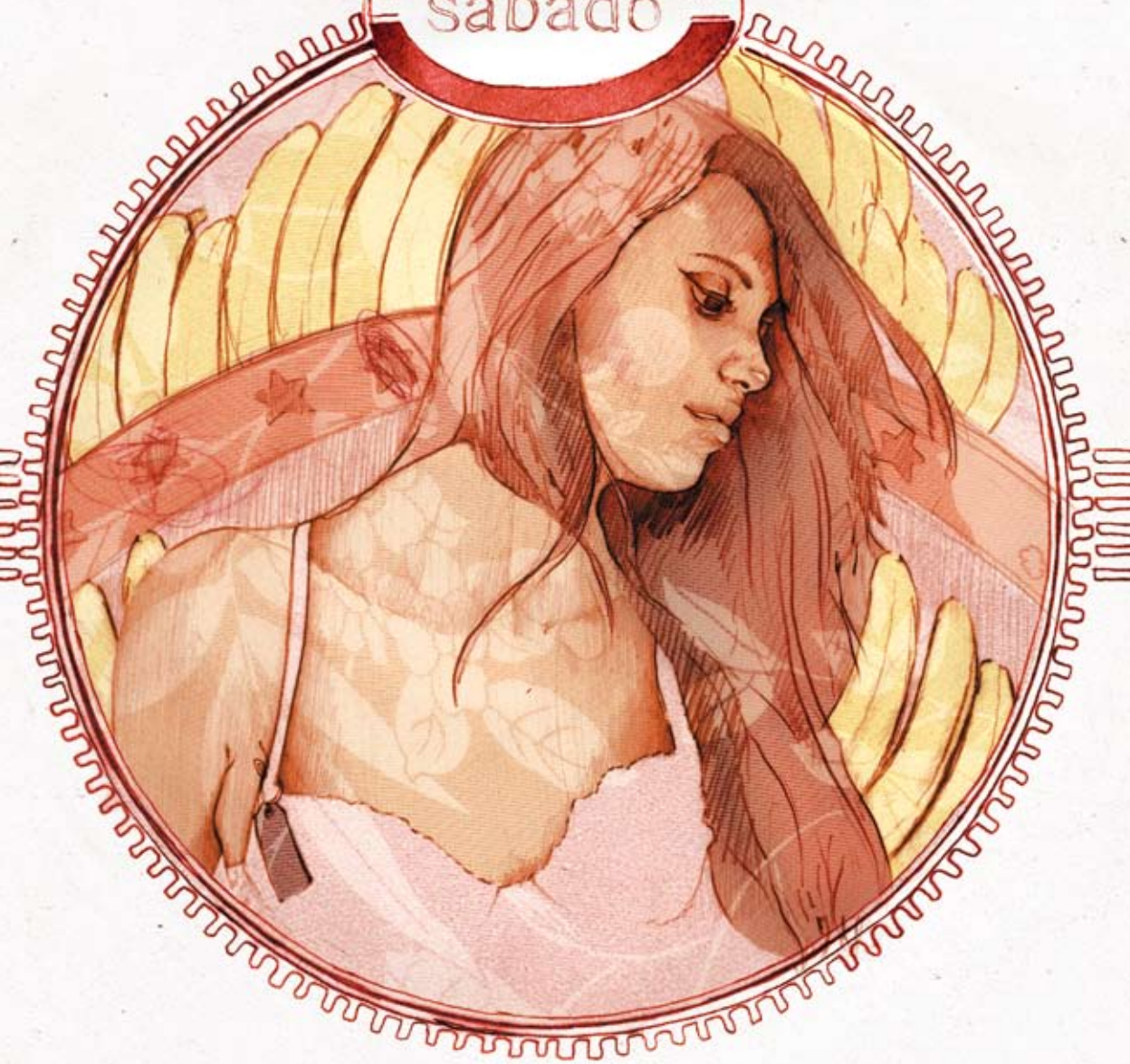
—Estoy muy, pero muy molesta contigo —le dijo Gertrudis al tendero. Luego lanzó la revista sobre el mostrador, agachó la cabeza (sin borrar la incómoda sonrisa) y se cruzó de brazos—. A esta revista le falta una página.

El tendero revisó, se fijó en la consecución de las páginas y comprobó que la revista estaba completa.

—A ver. ¿Por qué dice que a la revista le falta una página?

—Sí. Falta la página donde dice que para ser bonita toca nacer bonita. ■

sábado



# Una puta noche de sábado



## EDWARD FERNANDO BEDOYA GALVIS QUINDÍO

Soy el mayor de cuatro hermanos. Nací un día de noviembre en Calarcá, Quindío, quizá una madrugada lluviosa. Soy algo noctámbulo y lo he complementado con una leve adicción al café, es más, al café de mi tierra.

Mis padres siempre han buscado la tranquilidad y locura de los pueblos. Sólo he vivido siete años en la ciudad. El resto lo he pasado en Circasia, Quindío, desde donde viajo todos los días a terminar mi carrera.

Quizá mi gusto por las letras empezó cuando era adolescente y trabajaba como

vendedor vocero de periódicos, cargándolos en la cabeza; tal vez esto llevó a que las letras de las noticias dominicales poco a poco se incrustaran en mí. Luego supe que la lectura y la literatura son lentes para ver el mundo de otra manera, y que la escritura es ese ahorro de ideas que tienes en tu mente y gastas sólo cuando es necesario.

Dedico este cuento a mi familia y a todas las cosas y seres que rodean mi vida.

**Licenciatura en español y literatura. Universidad del Quindío. Armenia, Quindío**

# Una puta noche de sábado

EDWARD FERNANDO BEDOYA GALVIS

*Noches hubo en que me creí  
tan seguro de poder olvidarla  
que voluntariamente la  
recordaba*

JORGE LUIS BORGES

**N**unca podrá olvidar aquel lunes, es más, cada lunes lo recuerda y lo revive como hoy, que es lunes como todos los demás que han transcurrido desde entonces.

Siempre había considerado que el lunes era el día más arduo de la semana, era volver al movimiento circular de la rutina de un agente funerario: tocar las puertas de las casas en los barrios más alejados de la ciudad y ofrecer planes de lujo para la muerte. Sin embargo, el primer lunes de ese mes era diferente.

Pablos trabajaba duro de lunes a viernes, vivía en la casona de Raquel, una vieja arrugada que ocultaba toda su soledad y tristeza detrás de un exagerado maquillaje, con apariencia de payasito triste. La vieja era viuda y había recibido la pensión y algunas propiedades de Antonio, su marido, uno más que había perdido la vida en la guerra absurda de este país. Mi *Toño*, como ella lo llamaba, había servido a la patria como coronel de las fuerzas armadas.



Había muerto diez años atrás, pero nunca fue sepultado. Nunca encontraron su cuerpo.

Raquel alquilaba cuartos a personas solitarias como Pablos. Él salía el lunes en la mañana, regresaba a eso de las siete de la noche y se encerraba en su habitación. Los sábados dormía hasta el medio día. En la tarde se le veía sentado en la cafetería de la esquina con su agenda de hojas maltratadas escribiendo desmedidamente sabrá Dios qué cosas. Cuando caía la noche iba a un club nocturno de bailarinas desnudas y allí se sentaba, tan solitario como siempre. Los camareros ya lo conocían, siempre ordenaba un Cuba libre, con muchas gotas amargas. Sentado frente a la tarima esperaba ansiosamente. La canción *Lady*, de Modjo, era la señal con la que *ella* hacía su presentación de rutina.

Ahí estaba, un ángel con disfraz de pecadora, desnuda. Ella era Sophía, una exótica bailarina, pechos redondos, medianos, bien moldeados. Cabello rojizo. Luego de unos cuantos tragos comenzó la búsqueda desafortunada por comprarle una noche de compañía a Sophía, pero el dueño del negocio, un viejo bigotudo y barrigón de aspecto desagradable, era, según los rumores, quien primero degustaba la mercancía del club.

Aquella noche le concedió esa petición al que más dinero ofrecía. Putas noches. Como esa pasaron muchas. Sin embargo, una noche Sophía decidió irse con Pablos, sin que él supiera el motivo y sin haberle ofrecido dinero. De repente se le acercó y se sentó en la mesa:

—¿Te tomas un trago? —le preguntó Pablos.

—Por supuesto, ¿bailas? —dijo ella. Y él con un movimiento de cabeza le respondió que no.

Sophía tenía unos 19 años. Era tan bella que nadie se imagina encontrar a alguien así en lugares como estos, llenos de viejos con

aberraciones sexuales y de algunos hombres fácilmente reconocibles, como los hermanos Rojas, esos que trabajaban vendiendo repuestos para autos toda la semana y los sábados no podían faltar en el club; eran adictos a las putas. Y ni hablar del rubio Llorente, ese que cada sábado viajaba a un pueblo lejos de la ciudad, sólo para emborracharse y bailar con las chicas, imitando sus movimientos (hasta se le vio bailando en el tubo de la tarima), y de algunos personajes más, ¡cómo olvidarlos! Ella apenas si había terminado la secundaria y se había venido de un pueblo del norte del país a trabajar como bailarina, cualidades que ella decía haber aprendido de sus tías, unas mujeres vividoras que cuidaban de ella cuando era niña mientras su madre laboraba. Ellas practicaban una danza que consistía en quitarse toda la ropa mientras movían sus cuerpos al son de una canción de sonidos atrevidos.

—Llegué a buscar empleo en diferentes clubes nocturnos y mira donde vine a parar, a este suburbio del Club Río —le dijo.

—¿Lo haces por placer, por dinero, por herencia? —preguntó Pablos.

—Se lo debo a un viejo tendero del pueblo donde vivía. Era un viejo parecido al dueño de este club, tal vez por eso estoy aquí.

—¿Cómo así, explícame ese asunto?

—En mis primeros contactos con él... Iba a comprar cosas para mi casa, el viejo se metía un banano en la boca y lo chupaba, lo besaba, pasaba su lengua de abajo hacia arriba, me miraba a los ojos y me decía que pasara atrás, adentro de la tienda. En otras ocasiones lo hacía con un *bom bom bum* rojo. Hasta que un día me tomó de un brazo, me llevó detrás de un refrigerador, me sometió como a un perro y me penetró por el culo. ¡Lloré como nunca había llorado! En mi casa todos pensaron que había tenido mi primera menstruación, ¡pero qué va!, sólo el viejo tendero y yo

sabíamos lo que pasaba. No quise decir nada porque él me daba unos cuantos pesos. Yo tenía unos 15 años. Muchas veces me dio por el culo y ya no sangraba. Sólo cuando se lo pedí me penetró por la vagina. Desde eso soy puta y me di cuenta de que así podría conseguir algo de dinero.

Esa fue la historia que Sophía le contó a Pablos aquella noche antes de abandonar el club. Se fueron a un hotel de cero estrellas en el centro de la ciudad.

Así pasaron muchas noches de sábado en la habitación número 10 de ese hotel. Durante meses, Pablos la poseía y le decía ¡Eres mía!, mientras lamía el sudor que sabía a fruta tropical. Sin embargo, él era consciente de que ella era de muchos hombres después del viejo tendero, y sabía que ahora pertenecía al dueño del club. Pero el ron hacía borrar esas cosas de la mente, sin dejar guayabo.

Todo fue igual hasta ese lunes arduo que mencioné al principio. Nunca, podré olvidar aquel lunes.

El sábado pasado, Pablos fue al club en busca de Sophía. Se sentó en la mesa de siempre a esperar a que sonara la canción con la que ella hacía su show. La canción nunca sonó y Sophía nunca salió, aunque las demás mujeres sí salieron a desnudarse. En medio de su desespero, Pablos le preguntó a los camareros, pero ellos no dieron respuesta; le preguntó al viejo dueño del club y él le dijo que ella no había regresado desde el jueves.

Ese sábado Pablos se fue muy borracho y triste para la casona. El domingo no salió de su cuarto y se abandonó a la espera del próximo sábado. La espera fue compensada. El lunes, cuando Pablos llegó a la casona, la vieja Raquel estaba sentada en un oxidado taburete metálico tejiendo una manta roja, fumando cigarro y ha-

ciendo carrizo. Era muy extraño ver este tipo de eventualidades en la vieja, ella lo estaba esperando para darle un recado que le habían dejado del hospital:

–Mijo, que si puede ir al hospital para una cuestión de una tal Sophía.

Pablos dilató sus pupilas hasta quedar con ojos de perro. Fue como si hubiera escuchado la canción con la que ella siempre se desnudaba. Salió apresurado para el hospital, llegó a la recepción y habló con la señorita encargada:

–Vengo a preguntar por la señorita Sophía Estévez.

–¿Y usted qué es de ella? –él guardó silencio unos cuantos segundos:

–Somos parientes –dijo.

–¡Ah!, bueno, entonces usted viene a reconocer el cuerpo...

Y entonces recordé que una puta noche de sábado, ella me había pedido que le vendiera un plan funerario, porque uno nunca sabe qué pueda pasar.





# La quina dorada



## JHONATTAN CAMPO BALCÁZAR VALLE DEL CAUCA

Nací en la capital del Valle, la misma de la salsa, aunque como bailarín no soy un gran exponente. Crecí como la flor de loto en el fango, gracias a la dedicada labor de mi madre, a quien quiero dedicar este primer triunfo; igualmente a mis otras cuatro mujeres (algunas ya no están).

Estaba estudiando bacteriología en la Universidad del Valle cuando fui seleccionado, pero ahora me encuentro radicado

en Buenos Aires, Argentina, adelantando estudios de diseño de imagen y sonido en la UBA. Me costó mucho entender para qué nací, hasta que abrí mi mente y alma para dejar entrar el arte, que inmediatamente empezó a desenmarañar la creatividad que siempre vivió dentro de mí.

**Bacteriología. Universidad del Valle. Cali, Valle del Cauca**

# La quina dorada

JHONATTAN CAMPO BALCÁZAR

*25 de noviembre de 1819*

**H**ijo, espero con mucha fe que esta carta llegue a tus manos. No sabes la emoción que me invade sólo de pensar que tus ojos estarán siguiendo estas líneas.

Sé que tú y tu madre piensan que estoy muerto. Aún recuerdo su rostro de resignación, como si hubiese presentido algo en aquel entonces, cuando partí hacia la expedición botánica. Y cómo olvidarte a ti, eras tan sólo un bebé: frágil y hermoso. Deseo por fin hacerte saber lo que me ocurrió hace tantos años. Para que entiendas debo contarte todo en detalle, mi querido Alejandro, porque necesito tu ayuda y para tal misión no confío en nadie más que en ti.

Durante mis estudios de medicina en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, conocí a José Celestino Mutis y desde aquel momento hicimos una gran amistad. Él estaba escribiendo su diario de observaciones y estaba trabajando en la construcción de un herbario. Impulsado por lo fascinante que pueden llegar a ser las plantas, le propuso al rey de España realizar una expedición botánica para estudiar la fauna y flora de América; pero pasaron 20 años antes de que el reinado aprobara su solicitud.



Durante años trabajamos tanto en la minería como en la botánica y ambos nos enfrascamos en el estudio de la quina, por sus propiedades curativas; la amarilla, la roja, la blanca y anaranjada, todas tenían su peculiaridad, unas más eficaces que otras para el tratamiento de ciertas enfermedades; pero aún así, todas igual de fascinantes.

En 1783 arrancamos la Real Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada. Comenzamos nuestra travesía de madrugada. Llevábamos con nosotros diecisiete mulas equipadas con dos maletines a cada lado, para guardar en ellos las especies de plantas que íbamos encontrando.

José Celestino le enviaba material que recolectábamos a Carlos Linneo, quien estaba trabajando en la clasificación de especies de plantas y animales.

En 1790 José Celestino me hizo saber de su retiro, yo pedí acompañarle, pero él se opuso y me dijo que yo tenía que seguir trabajando. Acepté con la condición de que me permitiera abandonar Mariquita y dirigirme para el valle alto del río Magdalena, asunto que él aceptó.

Esa comisión estaba encabezada por Fray Diego García y un subcomisionado enviado por el Rey de España, un tal Juan Antonio de la Vega; un tipo despiadado al que podía vérselo la maldad en los ojos.

Cierto día le propuse a Fray Diego García que me dejara rodear el río para luego adentrarme en los bosques del valle; llevaría cinco campesinos y sólo tres mulas, para abarcar en el menor tiempo posible una amplia variedad de especies de plantas. Recibí su aprobación pero me envió con Juan Antonio y tres de sus hombres armados, situación que no me agradó en lo absoluto.

En la rivera del río Magdalena, manchada por una oscuridad perlada, estaba yo pensando en ustedes antes de irme a descansar,

cuando de pronto los cinco campesinos de la comisión se zambulleron en el río, desesperados. Cuando salieron me rogaron que les ayudara, pues sentían arder sus cuerpos. Los examiné y efectivamente tenían una fiebre muy alta. La fiebre estaba acompañada de escalofríos y laceraciones pronunciadas a lo largo de sus pechos y espaldas; en ese momento recordé las virtudes curativas de la quina amarilla que llevaba siempre conmigo, les suministré unas dosis y los llevé a descansar.

A la mañana siguiente desperté y fui a verlos, pero seguían muy mal. Preocupado, empecé a caminar y caminar. Comencé a recolectar unas especies que había divisado el día anterior; me agaché a tomar una planta y al lado de una roca vi algo que secó mis ojos: era un arbusto de quina, yo lo sabía, pero no era ninguna de las especies que José Celestino y yo habíamos estudiado; sus hojas eran doradas y brillantes y su tallo era de color oliva. Una lágrima resbaló por mi mejilla; estaba admirado por tan majestuosa planta. La llevé conmigo y la guardé en mi maletín.

Regresé rápidamente al campamento, recogí agua del río, herví en ella unos tallos de la planta y les di a beber la infusión. Hijo, no me lo vas a creer, y yo tampoco lo podía hacer, en cuestión de segundos el vientre de los hombres se les iluminó como el de una luciérnaga. Yo, perplejo, fui testigo de un evento que parecía de otro mundo, las heridas de un momento a otro comenzaron a cerrarse y al terminar no dejaron vestigio alguno.

Corrí a escribirle a José Celestino sobre mi descubrimiento; agarré una hoja para hacerlo, pero de pronto sentí un metal helado en mi sien, era el cañón del fusil de Juan Antonio que me apuntaba decidido a matarme si iniciaba mi escritura. Inmediatamente intenté ponerme en pie pero me golpeó, caí al suelo y pude ver cómo sus súbditos asesinaban a sangre fría a los campesinos

que habían bebido de la quina. Con mi mano en la cabeza, tratando de detener el sangrado, le pregunté furioso por qué hacía eso, entonces ordenó a sus hombres quemar cuanto arbusto de quina encontraran y que no dejaran rastro alguno. Me dijo que si quería vivir y evitar que mi esposa e hijo corrieran con la misma suerte, era mejor que me fuera y jamás regresara; él inventaría algo, como que mis hombres y yo nos habíamos ahogado en el río y que les fue imposible encontrar nuestros cuerpos.

Mientras cumplía con mi exilio, sembré un injerto de la quina cerca del bosque, pues no podía correr el riesgo de perder la única planta de la especie.

Me he dado cuenta, por los campesinos de la región, que la independencia ahora es definitiva, por eso me animo a mandarte esta carta, porque tengo la esperanza de que Juan Antonio y sus hombres estén muertos y que ustedes no corran peligro.

Estoy muy enfermo, ya mi avanzada edad no me deja moverme de este lugar, sólo guardo el anhelo de que recibas esta carta y sigas las indicaciones que te tracé en el mapa al reverso de la hoja. Si encuentras la quina, seguramente me encontrarás a mí también y podré por fin verte antes de cerrar mis ojos para siempre. ■

CATEGORÍA

NILO  
JOSÉ SEBASTIÁN ESPITIA MALAGÓN  
De Hipócrates a Pilatos

213



BARRANQUILLA

ANUAR ELÍAS SAAD SAAD

Un trabajo fácil

207

## PROFESORES

CALI

ANÍBAL LENIS BERMÚDEZ

Los siete puentes de Königsberg

225



CALI

IVÁN ALBERTO OSORIO SABOGAL

Mausoleo para Marina

219

CALI

JOHANNES WINSTON

ESPEJO MOJICA

Obediencia bíblica

231



# Un trabajo fácil



## ANUAR ELÍAS SAAD SAAD ATLÁNTICO

Nací en Barranquilla el 17 de enero de 1964 y desde que tengo uso de la razón me apasiona contar historias. Estudié Comunicación social - periodismo en la Universidad Autónoma del Caribe en Barranquilla, donde publiqué mis primeros artículos en las revistas del programa. Muy joven ingresé al diario *El Heraldo* y ahí tuve la oportunidad de aprender el oficio de verdaderos maestros del periodismo, lo que a la larga me preparó para ocupar la Jefatura de Redacción. En 1997 ingresé a la Universidad Autónoma del Caribe como director del Centro de Publicaciones y docente de periodismo. Soy especialista en Comunicación para el Desarrollo

y candidato a Magíster en Comunicación. Acabo de terminar un libro de cuentos que “busca dolientes” para ser publicado. He sido catedrático de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, la Tecnológica de Bolívar y la Universidad del Norte. La idea de mi cuento “Un trabajo fácil”, nació de la conversación de dos amigos quienes en chanza planeaban librarse de las mujeres, objetivo que por supuesto jamás consiguieron a pesar de que ellos consideraban que el asunto era “pan comido”.

**Docente de periodismo. Universidad Autónoma del Caribe y Universidad del Norte. Barranquilla, Atlántico**

# Un trabajo fácil

ANUAR ELÍAS SAAD SAAD

**N**o sé que le habrán dicho de mí, pero yo no ando con rodeos. Por eso lo llamé. No para tomar tintos con galletitas baratas, sino para cerrar el negocio. Ajá... ¿se le mide o qué?

Es pan comido: usted la espera a la salida de la oficina, la sigue un par de cuadras, y cuando la tenga cerca tuky tuky lulú, ¿cápisco? Mire, es tan fácil el trabajo que hasta se me antoja que usted me está estafando. Es más difícil hacer que mi hijo se desprenda del *feisbuk*, que arreglar al paciente.

No, no, no le estoy pidiendo rebaja, le estoy aclarando que no es una cosa del otro mundo. No estamos hablando acá de meternos al fortín de un capo paramilitar... ni al palacio presidencial, ni nada de esa mierda. Sólo le estoy contratando para un trabajito sencillo, rápido y efectivo: matar a mi mujer. ¿Por qué pone esa cara de imbécil? ¿Acaso no sabía que ella era la paciente? Bueno... y eso qué. Al fin y al cabo, un muerto es un muerto... ¿O es que usted cobra por nombres o caritas? No, no lo estoy insultando. Sé que es un matón inteligente, pero ¿acaso soy el primer marido que se quiere librar de su esposa? Ya no me soporto más a esa vieja. Ni ella a mí, hay que reconocerlo.



Vea, todos los días era el mismo sermón a las seis de la mañana: Luis, la plata para el sastre; Luis, vienen los de la remodelación; Luis, hay que llevar al niño al sicólogo; Luis, por qué llegas tarde; Luis, de quién es el rubor que tiene tu camisa blanca; Luis, hay que mandar plata a la señora Ramona; Luis, quiero cambiar el juego de cuarto; Luis, estoy mamada de tus amigotes, de tus parrandas y de las putas con que andas... ¡No compadre, eso no es vida! ¿No le parece? ¿Qué ser humano normal como yo puede aguantarse a una fiera de esas? Además, la Marielita, la que conocí hace ocho meses en el bar del argentino... está como para chuparse los dedos: no molesta, no me cela, no me pide plata y no me obliga a visitar a su familia. Lo único —y es comprensible— es que quiere casarse. Pero, dígame hermano ¿qué mujer decente hoy día no sueña con desposarse? Y yo soy un hombre de palabra: voy a complacer a mi Mariela. Por eso está usted aquí, ya se lo dije: me estorba mi mujer.

Pero hasta me salió chismoso el sicario. Mire, ¿usted cree que voy a ser tan maricón como para divorciarme? ¿Sabe lo que cuesta esa vaina? No amigo. No soy el gallo para esa riña: tengo una hacienda por allá en Salinas del Mar; una casita en Mesetas de Granada y la casa en Barranquita del Puerto. Ahora métale los tres carros, los cedetés en el banco, las joyas y uno que otro cuadrito de Botero que tengo por ahí... ¡Ja! ¿Y las utilidades de mi empresa qué? ¿Compartirlas? ¡Ni muerto! Vea, divorciarse cuando uno es rico es entregar el trabajo de una vida a una vieja que no se lo merece.

Por eso no hay opción... ¡hay que liquidarla! ¿Que qué pasará con Renecito? Oiga, Dios me perdone si me equivoco, pero esa mujer jode tanto, que creo que el René llorará dos días y después vivirá feliz. Eso es día y noche: Renecito, baje los pies de la silla;

Renecito, no eructe en la mesa que se parece a su papá; Renecito, ¿por qué va mal en matemáticas?; Renecito, cuidado con meterme peladitas en la casa; Renecito, huele a cigarrillo; Renecito... No, no, no. Esa mujer no puede vivir ni con su sombra. Ella se mira en el espejo y su reflejo sale corriendo. Así que no le demos más vueltas a esta vaina y tome: aquí está el cincuenta por ciento y cuando la fulana coja página judicial y salga yo llorando retratado y pidiendo justicia en los diarios, usted sabe, todo ese teatro... entonces le doy el resto. ¿Un trato?

\* \* \*

La tarde era tan soleada, alegre y brillante, que no parecía que estuvieran sepultando a alguien. El ataúd lanzaba de vez en cuando un lastimero chirrido casi en sincronía mortuoria con los que emitían los vestidos de negro. Poco a poco, el féretro, tan labrado y lustroso que hasta daba pesar que se fuera a pudrir con el cuerpo, tocó tierra y a los pocos segundos la arena morena y pegajosa empezaba a cubrirlo. Un sacerdote, de esos llamados a última hora, terminó un mal sermón que sólo él entendió y los amigos y dolientes empezaron a retirarse. Una solitaria flor blanca cayó justo antes de la última palada de tierra. El niño entró a los siete metros de automóvil que lo esperaba en las afueras y se acomodó en la ventanilla esperando que los otros dos también entraran.

Pero las figuras de negro se quedaron ante la puerta abierta unos breves instantes.

—Todo salió perfecto.

—Sí. Fue fácil. Tan fácil como lo dijo.

—Pobre. Nunca tuvo suerte...

–No debió mostrarme la foto. Por lo menos esa donde usted se veía tan bella...

La mujer se retocó los labios reflejando su cara en un diminuto espejito de carey, se acercó al hombre que la observaba sonriente y le susurró al oído:

–¿Acaso los sicarios tienen corazón?

–Deje que lleguemos a casa... y se lo demuestro. ■





# De Hipócrates a Pilatos



## JOSÉ SEBASTIÁN ESPITIA MALAGÓN CUNDINAMARCA

Nací en Tunja el 27 de junio de 1961 de mi Ala: Hilda María y de mi Ancla: Sebastián. Crecí entre las músicas cocidas en maíz del Altiplano y las conservadas en trigo de Austria; entre las fantasías, los escondites y las colecciones de sueños de hermanas y hermanos y entre las narraciones, cantas, dichos, plegarias y sonrisas de Ana María, mi abuela. Ahora sigo creciendo con la nobleza de mi inspiradora: Carmen Rosa y la fuerza y la claridad de mis hijas. También en el abrazo de mis sobrinos y en el saludo sincero de mis compañeros y estudiantes.  
Me considero usuario del

derecho civil a la lectura y a la escritura y quiero heredárselo a Ana María, María Paula y a mis nietos, con todo y Ala, Ancla, Inspiradora, Tiple, Maíz y Trigo. “De Hipócrates a Pilatos” nació cuando acompañaba a mi madre al Vía crucis del Viernes Santo en Tunja y aunque es un cuento, Zamir existe.  
Mi sueño es escribir la Gran Obra, una especie de manual para que nos podamos Re-conocer.  
A todos los que nombré dedico mis letras.

**Docente de procesamiento de alimentos. Institución Educativa Departamental La Esmeralda. Nilo, Cundinamarca**

# De Hipócrates a Pilatos

JOSÉ SEBASTIÁN ESPITIA MALAGÓN

**Z**amir, el soldado Guardia Romana, apenas podía mover sus ojos al darse cuenta del ataque que sufría el hombre que estaba frente a él y que había caído al suelo como en convulsiones.

Inicialmente pensó que se trataba de un desmayo por insolación debido a que el Vía Crucis había empezado temprano en la mañana y ya rayaba el medio día, pero por la sintomatología que había aprendido en su escuela de medicina, sospechó que se trataba de un ataque al corazón. Comenzó a sudar al ver que el hombre necesitaba un médico y nadie le atendía. Recién había hecho su juramento hipocrático que le obligaba atenderlo, pero de igual forma su lealtad y compromiso ante la cofradía de Guardia Romana de Tunja, le impedía dejar solo su puesto de vigilancia de la decimotercera estación: el Santo Sepulcro. Con incomodidad y frustración pudo ver cómo algunos socorristas vestidos de azul y otros de amarillo, por fin vinieron a levantar a aquel hombre en una camilla y se lo llevaron.

El guardia continuó inmóvil hasta que escuchó la orden de iniciar la marcha con el paso del sepulcro hasta la iglesia de San Francisco. Ante la puerta principal, sin haber concluido el ritual

católico ni el marcial, abandonó el piquete de Guardias y salió corriendo en dirección del hospital, cuatro cuerdas más abajo de la iglesia. Al avanzar, todavía con la lanza empuñada y la espada en el cinto, le incomodaban su escudo, su capa roja ondeante y su casco pretoriano dorado con pelusa en el centro que, de no ser por el barbuquejo, se le hubiera caído pues daba también saltos en su cabeza y resplandecía con la tradicional resolana mayor. La gente, tratando de no romper la piedad del Viernes Santo, le miraba entre atónita y divertida. En la puerta del hospital le impidieron la entrada, no sólo por el atuendo sino porque los celadores no lo reconocieron como el médico recién graduado que había hecho los turnos de internado en ese mismo lugar. Tan solo obtuvo la información de que el paciente había llegado sin sentido y por haber respondido mínimamente a los procedimientos de reanimación que intentaron los médicos, pasó remitido a la unidad de cuidados intensivos.

Sin posibilidades de enmendar su error regresó a su casa, conservando el atuendo romano. El trauma familiar ya se sentía pues sus hermanos y padres eran sabedores de la entrega con que había asumido casi desde niño sus dos profesiones; ahora no podría estar en la procesión de la Exclavación ni en la vigilancia del Santo Sepulcro que va desde la llegada de la procesión el Viernes hasta la madrugada del Domingo Santo. Eso no le había ocurrido ni a su padre ni a su abuelo que también habían pertenecido a la cofradía y que por generaciones guardaban el honor de hacer parte de este grupo, solo comparado en reglamentos y doctrina al de los Nazarenos, también presentes por siglos en la tradición religiosa de la Tunja colonial y con los que inevitablemente se había entablado una perpetua competencia de rigor y cumplimiento.

Al otro día temprano, a pesar de ser el Sábado Santo –uno de los días festivos de mayor respeto en la ciudad–, enterado el director

de la Facultad había iniciado los trámites para retirarle su licencia por no haber cumplido con sus obligaciones éticas y profesionales. Por su parte, en la logia de Guardia Romana, ya era motivo de vergüenza el comportamiento extraño e indebido de alguien que, como no se tenía información de ninguno de sus integrantes, había incumplido las órdenes y el protocolo de llevar los pasos al destino, guardar los uniformes y hasta proteger su identidad como algo sagrado. La única irregularidad siempre disculpada para los Guardias eran los casos en los que se desmayaban en el puesto de guardia por el frío, el olor a parafina o la presión emocional del evento. El veredicto era inapelable: el joven Zamir debía ser expulsado.

Ya en la noche, en medio de la hermética soledad de la ciudad, regresó al hospital y ante un descuido del personal de urgencias corrió y subió hasta el sexto piso. Al llegar a la unidad de cuidados intensivos, cerca ya de la medianoche, encontró la pesada puerta de vidrio corrida y percibió una luz muy intensa que iluminaba el lecho en el que le habían informado se hallaba el paciente. Sólo descubrió las sábanas limpias y dobladas a los pies de la cama, pero el hombre no se encontraba. Al salir una enfermera le confirmó que el hombre había muerto el día anterior al atardecer.

El domingo, entre la multitud que hacía honor al desfile de Resurrección, en los bajos de la iglesia de Las Nieves, el joven tunjano, vestido con el traje de paño oscuro que había lucido en la ceremonia de graduación como médico, despojado de sus investiduras y del honor de pertenecer a la Guardia Romana, hacía esfuerzos por mantenerse cerca de la procesión. De repente el paso principal paró en frente suyo. Los Nazarenos habían descansado el anda sobre las horquillas. Él, después de observar el rostro triunfal de Cristo Resucitado, concentró la mirada en el penitente que le



había quedado a pocos metros de distancia. Éste levantó la tela blanca del capuz que le cubría el rostro como para tomar aire, y mientras se ajustaba su faja, sacudiendo bruscamente la túnica, volvió a mirar a Zamir directamente a los ojos. Con gran asombro, el joven Médico Guardia Romana, comprobó que era el rostro del mismo hombre que el Viernes Santo había caído a sus pies. ■





# Mausoleo para Marina



## IVÁN ALBERTO OSORIO SABOGAL VALLE DEL CAUCA

Calarcá es café, ajedrez, tinto y billar, Peñas Blancas y río Santo Domingo, recuerdos de mi abuelo y el desasosiego.

Hay un placer que hoy extraño y al que regreso cada vez que puedo: una noche en la sala de la casa oyendo a mi abuela, mis tíos y mis primos contar sus historias. No me importa oírlos una y mil veces, porque siempre hay algún giro, exageración o mentira sorprendente en todo cuento. Luego se los repito a mis estudiantes y veo sus caras de asombro. Tal vez esperaban algo más convencional y no una disertación apasionada

para empezar una clase de neurociencias o de psicopatología, pero a veces, a los años, recibo notas evocando mis clases y me alegra que no me recuerden por una cisura del cerebro o un neurotransmisor sino por el nombre de mis padres, por Pessoa o porque alguna vez convertí una anécdota familiar en un dilema ético que los puso a pensar. Esa es la maravilla que me impulsa a escribir.

**Docente de psiquiatría.  
Fundación Universitaria San  
Martín. Cali, Valle del Cauca**

# Mausoleo para Marina

IVÁN ALBERTO OSORIO SABOGAL

Cuando fuimos por primera vez, Marina, nos pareció el lugar indicado. Quedaba algo retirado de la ciudad, subiendo la carretera que lleva al mar, por una pendiente triste rodeada de casas grises de invasores que la policía había tratado de llevarse muchas veces, pero que siempre volvían con sus covachas de madera pintada de un blanco que el humo de los autobuses y camiones, en su esfuerzo por coronar la pendiente, tornaba melancólicas, como las caras de los niños barrigones que se asomaban y nos miraban pasar.

Recuerdo que esa vez fuimos con los muchachos como en paseo de domingo, con el sancocho de gallina que nos preparó la tía Nancy envuelto en hojas de vianda. El sabor de aquel guiso aún regresa cuando voy a visitarte.

La carretera se desviaba cuando llegábamos al alto, en un descanso que los ciclistas lentos aprovechaban para alcanzar a los que salían disparados donde la carretera se empinaba. Siempre había muchos ciclistas en la vía, casi todos en bicicleta panadera, no como ahora, que suben con cascos y aparatos tan extraños que parecen astronautas escalando un cráter lunar.

Una vez nos descaminábamos de la vía principal, después de pasar la escuelita rural y la estación donde los policías dormitaban en el corredor, solo entreabriendo el ojo para ver pasar los carros cuando golpeaban el caucho extendido a manera de reductor de velocidad; el paisaje cambiaba, haciéndose más verde, lleno de árboles de tierra fría. Menos mal que los del distrito arreglaron la carretera veredal el año pasado, porque sería muy difícil visitarte en invierno.

Después de mucho rato, llegamos al terreno que nos había señalado la señora de la inmobiliaria, marcado solo con un alambre de púas, y en medio del prado, un letrero que decía: VENDIDO.

Esa tarde, me acuerdo, fue la más feliz de todas las que pasamos juntos, no había nada allí más que unos pocos guayabos tan entumidos que no daban ganas de subirse a tratar de coger las frutas que preferían caerse al piso, medio picoteadas por las aves del campo.

Los muchachos correataron por el prado, se untaron de mierda de las vacas que seguro habían sido desplazadas cuando a alguien se le ocurrió la brillante idea de aprovechar ese paisaje de película para convertir esta finca infame de pastizal pobre en veraneadero de ricos. Y nosotros nos tiramos al pasto recién cortado a conversar de cómo iba a ser nuestro futuro, observando el panorama. Y la comida fue especial. Todavía recuerdo tu enojo cuando te diste cuenta de que no nos habían metido tenedores y cuchillos en la canasta. Casi no te convenzo de comer como lo hacen todos en el campo, con las manos, limpiándose con la manga de la camisa, mientras con la otra mano espantas los mosquitos que también intentan degustar el sabor de la cocina de la tía.

Nunca me acompañaste a la construcción. Yo sabía que eso no era para vos. Los cimientos, las vigas y el techo me tocaron a mí.

Solo me ayudaste a escoger la baldosa, que querías roja y brillante, tan lisa que hoy me da miedo, cuando te veo caminar con tanta energía, que te caigas, Marina. Y también sembraste los geranios y las veraneras, bordeando el caminito empedrado hasta la entrada.

Cuando estuvo el porche con los grandes ventanales que dejaban ver el inagotable panorama de montañas que se confundían en tonos de verde hasta la eternidad, vinieron todos los amigos del Seguro donde trabajabas en ese entonces, a bailar contigo hasta el amanecer. Pero cuando viste a las secretarias y a los médicos pasados de copas y vomitando en el antejardín, entre las flores recién sembradas, fue evidente que era la última fiesta que íbamos a dar en esa casa.

Los hijos crecen, Marina, y ellos se tenían que ir. Camilo fue a la Universidad de Tennessee donde yo me gradué, pero como era mejor que yo, rápidamente lo engancharon para que se quedara. Johanna tenía otros horizontes. Cuando empezó a estudiar en Florencia, en la Universidad des Ars, me pareció que estaba loca, pero eso era lo suyo y ahora en las visitas te traigo los recortes de cada exposición.

Los amigos lentamente empezaron a escasear. A mi me gusta demasiado la lectura como para que eso me importe, así que solo quedamos tú y yo.

Pero tú faltabas mucho, Marina. Esas salidas en las noches me daban mucha tristeza, más por ti que por mí. Yo sabía que estabas enferma y que era cuestión de tiempo que todo empezara a caer. Cuando te vi con ese señor, que te acercó a la entrada y luego bajaste sola, tarareando por ese camino despoblado, entendí que estabas mal, Marina, que tu cerebro había empezado a derrumbarse, que no comprendías la magnitud de tu problema cuando la verja se cerró.

Fue cuestión de tiempo, empezaron los tics, los movimientos extraños, el temblor, la inquietud y los cambios súbitos de tus emociones. Los médicos empezaron a hacerte los exámenes que nada mostraban, y los grandes especialistas nada podían hacer. Solo yo sabía que esas rabias súbitas que expresabas eran como un salto al vacío que estabas dando. Los muchachos te llevaron donde pudieron y yo te acompañaba a todas partes, pero tu cabeza no respondía. Aún recuerdo con dolor cuando preguntaste a tus hijos quiénes eran.

Ya para entonces caminabas en círculos, con los pies descalzos por las lozas frías del comedor y el porche. Y también aprendiste a comer con las manos, chupándote lentamente los dedos.

Salir de la casa, dejándote en las manos de María y doña Josefina, fue lo más natural.

Me golpeabas y agredías sin razón, y todos me lo decían: “¿Qué haces en ese mausoleo al lado de tu mujer? Ella solo es una sombra. Llévala a un geriátrico y empieza una nueva vida”. Pero yo no te iba a enviar a ninguna parte, esa era tu casa, así que tomé mis cosas y salí despacio una noche.

Ya no era necesario macerar las flores del borrachero que habían servido como tu aromática por tantos años, desde aquella noche en que me dijiste que estabas indecisa y eso me hizo pensar que estabas mal, muy mal.

Ahora voy los domingos a la casa. Ya no te mortifico y tú ni siquiera te ocupas de mí. Solo caminas como en una procesión hasta la puerta de la entrada, seguida de los perros. Allí te detienes, abres la boca como si comulgaras y musitas: “No. Digo no.” A veces levanto la mirada del periódico para ver cómo te paras en el camino que lleva a la entrada y esperas a alguien que jamás vendrá. ■





# Los siete puentes de Königsberg



## ANÍBAL LENIS BERMÚDEZ VALLE DEL CAUCA

Nació en Apía, Risaralda, pero desde muy joven vive en Santiago de Cali. Estudió en la Universidad del Valle, pero considera que su acceso a una visión amplia y crítica de la cultura y de la sociedad lo inició el fuego cruzado de discursos que se dieron en la universidad durante el movimiento estudiantil de 1970-1971.

Estanislao Zuleta lo introdujo en la literatura, la filosofía y el psicoanálisis, bajo el influjo de los cuales ha incursionado en la escritura literaria, obteniendo un reconocimiento en el Premio Nacional de Literatura, modalidad Dramaturgia Infantil

(Colcultura, 1993), con la obra *Daniela*; la publicación de la pequeña novela infantil *Tito oía cantar la lluvia* (Norma, 2005), y un reconocimiento más en este concurso con “Los siete puentes de Königsberg”.

Esta historia surgió por cierto desengaño suscitado en el autor, al conocer que el gran matemático Leonhard Euler había hecho trizas el encanto del acertijo conocido con el mismo nombre que da el título a su cuento.

**Psicólogo escolar. Institución Educativa INEM Jorge Isaacs. Cali, Valle del Cauca**

# Los siete puentes de Königsberg

ANÍBAL LENIS BERMÚDEZ

**E**l hombre llegó al fin, en un coche tirado por seis caballos. El coche había pasado primero delante de una iglesia rondada por una guardia hambrienta de vagabundos.

Después giró a la izquierda, avanzó tres cuadras, despacio, porque no se apresuraban los peatones a despejar la vía, y se paró cuando iba a cruzar el puente.

–He ahí, señor –dijo el cochero–, las islas de la ciudad.

El cochero tomó el pago convenido, dio la vuelta en redondo y se alejó, no sin antes advertir que se instalaría en la posada. El hombre siguió a pie por el puente. Se detuvo a mitad del camino y observó con detenimiento las bellas construcciones de la orilla, haciendo caso omiso de algunas balandras que rompían la helada superficie del Pregel. En eso, reparó en que se alzaba a unos doscientos metros otro puente similar al que lo sostenía. Calculó, siguiendo referencias de oídas, dónde se encontraban situados los otros cinco puentes. Dos más, se dijo, al lado opuesto. El quinto, como punto de unión de ambas islas. Y los dos últimos, entre la segunda isla y el resto de la ciudad, en los mismos flancos que la

primera. Entretanto, había sacado de su abrigo una libreta que sujetaba con una de las manos. Con la otra se apoyaba en la barandilla del puente.

Dejaba fluir las ideas lo mismo que el cauce generoso las aguas bajo sus pies. No podía percatarse, por tanto, de que varios lugareños lo miraban con extrañeza. Era gente sencilla, aldeanos o campesinos que ahora vivían en la ciudad, ajenos a las labores agrícolas.

El extranjero, un joven alto, de frente amplia, aristocrático, se preguntaba para sí: “¿Si fuera el río consciente de sí mismo, me vería a mí, parado al borde del puente, fluir sin término?”. No supo cuán largo rato anduvo en sus cavilaciones. Al espabilarse se encontró ante el silencioso grupo de personas que, presentía, esperaba una explicación de su conducta.

—Señores, mi nombre es Leonhard. Vengo de San Petersburgo, de tierras muy lejanas, y creo traerles —vaciló un instante— noticias de interés...

Un anciano de apariencia rústica, de barba blanca y burdo bastón, le interrumpió para dirigirse al grupo de provincianos que en ese momento era numeroso.

—Estaba anunciado. El día y este hombre sobre alguno de nuestros puentes habría de llegar. ¡El Cielo nos favorezca!

Reponiéndose de la interrupción, pero sobre todo de verse señalado como ave de mal agüero, dijo:

—Os ruego que no me confundáis. Soy matemático, y adelanto una conjetura sobre el problema de los siete puentes de su ilustre y acogedora Königsberg. Imaginé que ustedes, los propios habitantes de la ciudad, debían ser los primeros en conocer una respuesta a tan popular acertijo, y aquí me tenéis.

Un rumor sordo se produjo entre los circunstantes, como el eco de una profunda inquietud. Sólo un joven, casi un niño, acechaba a Leonhard con ostensible serenidad.

Parecían revelar sus ojos ardientes que él también había resuelto el problema. El chico desvió la mirada a la gris multitud, cual si intentara comprenderla. De pronto se oyó el sonido de un corno en una casa vecina. Un sonido replicado por otros cornos distantes.

Al aviso previsto se agolpó mucha más gente en el lugar.

El anciano, encarando al forastero, le respondió:

—Nuestra ciencia, joven, es la obediencia. Los misterios exigen ser aprendidos y observados; nunca pensados. A nuestra ciudad la conocen por el enigma de los siete puentes. Descifrarlo significaría matarla, aniquilar a sus pobladores. El planeta entero se olvidaría de Königsberg. Y entre sobrevivencia y verdad, elegimos la primera. Por ello, quien la amenace... ¡hombre muerto! Si la solución al acertijo la ha escrito usted en ese cuaderno, de poco le serviría que lo despedace, que lo queme y que tire sus cenizas al río. La amenaza no radica en el papel. Es en usted donde está escrita.

Indeciso, contempló Leonhard de nuevo a la concurrencia. El joven de ojos ardientes, en la actitud de haber ya considerado que la razón no se doblega ante el oscurantismo, ni ante la estupidez, aguardaba su réplica, la cual no demoró en oírse.

—Estas hojas de papel, señor, se hallan en blanco. Pretendía apenas, sobre el terreno y mediante el cálculo matemático, esclarecer una hipótesis que niega la posibilidad de humanamente realizar lo que el acertijo manda.

Las expresiones de temor y la confusión del viejo y la multitud acrecieron con sus palabras. El viejo se sentía además decepcionado.

—Sólo un creyente viaja cientos de leguas para hacer fe; no un sabio. En el fondo procura usted comportarse igual que nosotros,

para quienes usted representa una verdad posible que queremos rehuir por siempre. No obstante, le daremos una oportunidad. Demuestre su hipótesis y difúndala por el mundo. Pero antes ha de salir de las islas, trazando, conforme lo dispone la adivinanza, un recorrido único por todos y cada uno de los siete puentes. Cuídese de cruzar dos veces el mismo puente o de fallar en el intento de salvarse así, porque será acuchillado por uno de nuestros hombres, y arrojado su cuerpo al río. Son las tres de la tarde, tiene plazo hasta vísperas.

Leonhard guardó silencio y comenzó a atravesar la muchedumbre. El joven casi niño de ojos ardientes alcanzó a gritarle:

–Maestro, si le falla la coartada del Espacio, aún le queda la del Tiempo.

Mientras avanzaba el sabio, sorprendido, no perdía de vista al chico, que esperaba a su vez alguna otra señal suya.

Meses más tarde, publicaba Leonhard su *Solutio problematis ad geometriam situs pertinentis*. Su dictamen fue incontestable: el acertijo, tal como está planteado, carece de solución.

El narrador de la anterior historia aceptó una invitación del alcalde de Kaliningrado –la antigua Königsberg de la entonces llamada Prusia Oriental, y que hoy hace parte de la geografía rusa; ciudad que no conserva el número de puentes referido– para que efectuase una lectura de la misma a los honorables miembros del Ayuntamiento. Iba con gastos pagos e incluso con viáticos de excepción. Sin embargo, pese a que han transcurrido varias semanas desde su partida, sus familiares y amigos no han vuelto a recibir noticias suyas. Quienquiera que sea usted, amable lector, si se entera o recela de algo, por favor informe a las autoridades competentes, que las hay. ■



# Obediencia bíblica



## JOHANNES WINSTON ESPEJO MOJICA VALLE DEL CAUCA

Nacido en Cali, el autor se autodenomina como esposo de la ingeniería química y amante de la literatura, o viceversa. Además de un extraño grupo de fanáticos que lo sigue siempre, dice que posee un ángel guardián que lo guía en el ejercicio de la escritura. Algunas veces ha tenido la suerte de agradarle a alguien: su mamá, un tío soñador y uno de sus amigos ociosos. Fruto del mutualismo celestial: dos colecciones inéditas de cuentos, una de malos poemas, y la novela de la que aún no sabe si debe arrepentirse o reconvenir al ángel que lo guía.

No obstante, está seguro que próximo a la muerte, o después de ella, tendrá un ligero reconocimiento por alguna editorial que quiera llevarle la contraria a las demás. Finalista de los concursos de cuento de la Universidad Autónoma 2006 y la Universidad San Buenaventura 2008, probó suerte en este concurso y hoy da gracias al Altísimo por la increíble confusión del jurado en el momento de elegirlo.

**Docente de manejo de materiales y producción. Universidad Cooperativa de Colombia. Cali, Valle del Cauca.**

# Obediencia bíblica

JOHANNES WINSTON ESPEJO MOJICA

**A**braham debía liquidar a Isaac, su hijo, por orden del jefe de la pandilla a la que pertenecían. Así pues, se dirigieron al monte Descanso, lugar predilecto para ajustes de cuentas y matanzas.

Amanecía cuando Abraham, cerca de la cima, aceitó la pistola, probó una y otra vez el mecanismo retráctil y mordió cada bala porque eso le daba buena suerte. Isaac, díscolo y resuelto, preguntó con vehemencia sobre la víctima: que quién era, cómo era, qué hacía, si había de por medio o no un buen arreglo, o al menos una justa causa para interrumpirle el sueño de la marihuana. Preguntas que fueron y vinieron en distintas formas, y se estrellaron contra la pared de silencio que con tanta destreza sabía erigir el padre.

—¡Viejo! ¿Vas a hablar o no? —el muchacho se impacientó.

Calmo, Abraham respondió que el jefe oportunamente enviaría a la víctima. Abajo, en la falda, esperaban otros miembros de la pandilla. Media hora después, uno de ellos apodado *El Ángel*, llegó y habló al oído del victimario. Luego tomó el camino de descenso, mientras padre e hijo continuaron hacia la cima.

Tan pronto llegaron, se le abalanzó Abraham a Isaac. Un rodillazo a la entrepierna fue suficiente para vencerlo. Sacó la pistola y apuntó a la cabeza del muchacho retorciéndose de dolor en el



piso. Al momento de apretar el gatillo, *El Ángel* apareció de entre unos árboles y dijo:

—¡Déjalo así! ya sé que temes al jefe... ¡no le negaste al muchacho!

Entonces apareció el resto de la pandilla con un turista desprevenido, flagelado, con la camisa ensangrentada, clamando perdón e insistiendo que él apenas paseaba. Abraham entendió que debía rematarlo, y vació su pistola en la cara, el pecho y las piernas del hombre. Isaac, lloroso, con los ojos asustados, tomó un cuchillo y lo hundió un sinnúmero de veces en el cuerpo inútil hasta que fue necesario detenerlo.

Tal acción de obediencia le significó a Abraham un ascenso. Y para celebrar y congraciarse con el hijo, se fueron en la noche a una discoteca. Allí bebieron y bailaron con unas chicas.

—Viejo ¿ibas a matarme? ¿De verdad ibas a hacerlo? —preguntó entre una y otra copa, el muchacho a su padre.

Pero él nunca le respondió. Apenas sonreía y apuraba un trago, y le llenaba de mimos y besos donde le había apuntado.

Con el alba salieron del sitio, contentos, vacilantes y prometiéndose cada uno ser mejor con el otro. Pero cuando Isaac le volvió a preguntar si en realidad iba a matarlo, le gritó también que jamás iba a perdonárselo. Y cuando terminó de gritarlo le devolvió el rodillazo a los genitales, sacó el cuchillo aún esparcido con la sangre seca del turista, y antes de que el padre intentara defenderse, lo apuñaló sin compasión.

Ahogándose con la sangre de su boca, agónico y suplicante, alcanzó Abraham a preguntar:

—¿Por qué, Isaac? ¿Por qué si ya todo estaba resuelto?

Él respondió:

—Sencillo, viejo, el jefe también quiso comprobar mi obediencia. ■

# Acta del jurado

TERCER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,  
HOMENAJE A GERMÁN ESPINOSA

Ser jurado de un concurso a nivel nacional en el que se reciben 36.108 cuentos, ocho mil más que en la convocatoria anterior, es una responsabilidad y una oportunidad muy grande. Responsabilidad por saber elegir y oportunidad por leer la radiografía de un país. Es ponerla a contraluz y ver lo que lo obsesiona, lo que lo motiva. Al estar dividido en cuatro categorías, recorrer los renglones de niños y niñas de ocho años hasta personas formadas de treinta y ocho, pasando por esas edades azarosas de la adolescencia y la madurez, se tiene la impresión también de estar pasando la mano por encima de la llama de una vela, una vela que es la llama de la vida.

No estaría de más recordar aquellas reglas, poco conocidas por otra parte, que enumerara el gran escritor y poeta norteamericano Raymond Carver cuando vivía una situación similar a la de elegir los mejores cuentos de su país en determinado año. El autor de *De qué hablamos cuando hablamos de amor* dice que es necesario hacerse una serie de preguntas como:

1. Por qué es bueno un buen relato
2. Por qué me resulta convincente
3. Qué es lo más importante
4. Por qué me conmueve o me emociona
5. Por qué un cuento corto parece bueno en la primera lectura pero no en la relectura.

Y añade: “Hay que leer como mínimo cuatro veces cada relato; si a la cuarta me sigue emocionando es que puede entrar en la antología”. (*Sin heroísmos, por favor*. Raymond Carver. Bartleby Editores. Página 142 Madrid 2006).

Con similares preguntas el jurado del III Concurso Nacional de Cuento RCN/Ministerio de Educación Nacional, el cual este año se realiza en homenaje al escritor cartagenero Germán Espinosa, emprendió la selección del material entregado, cuyo resultado es la relación que más adelante se encontrará.

A los problemas sociales y personales de la Colombia actual se ha añadido, como un reflejo de los tiempos que corren, problemas ambientales que de alguna manera ya

se puede afirmar que forman parte del imaginario colectivo. Como dice de manera enfática uno de los premiados en la primera categoría (de 8 a 11 años): *“El agua no se puede fabricar. Mientras los grandes científicos descubren la fórmula mágica se ha desatado la más sangrienta de las guerras. La guerra del agua”*. Pero, tal como apunta uno de los jurados, Juan Gabriel Vásquez, *“lo importante no es nunca qué se cuenta, sino cómo se cuenta”*. La visión internacional sobre este material, altamente combustible por otra parte, ha permitido que el jurado –una cubana, un español y tres colombianos- dé un panorama amplio, actual, atractivo y novedoso. Pero siempre regido por el alto nivel de calidad. De esta manera han ganado los escritores relacionados como también los futuros lectores, ya que estos podrán asomarse a una literatura variada y visceral, donde lo rural y lo urbano, lo oral y lo na-

rrativo, donde la violencia y la contemplación se unen para formar un abanico de inmensas posibilidades, para formar esa radiografía a la que se hacía mención al principio.

Una niña de Tauramena (Casana-re), otro joven de Cúcuta, una de Santa Rosa de Viterbo, un muchacho de Turbaco, otro de Zipaquirá, de Cali, Medellín, Palmira, Bogotá y tantos otros lugares de nuestra geografía han sido algunos de los 35 ganadores de este concurso a quienes queremos agradecer tanto su participación como su pasión. El jurado está convencido de que no sólo han elegido cuentos ganadores sino futuros escritores.

Una última observación, de nuevo de la mano del gran Raymond Carver: *“Si quieres escribir buenos relatos lo mejor que puedes hacer es leerlos”*. Y aquí hay una gran cantidad. Pasen y escojan.

FIRMAN EN CARTAGENA DE INDIAS, EL 29 DE ENERO DE 2010, POR LOS JURADOS:

ZOE VALDÉS, YOLANDA REYES, ALFREDO GÓMEZ CERDÁ,  
JUAN GABRIEL VÁSQUEZ, RAMÓN COTE BARAIBAR.

TERCER CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,  
HOMENAJE A GERMÁN ESPINOSA



CUENTOS  
GANADORES  
2009